

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

No des paso sin Del Paso

Fernando del Paso



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

No des paso
sin Del Paso



Fernando del Paso

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

No des paso sin Del Paso

Fernando del Paso



Universidad
de Guadalajara





Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Fernando del Paso Morante

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara 44657,
Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-246-1

DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075472461>



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin-Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltase <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México

Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, de la Universidad de Guadalajara, tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

11	Prólogo
17	De José Trigo
19	(La Cristiada) (I)
37	De Palinuro de México
39	En nombre de la ciencia
71	La Cofradía del Pedo Flagímero
101	De Noticias del Imperio
103	El archiduque en Miramar
119	Corrido del tiro de gracia
138	Castillo de Bouchout 1927
163	De Castillos en el aire
173	De PoeMar
183	De Sonetos del amor y de lo diario
185	Sonetos de la rosa enamorada de sí misma
190	Soneto del huevo pasado por agua

Prólogo

PATRICIA ROSAS CHÁVEZ

¿Fernando del Paso?

Es.

Es un hombre.

Es un hombre de cabello encarrujado y entrecano. Tiene cuantos años. Treinta y cinco, cincuenta. Tiene ocho años, los mismos de un niño que asombrado lee unos ripios, esos diminutos animalitos que viven en el fondo de su imaginación y le ayudan a escribir versos, versos como éste:

Aunque no escribe ni pinta,
me asegura un calamar
tener suficiente tinta
para pintar todo el mar.

Es un niño que, juguetón, pregunta: «¿Cuál es el mar de una esposa? El mar ido, o ¿cuál es el mar con alas? La mar iposa.»

¿Fernando del Paso?

Tiene los casi setenta años de un ser enamorado del mar que le escribe su *PoeMar*.

Para cantarle al mar, me descerebro,
me despeño en mí mismo y me celebro,
me araño los deseos y me ofrendo.

Me empalabro, me enfrasco, me fraseo,
me arrecifo, y en tufos me desangro,
me engarruño y concilio despertares,
me colijo y prolijo, enfervescido,
me ahorco con los rictus y malicias
que de la primavera resucitan.

¿Fernando del Paso?

Tiene los mismos casi setenta años del docto y divertido escritor que —decidido a compartir sus aprendizajes sobre la magna obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* en su libro *Viaje alrededor de El Quijote*— se arranca con la pregunta: «¿Quijotitos a mí?», expresión aparentemente irreverente que proviene de los primeros capítulos de la obra, cuando el hidalgo exclama ante la jaula de los leones: «¿leoncitos a mí?», y explica don Fernando:

[...] enfrentarme a esta aventura me hace sentir no un tanto iluso, sino un insolente bravucón el cual, sin que nadie lo haya forzado a hacerlo, pide que le abran la jaula de los leones. La alternativa que se presenta es la misma que ocurrió en el capítulo XVII de la segunda parte del libro: o bien la crítica y

los lectores avisados me ignoran, bostezan, y me enseñan el trasero, o bien, me comen vivo.

Pero, a fin de cuentas, sale airoso con un erudito análisis y una sabia recomendación: «Si no has leído al Quijote, mejor no leas este libro».

¿Fernando del Paso?

Tiene los casi ochenta años de un historiador prolijo que escribe unos ensayos sobre el islam y el judaísmo, un volumen de más de novecientas páginas que abre diciendo: «El contenido de este libro no es lo que yo quiero enseñar: su contenido es lo que yo quería aprender». Aunque en el primer capítulo desmiente mi afirmación:

Yo no soy un historiador. Pero soy un testigo de mis tiempos. Un testigo privilegiado. Privilegiado por ser agnóstico y por ser latinoamericano.

Que me había transformado en agnóstico —aunque en ese entonces no conocía esta palabra— lo descubrí cuando tenía doce o trece años de edad: un día perdí la fe de manera fulminante y definitiva.

De que era yo un latinoamericano me di cuenta cuando salí de México para vivir primero en Estados Unidos y después en Londres.

Hay una diferencia entre ser *ateo* y ser *agnóstico*. *Ateo* [...] es el que niega de manera rotunda

la existencia de dios. *Agnóstico* es el que está convencido de que nunca será capaz de descifrar los misterios de la creación, y por lo tanto, se abstiene de cualquier intento al respecto.

¿Fernando del Paso?

Tiene los ochenta y siete años de una mujer cuyos monólogos estremecen las paredes del castillo de Bouchout cada vez que retoma su cantaleta:

Pero si te lo dicen, si te dicen que loca salí de México y que loca atravese el mar encerrada en un camarote [...] si te cuentan que en todo el viaje nunca salí de mi camarote porque estaba ya loca, y lo estaba no porque me hubieran dado de beber toloache en Yucatán o porque supiera que Napoleón y el Papa nos iban a negar su ayuda y a abandonarnos a nuestra suerte, a nuestra maldita suerte en México [...]

Cómo no voy a perdonar a México, Maximiliano, si todos los días sacudo tu corona, pulo con ceniza el collar de la Orden de Guadalupe, lavo con leche las teclas de mi piano Biedermeier para tocar en él todas las tardes el himno imperial mexicano [...]

Lo que no saben ellas es que, si estoy ciega, es porque me quitaron tus ojos. Cuando me los quitaron, Maximiliano, me quitaron todo [...] Y eso,

Maximiliano, me lo enseñaste tú. Tú que también inventaste a México para mí. Tú que inventaste sus selvas y sus mares. Tú que con tus palabras inventaste el aroma de sus valles y el fuego de sus volcanes...

¿Fernando del Paso?

Tiene los veinte años de Palinuro, un estudiante de medicina que vive en el centro histórico de la Ciudad de México y va de andanza en andanza. ¿Fernando del Paso? ¿No será el hombre que expulsó a Palinuro de su consciencia para presentarlo así?

Ésta es una obra de ficción. La razón por la cual algunos de sus personajes podrían parecerse a personas de la vida real, es la misma por la cual algunas personas de la vida real parecen personajes de novela. Nadie, por lo tanto, tiene derecho a sentirse incluido en este libro. Nadie, tampoco, a sentirse excluido.

¿Fernando del Paso?

¡Ah!, ¿no es aquel de los ferrocarriles? El que habla con la voz de Eduviges, de don Pedro el carpintero, de la madrecita Buenaventura, de Anselmo, Luciano... de José Trigo, en suma. Otra vez, es todos y nadie. Es aquel que, acostumbrado como artista a mirar la piedra más diminuta, notar la variación de color más nimia,

escudriña la vida de otros, de nosotros, para dejar al descubierto nuestra mexicanidad y nuestra condición humana. La tristeza, la pobreza, el abandono que desvela en *José Trigo* siguen vigentes:

Porque todo será mentira,
y porque todo será posible:
cuando se tienen cuatro días de ir comiendo olvido,
andar tragando miedo y llorar calando fríos,
se tiene sed a botellones huecos,
se sabe hambre a zopilotes lentos, se llueve y se mo-
jan pedazos
de piedras,
de ríos,
de pollos,
de moscas...

¿Fernando del Paso?

Es aquel que —como dijo Elena Poniatowska— tiene devoción por la palabra exacta; por eso en su obra coexiste el lenguaje de los pobres más pobres con el lenguaje de los cultos. Y es que el lenguaje es nuestro espejo fiel. Por eso, la obra de don Fernando del Paso no puede faltar en una universidad como la nuestra, en un país como el nuestro, en un mundo como el nuestro.

¿Fernando del Paso?

Sí, el nuestro, el que vino del glorioso valle de México y se nos convirtió en jalisciense. Fernando el polifacético, el diplomático, el locutor, el pintor, el historiador, el *gourmet*, el poeta, el maestro, el amigo. A quien deseamos larga vida con salud y alegría para que nos siga enseñando, inspirando e impulsando a hacer de este espacio un mundo más informado, más comprensivo, más sabio, más feliz.



De José Trigo



(La Cristiada) (I)

Ficción geográfica:

La Meseta de Cristo Rey desbordábase, hacia el Oriente, en la Barranca del Divino Cordero. Por el Poniente, la limitaba el Acantilado de la Divina Providencia, accesible tan sólo por la Quebrada del Calvario, la cual subía por el Noroeste de la Meseta hasta perderse en las Crestas de la Asunción, donde el aire se enrarecía, y que servía de base al Culmen de la Trinidad, suntuoso como un catafalco. Al Sureste de la Meseta, dos o tres estadios más abajo, encontrábase una gran prominencia formada por un macizo de riscos, los Riscos de los Santos Inocentes, a los cuales se bajaba por la Garganta de Pentecostés. Hacia la mitad del muro Oriente de esta prominencia, arrancaba un tobogán que terminaba en otro promontorio, de menor altura, llamado Monte de la Resurrección. La escabrosidad del macizo sólo dejaba dos caminos para llegar a la Meseta desde la falda del Volcán.

Noticia histórica:

En 1913, el majestuoso Volcán de Colima, cuyo cono de traquitas y basalto porfídico estaba coronado por un penacho de vapores sempiternos, entró en erupción. Sus lávicas deyecciones agostaron las plantas alpestres. La Tierra trepidó. Las aves huyeron de los bosques y el auspicio fue siniestro: volaron hacia el Occidente, hacia el mar. Trece años más tarde, se habló

de una nueva erupción y se sucedieron los acontecimientos luctuosos, cada uno de mayor cuantía y trascendencia. En la Catedral Metropolitana fue suprimida la ceremonia ritual de La Seña. La Diócesis de Colima, erigida en 1881, fue declarada en entredicho. Ingentes cúmulos de langosta enlobreguecieron los cielos azules del Bajío. El Episcopado Mexicano publicó una carta pastoral colecticia donde anunció la cesación del culto en toda la República. Se reservó la Eucaristía. Dos millones de peticionarios, en un intento de humanar a las autoridades, signaron un manifiesto donde pedían la derogación de los preceptos que la infalible voz pontificia, en sus nada conciliares alocuciones y rescriptos a la grey católica, consideró írritos y temporáneos —a más de poco acordados— y entre los cuales se ordenaba la desapropiación de los bienes eclesiásticos. Oración, más luto, más boicot, fue la fórmula valedera propuesta para la victoria. Sobre todo oración, arma taumatúrga. Y prendió el polvorín. Cundieron el cisma y la sedición. Sonó el primer tiro. El cuerpo del primer hombre muerto quedó en un campo de salvias, abandonado a la gana voraz de los gallinazos sarcófagos. Y los hombres que cumplían con el precepto, los hombres que cada día comulgaban con pan supersustancial, compatriotas en Dios, connacionales en Cristo, al grito de «Viva Cristo Rey» sintieron apellidados a las armas, aprestaron el brido y se lanzaron a una lucha encarnizada y temeraria que trascendía la importancia de un conflicto intestino, pues afectaba a toda la Iglesia Militante, Purgante y Triunfante. Quien estaba por Dios no se detendría en matar a su hermano, su

amigo y su pariente: negarse a ello hubiera sido pecado indispensable para el cual no habría compunción posible.

Años embolismáticos, años sidéreos, años sabáticos hubieron de transcurrir para que Buenaventura remirara a Santos. O mejor dicho, para que se figurara verlo, porque según parece todo fue un sueño. Esto acaeció en la época en la que el viejo dejó los ferrocarriles para agregarse a los rebaños de las milicias celestiales. En aquel entonces, habían encarnado ya once de los doce vástagos de Buenaventura, y de estos once, nueve vivían aún con los viejos. Leandro, quien había nacido el año en que surgió la Unión de Mecánicos Mexicanos, viajaba de un confín a otro de la tierra. Y Crisóstomo, el hijo que había venido al mundo en los días de la creación de los Ferrocarriles Nacionales de México, habíase hecho el perdidizo y vivía apartado y olvidado en una rancharía, al pie del Volcán de Colima.

En las calendas de 1927, un hombre de carne momia y descolorida, de nariz rostrada y cabello motilado, llegó al campamento. Era un indio mayo, amalvezado a las lides, que había combatido en las filas de un bienfameado batallón de flecheros, en los albores de la Revolución. Estaba sobrevestido con una pelliza roja y tocado con una montera de piel de pelícano. Tenía los pies tintos en sangre y traía una carta misiva. En ella, Crisóstomo les hacía saber que la bocina de cuerno de buey había

dado el toque de generala, y el villaje se había pronunciado. «¡Adentro, los colimotes rodilludos!»

Era la Guerra de los Cristeros. Y Crisóstomo el apacible, el justiciero, el concienzudo de Crisóstomo, era el paladín, el adalid que enseñaría el camino a los milites de Cristo Rey. Así lo confirmó a Buenaventura el dador de la carta, quien venía de los rumbos del Volcán y era portador de saludes extensivas a toda la parentela y de besamanos y enhorabuenas a todos los amigos. En la posdata, Crisóstomo les pedía que se reunieran con él.

El hombre se despojó de la piel, la cual exhalaba un ligero hedor, y se sentó al calor del fuego donde rebullía una tisana de yerbas comederas. En los patios del campamento, los hijos de Buenaventura leñaban los durmientes caronchosos. El viejo alimentaba la fogarata. Buenaventura, ora frangollaba los granos de maíz, ora heñía la masa.

—Y también traigo esto —dijo el indio mayo, y les mostró una paloma muerta, transverberada por una flecha.

—Dicen que esto es lo que puede pasar a la Iglesia Mexicana si nosotros no la salvamos —dijo, sacó la flecha, la enhastilló en la aljaba que pendía de su hombro y les contó que no pasaba día sin que se fusilara, en las plazas y en los zócalos de los pueblos, a un joven acejotaemero, versión moderna de los mártires sarmenticios, o se sacrificara en los montes a un infante. Las casas eran allanadas por los sicarios del déspota. Las mujeres

constupradas, tales eran la sevicia y la vesania de los marranos descomulgados que contaminaban la ley de Dios, y cuyas lenguas paseaban la tierra. Se hablaba de la secesión de algunos estados, la gente se encastillaba en las serranías.

—Entonces, ¿qué le digo a Crisóstomo? —preguntó el indio mayo.

—Dígale que yo le mandaré decir si vamos —le respondió el viejo al enviado.

Poco tiempo después, en los días en que el gobierno aprehendió y expulsó a un ilustrísimo obispo, decano del comité, alegando razón de extranjería para justificar el destierro, dos de los hijos de Buenaventura se pusieron en camino a Colima. Hospedáronse en casa de una mujer que les dio refugio y pábulo, y desde allí enviaron otra epístola a los viejos, invitándolos a ir.

El viejo decidió tomar las armas. Porque no obstante que en aquellos días pasaba ya del medio siglo, lejos estaba de ser un viejo carraco: sus encías aún no habían enlentecido, tenía en ellas suficientes molares para masticar sus zoquetes de pan correoso y aguachento, y su pelleja era tan dura como su osambre. Así que le entró la filandria del mitote, y porque Dios lo quiso, pues Dios quiso que sus hijos subieran a la palestra; y porque Dios proveyó, pues Dios los proveyó con caballos matalones, jíferos aquebrazados y mosquetes imperiales, Dios mediante se fue mucho con Dios a armar la de Dios es Cristo, a bregar por la gloria perenne del Señor en

todos aquellos parajes de las tierras de Colima y de Jalisco que fueron cristianados después con otros nombres. En las verdinegras oscuridades de la Barranca del Capire, en las arboledas verduscas del Cerro de las Trementinas, en los zacatales color amarillo amargo de Comala o de Caucentla, allí peleó el viejo, contra los federales gorrudos, contra La Acordada, contra los agraristas, y allá, tras él, y sin imaginarse que en aquellos lances terminaría encovada en los albergues ferinos de la cumbre inhóspita de un volcán, en los ventorreros donde sólo se escucha el silbo del viento, fuese Buenaventura, con hijos, palomas y gallinas. Como buena consorte siempre corrió con él la misma suerte. Como buena cónyuge siempre llevó su mismo yugo. Así que abnegó a sus deseos de quedarse en Nonoalco, recosió la ropa, apañó con los tesoros escondidos en su alcancía, pignoró en la peñaranda algunos enseres y hateó y enfardó sus cosas. Llevó sus grimorios y nóminas para los agüeros, medicamentos valerosos y anodinos para propinar a los enfermos, sus manes y penates de terracota, y, para Crisóstomo, un pote con almíbar de membrillo.

Un día aciago, caluroso como un horno, se fueron de los campamentos. Y una mañana de nieblas copiosas arribaron a la Ciudad de las Palmeras, después de una noche pasada en duermevela a bordo de un tren de carga. En las goteras de la ciudad, machete en mano, con una recua de asnas rutiadas, los esperaba el indio mayo, emisario de los dioses, quien les dio la bienllegada

con saluciones angélicas. «Ave María Purísima», dijo. «Sin pecado concebida», contestó Buenaventura. El indio les indicó con ademanes que montaran en las bestias. Los hijos mayores montaron en sendas asnas. Los menores, con Buenaventura y con el viejo. Otras asnas cargaron las jaulas de las gallinas y las palomas, las cobijas y los trastos. El indio fuese adelante, a pie, halando del ronzal al asna mayor. De los ollares de las acémilas salía un vapor opalino. Cruzaron la ciudad en silencio, envueltas en la nube de niebla que los protegió en su camino al Volcán. Atrás, quedaron las torres de la Catedral de Colima, las plazoletas, las calles de adoquines, los caserones coloniales, las palmeras de largos estípites, las casas de tejamanil y tejabán con cercados de tepetate, y las avenidas de eucaliptos de ramas inflexibles donde jinglaban los ahorcados. Y adelante, y por pasar, estaban pueblos y cabañales, villas y aduares desperdigados aquí y allá; y valles, alcarrias, terruños desazonados, tierras añojales y tierras de pan llevar. También montes pardos como carneros y collados blancos como corderos recientes. Al anochecer, llegaron a un villorrio vago, oscuro y silencioso. Uno de los hijos de Buenaventura preguntó cómo se llamaba. El indio mayo dijo: «A este pueblo que ahora vemos, donde no se oyen ya las muelas del molino y que fue saqueado por las tropas del gobierno, yo le pongo pueblo de la Eucaristía, porque Crisóstomo ha dicho que cuando ganemos la guerra y Cristo reine en México como reina en el mundo,

cambiaremos los nombres de todos estos lugares por nombres santos, por eso Colima volverá a llamarse Santiago de los Caballeros. Y es que son lugares de mártires y confesores, así lo dicen las leyendas».

Al salir de la población, el bestiaje abrevó en una certeneja encenagada donde se les reunieron el edil de un ayuntamiento, y el caporal de una estancia.

Prosiguieron la marcha, y de allí en adelante, el indio mayo se dedicó a ponerle nombre a todas las cosas que veía, de manera que Buenaventura, el viejo y sus hijos, pasaron por lugares por los que nadie había pasado antes, porque nadie, como ellos, conoció antes ni después el Valle de la Circuncisión, el Lomerío de Corpus, la Hondonada del Buen Pastor, el Despeñadero de Jesús Nazareno, el Arroyo de todos los Santos, el Bosque de la Epifanía, el Desfiladero de Pentecostés, el Peñón de los Ángeles, y el Monte de la Resurrección.

Hacia la medianoche, acamparon en un paraje pinífero, bajo una enramada. Tenían los huesos molidos. El indio encendió un fuego, con bosta y reviejos de encino, y calmaron la hambruna con gustosa carne de venado que el indio traía envuelta en perfollos. Luego entonaron el organismo con unos tragos de aguardiente. Después, montaron en las bestias y continuaron. «Llegaremos con el día», dijo el indio, «tuvimos que dar un rodeo».

Al rayar el alba vieron los volcanes, cuyos enormes conos se trasparentaban entre la bruma que entoldaba el cielo. El Volcán del Fuego de Colima, vaporoso, color

azul indio. El Nevado de Colima, alto, opulento de nieve láctea, cuya cima tenía un tinte de oro obrizo que le daba el sol ultramontano. Parecía un inmenso altar cubierto con lino eucarístico.

«Ese humazo que ven allá», dijo el indio, «es del pueblo al que yo le pongo pueblo de La Inmaculada Concepción, y que está en las faldas del Volcán. Allí los espera Crisóstomo. Sigán derecho, que yo aquí llego». Luego se perdió en la bruma, en silencio. En vano lo buscaron y lo llamaron Buenaventura y sus hijos. A lo lejos, a lo muy lejos, se distinguía un resplandor. Hacia él aderezaron el rumbo. Horas y más horas caminaron, y el resplandor parecía estar siempre a la misma distancia. Hacia el mediodía, cuando la bruma empezaba a disiparse, distinguieron la figura de un jinete que apareció de pronto, como un fantasma, tocado con un gran sombrero de alas anchas. Detuvieron la marcha, y el hombre se acercó a ellos, caracoleando con una lentitud pasmosa, silenciosamente levantando una inmensa polvareda de niebla. Los cascos del caballo golpearon las piedras, en silencio, y de las piedras brotaron chispazos que se transformaron en un pavoroso resplandor que rodeó al hombre y al caballo como una auréola. Era Crisóstomo. Dijo: «Ave María Purísima». «Sin Pecado Concebida», resaludó Buenaventura. Crisóstomo descabalgó y besó la mano de su padre. Volvió a montar y dijo: «Ese resplandor que ven allá, es porque estamos quemando los sembrados, que al cabo ya

estaban llenos de nebladas. Mañana es la fiesta de San Antonio Abad y después de festejarla yo y todos los del pueblo vamos a abandonarlo, nos vamos al cerro a pelear por Cristo Rey». Volvió grupas y se alejó. Buena-ventura, el viejo y sus hijos siguieron la marcha. Una hora después transitaban por la estrada real que conducía al pueblo. A los lados del camino se levantaban grandes llamaradas de fuego barretero. Un viento quemajoso les azotaba las caras. Cuando dejaron atrás el incendio y entraron al pueblo, sintieron frío. Las gotas de sudor que bañaban sus cuerpos parecían transformarse en ampollas de granizo.

En las rúas del pueblo los recibió un inusitado movimiento. Habíanse concentrado allí más de doscientos cristeros mal armados con carabinas 30-30 y herruscas embotadas. Los más de los caballos que montaban eran bestias lerdas, jamelgos famélicos y trasijados, buenos si acaso para trillar las mieses en las eras o mover las ruedas de las tahonas. En las alas de los chapeos de zoyate de los cristeros, se distinguía una leyenda: «Por Dios y por la Patria». Un oficial hacía la reseña de las tropas y las juramentaba; pasaba lista de presentes. «Domingo Ramos», gritaba con vozarrón aguardentoso. «¡Viva Cristo Rey!» le respondían. «Régulo Reyes.» «¡Viva Cristo Rey!» «Doroteo Diosdado.» «¡Viva Cristo Rey!» «Pablo de la Cruz.» «¡Viva Cristo Rey!» «Anunciación Salvatierra.» «¡Viva Cristo Rey!»

Y negra y altísima, embozada en un poncho cárdeno, se avistaba a lo lejos la figura de Crisóstomo, general en jefe de los cristeros del Volcán de Colima. Llegaron a donde él estaba, taciturno, casi inmóvil: sólo sus ojos negros se movían, relampagueaban. Estaba rodeado de un coro de viejas y monjiles mujeres de las Brigadas de Santa Juana de Arco. Crisóstomo llamó a un oficial y le dijo: «Éste es mi padre. Ésa es mi madre. Aquéllos son mis hermanos. Ve que descansen y se repongan del viaje». Y Buenaventura, el viejo y sus hijos, siguieron al oficial por la única calle del pueblo. La calle se empinaba y se perdía en la falda del monte. Alcanzaron a una procesión y la dejaron atrás: una mujer obesa arrastraba una cruz de madera de encino; la seguían unos niños con clámides zarcas y largos cayados, coronados con zarzas y espinos, que de vez en vez la hacían de cirineos, confortándola. Uno de ellos le ofreció a Buenaventura un ramo de flores, las primicias. Al fin llegaron a una choza. El oficial les dijo que allí debían pasar la noche. Buenaventura, el viejo y sus hijos desmontaron, colocaron las cobijas en el suelo y se acostaron, rendidos. Al anochecer dos hombres los despertaron. Eran uno un español naturalizado (según les dijo después), con cara de coranvobis, de largos cabellos aunque sucintos con un listón, que tenía el pecho cruzado con trenas y cartucheras. Al parecer, un hombre afable con quien se podía hablar a pesar de sus aires de suficiencia. El otro, a quien presentó como su coadjutor y sobrino nieto, era casi un muchacho,

santurrón y graciable. El español, que dijo ser «amigo y vicario de Dios», agregó quedo y ceceando que era él el encargado de procurar las almas, y que había recibido de sus superiores jerárquicos el benedícete para abandonar su cabildo y acompañarlos al Volcán a fin de celebrar la misa y dar la comunión todos los días. Les dijo que, por lo tanto, había que llevarse al cerro el Sagrado Depósito, una hornada de hostias, los objetos litúrgicos y los paramentos sacerdotales, y que para ello había dispuesto de un cofre de regulares dimensiones, el cual debía ser colocado en angarillas y llevado por cuatro o seis hombres. Que habría de contener el tabernáculo, las hostias, los manteles, el cáliz, el copón, el incensario, el hisopo y las vinajeras. Y también el misal y los cirios. Y asimismo habría de contener el alba y el cingulo, la estola y la casulla, vestiduras estas de color morado, les dijo, porque la Iglesia Mexicana estaba de luto y el morado es el color de la carne magullada, el color que se usa en las vísperas del primer Domingo de Adviento, en la Cuaresma y en las Témporas, en las Letanías de Rogativas y en todas las procesiones, y la suya sería una procesión, un apostolado trashumante —ellos, dijo su paternidad, eran el ganado de Dios que pastaba el dulce pasto de la misericordia y él y sus albedríos los pastores cañariegos que los conducirían a la Tierra de Promisión—, un peregrinaje de sufrimientos y regocijo de allí, de las faldas del Volcán, a la patria celestial. Talmente les dijo, y les dijo más, persuasivo: que por

ser él, el viejo, padre de mi general Crisóstomo a quien tengo en mucha valía, y por traer consigo a sus hijos, y por verse sus hijos sanotes y robustos, él, el cura del lugar, pensaba que sería bueno que llevaran el cofre y no dudaba que el viejo diera su aquiescencia. No dijo más, encendió un pitillo de hoja y se puso a hacer virolas de humo. El viejo, váyase a saber si por respeto o porque no había entendido, dio la callada por respuesta: se santiguó y le besó la mano al cura. Éste dijo que a poco que él se fuera traerían el cofre, que lo cuidara como oro en polvo, y que no olvidara llevárselo al cerro a menos que se diera la contraorden. Bendijo al viejo y le dio las buenas noches. Entonces volvieron a dormir, tan profundo, que no oyeron cuando les dejaron el cofre.

Muy de madrugada los despertó una algazara de los mil diablos. Una runfla de chiquillos desarrapados luchaban con un pobre burro al que querían ponerle una levita. Quién le jalaba la cola, quién le pellizcaba una oreja, quién le zangoloteaba una pata, y la infeliz bestia rebuznaba de un hilo. Con estos rebuznos y con los careos, mugidos, gruñidos y estufidos que se oían por todas partes, despertó el pueblo.

Esto les recordó a los hijos de Buenaventura que era el día de San Antonio Abad, y le dijeron a su madre que no estaría mal vestir a las gallinas y los burros que llevaban, ya que seguramente la bendición sería temprano, y la misa también. A tal tarea se empeñaron Buenaventura y sus muchachos, mientras el viejo salía

a pasear por el pueblo. Aún era de noche y no había ya el menor rastro de niebla. Se podía ver la cumbre del Volcán, plateada. Crisóstomo pasó a su lado, al trote, y se llevó la mano al sombrero. Siguió de largo. Los cascos de su caballo dejaron una ráfaga de estrellas, y una estela de silencio envolvió al viejo por unos instantes. Después, volvió a escuchar el escándalo, que fue mayor cuando se vislumbró el claror del alba, y mayor aún a medida que había más luz. Serían las siete de la mañana cuando el alboroto llegó al punto culminante. Por la calle empezaron a desfilar cristeros y cristeras, militares del Ejército Libertador, y militares de las Brigadas de Santa Juana de Arco y de las Congregaciones Marianas. Y todos ellos llevaban consigo a sus animales. Un par de bueyes con sombreros de tres candiles y capas dragonas a manera de albardas, arrastraban una carreta cargada de cabras con corsés. Dos niños llevaban en vilo a una tortuga de caparazón arlequinado. Y otros hombres y otras mujeres llevaban cerdos con calzoncillos bombachos, mirlos con caperuzas blancas, cacatúas con calcetines, puercoespines cubiertos de lentejuelas, loros con pelucones, perros con salacots, lechuzas con pavonados chalecos de holán, ocas con bufandas y gargantillas, conejos con corpiños y kepís, gatos con cofias y enaguas y viejos caballos con barbas postizas y jubones remendados. Y toda esta multitud, entre la cual se encontraban ya Buenaventura, el viejo y sus hijos, se concentró en la anteiglesia. Allí estaba también Crisóstomo, con calzo-

nera de gamuza, camisa con alforzas, talabarte sobre-dorado y espuelas con labor de calabrote. En la puerta del templo apareció el cura, ensotonado y de plácemes, y dijo que antes que la bendición de los animalitos de Dios, sería la bendición de las armas. Crisóstomo y sus cristeros pasaron al frente y dejaron en el suelo sus carabinas y sus cuchillos. El cura, después de una arenga exhortatoria, copiosa en parábolas, masculló algunos latinajos y empezó a asperjar las armas. Y en esto estaba, cuando ocurrió el desastre.

El campanero fue el que dio el grito de alarma: se avistaba en la lejanía una gran polvareda. Eran, a no dudarlo, las tropas del gobierno. Sobra decir que se produjo una gran confusión. Los cristeros tomaron sus armas sin esperar que fueran bendecidas, montaron en sus caballos y salieron corriendo. El cura, levantándose las faldas de la sotana, fuese tras ellos y les gritó que regresaran o cuando menos que lo atendieran. Y después, todo el pueblo como un solo hombre puso pies en polvorosa, abandonándolo todo: la ropa, la masa sin leudar que tenían envuelta en sábanas, así como los alimentos y los animales, huyendo pavorido hacia la falda del Volcán. Cuando llegaron las tropas del gobierno, media hora después, no encontraron un alma. El pueblo entero había sido tragado por el espeso bosque de laureles que en aquel entonces crecían en la falda. Dicen que al coronel del gobierno le dio tal acceso de furia que entró en la iglesia con el machete desenvainado

y empezó a dar tajos a diestra y siniestra degollando gatos, ovejas y gansos. Las gallinas revolotearon, se pararon en las cabezas de los santos, y las llenaron de cagarrutas; el sagrado recinto se pobló de ululaciones, balidos, graznidos, roznidos, cloqueos y bramidos.

No conforme con esto, dispuso que sus soldados bajaran a los santos de las hornacinas y les cortaran las cabezas. Y ordenó después que se fusilara a un burro que vestía levita y sombrero de copa, a un mono vestido de monacillo y a un perro con polainas y kepí, por considerarlos representantes simbólicos del clero y de la aristocracia. Por último, él y sus sardos se dedicaron al saqueo y se embriagaron. Sus risotadas, malsonantes palabras y lastimosas blasfemias, sus vivas al diablo y sus mueras a Cristo Rey se escucharon toda la noche: retumbaban en las faldas del Volcán, y el eco las devolvía, multiplicadas. Al día siguiente, el coronel se retiró del pueblo, no sin dejar una avanzada formada por ocho o diez pelotones para conservar la plaza.

Mientras tanto, la familia de Buenaventura, acompañada de algunos lugareños de La Inmaculada Concepción y de unos cuantos campiranos de las goteras del pueblo, había tomado la delantera y faldeaba por el Volcán. La tierra, húmeda, fluía miel. En los cogollos intonsos de los pinabetes verdinegros cantaban los jilgueros. Se escuchaba el jadeo de los caminantes, el golpe sordo de algún bálano arrancado de los encinos rebolludos por el viento solano, el chasquido del alhu-

majo y de la hojarasca, y alguna que otra descarga de artillería que llegaba de muy lejos.

Dejaron atrás los laureales y los encinares cuya sombra habíales servido de pabellón, y llegaron a una cañada. Bajaron por la ladera, poblada de abrojos y zarzales escolimosos. En el fondo corría un arroyuelo espumante y rojizo. Nubes de moscas enjambraban el ámbito. Abuzáronse en un remanso donde se restañaba el agua y apagaron la sed hasta quedar hartos. Descansaron a la vera de la corriente. El sol llegó por unos minutos hasta lo hondo. Pasó, dejando tras sí un jirón de cielo color verde botella. De la otra ladera de la cañada bajó la sombra, y con ella, un hálito frío y húmedo, venido de inciertos glaciares, lejanos ventisqueros cubiertos de conchesta.

Hacia el mediodía, rendidos de cansancio, llegaron los remisos. Entre ellos venían el cura, su sobrino, el indio mayo y una caterva de seminaristas vestidos con hábitos negros como el cuervo. El cura sentóse en una piedra, junto al arroyo. Los seminaristas se desbandaron y a poco volvieron con lo que sería el almuerzo frugal del cura: una fuente saturada de raigones barbadillos y pulposas frutas varias.

Ya de noche, cuando las estrellas cintilaban en un cielo que destilaba rocío, apareció el general Crisóstomo en persona, jinete en un caballo alazán que chapoteaba en las honduras, entre las matas de rojos corimbos. Seguíanle tres hombres, también de a caballo.

Crisóstomo les dijo que prosiguieran en sentido contrario a la corriente por una trocha empinada que fluía a lo largo de la rivera, y que una vez llegando al fontanar del cual dimanaba el arroyo, ascendieran por la cuesta de la montaña hacia el Occidente, y que llegarían a la meseta donde estaba el campamento de los cristeros.



De Palinuro de México



En nombre de la ciencia

Diez minutos después de haberle extraído el Ojo Universal a Palinuro, éste dio un respiro de alivio (por arriba) y dijo:

«¡Ah, al fin podré cagar! Por cierto —agregó al abrir la puerta del W. C.—, tengo en el baño toda la literatura que te puedas imaginar, desde Pentesilea hasta las revistas que se leen con una sola mano como el Playboy. Pero, por favor, no toques una novela de Nicholas Blake que estoy ocupando y que se titula *Un puñal en mi corazón*. Todos los días leo tres páginas cuando cago, y después las arranco y las empleo en mi higiene personal. Favor, como te digo, de no tocarla. Una vez viví con un amigo que le dio por usar el mismo libro y terminamos muy mal. Como comprenderás, no se pueden leer las páginas 76, 77 y 78 de una novela policiaca, y luego no leer la 79, la 80 y la 81, y sí leer la 82, 83 y la 84, y así sucesivamente. Nuestra amistad llegó a su fin un día en que le dio una diarrea fenomenal y se desaparecieron cincuenta páginas completas: de la 26 a la 75.»

«Nunca supiste quién fue el asesino, supongo», me atreví a decir.

«Peor aún: nunca supe quién fue el asesinado. Sin embargo, perdoné a mi amigo porque supe que estuvo muy enfermo y que le dio tal cantidad de diarrea, pero

tal cantidad, que hubo necesidad de ponerle una transfusión de caca.»

Desde el escusado y ya con la puerta cerrada, Palinuro me gritó:

«Tú sabes, hermano, que el conducto anal está protegido por un esfínter muscular interno y un esfínter muscular externo que normalmente guardan un estado de contracción tónica, ¿no es así?»

«Así es», le contesté.

«Pues bien —agregó—, ahora se encuentran en estado anormal, y por si fuera poco... »

Un gran ruido. Otro más.

«¡Por si fuera poco —continuó—, ha descendido el diafragma y mi colon se encuentra en estado de peristalsis vigorosa!»

Alarmado, yo no supe si buscar en el *Diccionario de términos médicos* todas esas palabras, entonces incomprendibles para mí, o preguntarle a mi amigo:

«Palinuro... ¿te sientes bien?»

«Creo que no —me dijo, y su voz reflejó una alarma mayor que la mía—. En estos momentos estoy teniendo un derrame de una horrible sustancia compuesta por agua, partes de alimentos no digeridos, elementos metálicos y pigmentos biliares... »

«¡Qué barbaridad!», exclamé.

«El derrame, que se ha convertido en una verdadera catarata, incluye también colesterol, bases púricas y sales inorgánicas de sodio, calcio, magnesio y hierro... »

«¡Palinuro! —le grité— ¡Abre la puerta!»

«¡Dios mío, Dios mío, creo que me están saliendo por el ano microorganismos de diversos tipos, productos de la descomposición bacteriana como indol y escatol y células mucosas y epiteliales! ... »

«¡Palinuro —repetí—, abre la puerta!»

Pero mi amigo continuó impasible:

«En otras palabras, o mejor dicho, en una palabra: ¡Caca! ¡Caca, hermano, el oro freudiano, el primer regalo que el bebé le da al mundo y a sus seres queridos! ¡El oro puro que destiló el serpentín alambicado de mis intestinos!»

«¿Estás seguro que es caca?», le pregunté.

«Sí: yo nunca me equivoco», me contestó, hablando *ex cathedra* (desde la silla) y agregó:

«¿Y para qué quieres que abra la puerta, se puede saber?»

«Yo también tengo ganas», le contesté.

«Te sugiero —dijo mi amigo abriendo al fin la puerta del baño— que esperes a que se ventile, o que en su defecto quemes una varilla de incienso. ¿Sabes una cosa?», añadió señalándome el escusado.

«¿Qué?»

«Hice caca verde.»

«¿A qué crees que se debe?», le pregunté.

«Al azar, naturalmente. Si me lo hubiera propuesto, jamás lo hubiera logrado... Y ahora, ¿qué te parece si te enseño mis dibujos?»

Una tarde en que el estudio de la anatomía fastidió a Palinuro más que otras veces, en que los nombres de los utrículos, lóbulos y ligamentos comenzaron a perder su sentido, de tanto repetirlos, mi amigo cogió sus colores y comenzó a dibujar y pintar la sección de la cara que estaba estudiando. Con rojo granate y amarillo ferroso coloreó las fibras y los fascículos del músculo digástrico. Con azul Amberes la vena facial. Con rojo carmín, la arteria lingual. Cuando la sección quedó terminada, Palinuro cogió un lápiz plomo y comenzó a trazar el resto de la cara. El lápiz siguió un itinerario que no estaba previsto en ninguno de los asombros que nos eran familiares: y así como los bordados de Lisandra, su abuela paterna, seguían en los días oceánicos el camino de las Azores, el lápiz se dejó llevar por la ruta florentina de la galería Uffizi, y dibujó los labios, la nariz, la frente de una cabeza esculpida por Donatello para el placer y los paisajes de Cosme de Medici. La piel lechosa, como los alabastros de Rilke; las líneas —perfectas como la ecuación de un litoral— preconizaban una misma profusión de trazos nobles y cálidos. A falta de museos, Palinuro fue a las bibliotecas a devorar las láminas de Rafael y Paul Delvaux, de Piero della Francesca y Lucas Cranach; de Vermeer y Georges Latour. De regreso al cuarto y provisto de sus pinceles de pelo de marta y pelo de camello, del aceite negro inventado por Giorgione, y de lápices que imitaban las tierras y colores que tanto amaba Pali-

nuro: el amarillo Nápoles, el negro de vid que empleaba Diego Rivera, el blanco de Cremnitz, la tierra de Sevilla usada por Velázquez en *Las Meninas* y el verde de Verona destinado a sombrear las encarnaciones, mi amigo dibujaba de memoria —o copiaba de alguna tarjeta postal, de alguno de los diccionarios y las historias del arte de segunda mano que había comprado— los rostros o las manos, las piernas, el tórax de las figuras, pero siempre a partir del fragmento de una lámina anatómica. Así, la *Salomé* de Moreau, el *Niño Jesús* de Petrus Christus, los amantes de *El beso* de Rodin y las mujeres anaranjadas de Gauguin, todos mostraban en alguna parte de su cuerpo la falla o el boquerón donde la piel se abría al mundo de las vísceras: el David de Miguel Ángel tenía en el pecho una horrible abertura que dejaba ver los vasos coronarios, el diafragma, la aorta descendente y el corazón mundificado por el amor a Betsabé. *Las manos de Judas*, de Goltzius, mostraban los tendones extensores de los dedos y los metacarpianos sanguinolentos. La Venus de Sandro Botticelli, con el vientre abierto como si hubiera sido cortado con el filo de una concha nácar, mostraba el repliegue peritoneal con cenefas y arborescencias de grasa amarilla a las que se prendían las algas y las algas, y una parte del intestino ciego que le colgaba hacia fuera, erizado de escamas de sirenas y trociscos de madrépora, enrojecido por el sol, exacerbado por la sal del mar, picoteado por las gaviotas y los fulmares. Los ejemplos serían interminables: la Cabeza de

Medusa que fascinó a Shelley; el retrato de Arnolfini y su mujer de Van Eyck o los obreros de Léger: ninguno se escapaba de enseñar, gracias a la magia de un trazo centelleante del lápiz o del cincel, un nicho casual donde se refugiaban las golondrinas y los tumores, un cúmulo de ganglios y cianosidades o una chusma de arterias. Lo mismo sucedía con las lesbianas de Courbet, o con el autorretrato de Isabel Vigée Lebrun: ninguna figura de un cuadro o una escultura que pudiera recordar Palinuro, incluyendo al *Condesito* de Fortuny, a los *Santos inocentes* del Tintoretto cuya sangre se derrama en los pisos de pórfido y serpentina y a los mismos personajes de *La lección de anatomía* de Rembrandt, ninguna de estas figuras dejaba de mostrar en alguna parte de su cuerpo, allí donde se quebraba el triunfo recatado y blanco del mármol o de la tela: en un brazo, en el pecho, en un muslo, en la altiplanicie casta del vientre, y en cualquier otro lugar donde la piel se abría en llamaradas, alguna abertura o herida, una ojiva, una excavación que revelara las frondosidades inapetentes y fermentadas de los bronquios, el hígado cubierto de miel y carey o la corteza oxidada de los pulmones donde se ahogaba un tropel de ronquidos transparentes. Muy pronto se dio cuenta Palinuro de que le bastaba dibujar la sección anatómica para imaginarse el resto; todos los caminos conducían a Florencia, al Prado, a los infinitos museos del mundo: si se dibujaba el músculo sartorio, se llegaba tarde o temprano a *Las tres Gracias* de Rubens. También, a falta de

museos, Palinuro recorrió los parques y las avenidas de la ciudad de México y copió el Neptuno, los tritones y el *Malgré Tout* de La Alameda, el grupo escultórico de las Danaides y los lansquenets que sostenían, cada uno, un globo de cristal; y en el Paseo de la Reforma la efigie de Carlos IV; el Ángel de la Independencia bañado de malta dorada y a sus pies la Ley y la Justicia, y más allá el Cristóbal Colón y los monjes de la Rábida, la Diana Cazadora, el Ariel y las cariátides que lloraban lágrimas de granizo en las fuentes de Polanco. Palinuro se condolió del destino irreparable de las estatuas y las figuras reproducidas en los cuadros, y que debajo de su piel de óleo y de telas, de granito, de acuarela o de oro numismático, deberían estar rellenas de aire y de espacio, de rosas y licores eléctricos, de tornasoles, de canela y esencia de orégano, o de los materiales, al menos, que se conjugaban en su creación: de mármoles translúcidos de Paros y mármoles perlados de Carrara, de malaquita o caoba, de palo de rosa, de bronce o lacas de granza, de aceites de adormidera y oropimente, de goma arábica y yeso de París, y que sin embargo contenían en su miseria la misma cantidad de linfa, de sangre, de kioscos malsanos, de podredumbres musculares y cóleras sebáceas que los hombres, las mujeres y los niños que representaban. Ésta es la razón —me dijo mi amigo— de los extraños dibujos que hizo, primero cuando se dio cuenta de que no había nacido para la Medicina, y segundo, cuando supo que la pintura no había nacido para él. La

razón por la cual —insistió— en el cuello del estudiante de Modigliani (en estas cosas nada le gustaba más a Palinuro que ser obvio) había trazado dos incisiones horizontales y un tajo vertical de modo que levantando los dos colgajos de piel resultantes, mostrara entre otras cosas la tráquea, el cuerpo tiroides amarillo y azufrado y la vena yugular interna. La razón también por la cual la Mona Lisa, más vieja que el paisaje que la rodeaba y muerta tantas veces, mostraba al mundo los dientes y la lengua hasta entonces desconocidos, la arteria coronaria superior y el músculo risorio que le otorgó su sonrisa enigmática y bisexual.

A continuación, Palinuro me explicó que no veía nada de malo en hacer esos dibujos. Que por fieles que parecieran —y debieran ser—, los artistas que los hacían pertenecían a la categoría de los heurísticos porque su arte no se limitaba a reproducir la apariencia sensible del mundo corpóreo, sino que precisamente descubrían lo que estaba más allá de las apariencias. Que Clerici, para ganarse la vida, pintaba láminas anatómicas. Que el mismo Leonardo hizo más de seiscientos dibujos de preparaciones de los cuales se burló Ruskin diciendo que pertenecían a «la ciencia del sepulcro». Que el célebre cirujano inglés Jacobo Paget hacía verdaderas obras de arte a partir de sus propias disecciones, a tal punto que en una ocasión una viuda le compró el maravilloso dibujo que había hecho del trozo del intestino ulcerado de su esposo. Que nada podía haber más bello y digno

que las láminas de los autopsiados de Hogarth, los esqueletos de De Humani Corporis Fabrica de Vesalio que deslumbraron a Baudelaire con sus costillajes de maravillosa y abstracta hermosura, o las acuarelas que Sir Henry Tonks elaboró en la primera Gran Guerra y que mostraban todas las heridas faciales habidas y por haber, y tantos otros dibujos, láminas e ilustraciones —los ejemplos también serían infinitos, me dijo— en los que grandes artistas, o al menos grandes científicos, habían demostrado su profundo interés por el cuerpo humano —al que Schlegel había calificado como el mayor de los jeroglíficos— y entre los cuales uno de los más bellos y fascinantes era el que aparecía en el frontispicio de la *Osteografía o Anatomía de los Huesos* de Guillermo Cheselden, y donde se veía a Galeno meditando cerca del esqueleto de un bandido muerto; más allá el esqueleto de un cocodrilo en el río Nilo; al fondo una pirámide y el esqueleto de una garza que lleva en el pico el esqueleto de un pez, y al otro lado el esqueleto arqueado de un gato que retrocede ante el esqueleto amenazante de un perro, ilustración ésta que siempre le recordaba a Palinuro, según me dijo, lo que él y sus amigos llamaban «La Cueva de Caronte», y que prometió llevarme a conocer.

«Los cuerpos —me aseguró— han vuelto a estar tan escasos hoy en día como lo estuvieron hace trescientos años. Incluso tengo noticias de que se ha iniciado ya un tráfico internacional de cadáveres, por fortuna

para nuestro miserable Tercer Mundo que también tiene abundancia de esa materia prima: sí, así como lo oyes, los muertos viajan ahora tanto como los vivos. Navegan por el Océano Índico, pasan de contrabando por Suez y por el Canal de Panamá y desembarcan en las playas heladas de Atlantic City para aparecerse a los tres días o las tres semanas en la Facultad de Medicina de algún colegio de Nueva Jersey. *Muera ahora, viaje después.* Te decía todo esto, porque los huesos son cada vez más caros y son muy pocos los estudiantes que pueden darse el lujo de tener huesos de su propiedad, aparte de los suyos que no les sirven para estudiar. En los Estados Unidos, según me cuenta Walter, las universidades tienen ya sus bibliotecas de huesos, por así decirlo: sus huesotecas, que prestan huesos contra recibo y además los tiñen de diversos colores según la huesoteca, para poderlos identificar más tarde. Con suerte, te consigues la calavera color de rosa de un tupamaro, el costillar amarillo como jaula de oro de un guerrillero africano, o la tibia azul de un vietnamita. En otras partes ya se producen, por supuesto, huesos de plástico a partir de moldes hechos con huesos naturales. Son perfectos. Un fémur de plástico, por ejemplo, reproduce con exactitud absoluta la foseta para el ligamento redondo, el trocánter menor, la cresta del aductor menor, ¡qué sé yo! Pero no me atrae nada, nadita, la idea; yo quiero estudiar el *Homo sapiens*, no me interesa el *Homo plasticans*. Y para eso, hermano, basta con acudir a Caronte. En ninguna

parte, ningún estudiante consigue huesos auténticos, huesos de carne y hueso, tan baratos como nosotros... »

Palinuro dio un gran suspiro, consultó su muñeca (donde jamás tuvo un reloj pero que miraba siempre para adivinar la hora) y agregó:

«A propósito de Caronte, ya es hora de que conozcas a mis amigos del alma: Molkas y Fabricio. En estos momentos, Molkas está a punto de salir de su clase de bioquímica y Fabricio debe estar comiéndose unas fresas con crema en La Bombi, como todos los jueves a esta misma hora, ¿vamos?» Y Palinuro me explicó que conmigo quedarían completos *Los tres mosqueteros* (que en realidad son cuatro), considerándome a mí como Athos —ausente por un tiempo—, ya que él no estaba dispuesto a renunciar jamás al papel de D'Artagnan.

Por principio de cuentas, Molkas confesó que se masturbaba todos los días a todas horas. La primera conclusión de Palinuro y Fabricio fue que su amigo, víctima de un narcisismo primario y de una disposición auto-plástica que convertía sus impulsos en síntomas, había transformado en un ritual compulsivo toda una inquietud flotante sin contenido ideológico, resultado de una combinación autopunitiva de necesidades viscerogénicas y psicogénicas de carácter focal, difuso y proactivo...

«Pendejadas —dijo Molkas—. Yo me masturbo en nombre de la ciencia.»

«Es posible, sin embargo, que no tengas la culpa, ya que como dijo Leonardo (otra vez Leonardo), el miembro viril posee voluntad propia: *anima e intelletto separato dall'uomo*.»

«Pendejadas —insistió Molkas—. Yo me masturbo en nombre de la ciencia.»

Fabricio dio un respingo y los anteojos se le resbalaron hasta la punta de la nariz.

«¿En nombre de qué, dices? ¿De la ciencia?»

«No puedo creer a mis oídos», manifestó Palinuro rascándose la oreja derecha.

Pero el joven Molkas, incólume, y después de recordarle a sus amigos que ya Paracelso distinguía la diferencia entre semen y esperma (si bien al revés), sacó una naranja del bolsillo de su chaqueta, la pulió con la manga de la camisa, pidió una navaja para pelarla, la consiguió, comenzó a pelar la naranja en espiral y mientras Palinuro corría las cortinas y encendía una lámpara de mesa con la luz dirigida a la cara de Molkas, éste les dijo que su primer propósito —y para eso se había comprado un microscopio plateado de segunda mano y una colección de tintes— había sido el de averiguar si sufría o no de azoospermia o en otras palabras ausencia total de espermatozoides en el semen, o en su defecto cualquier otro padecimiento semejante: astenospermia, oligospermia o etcéterospermia, y después de que Palinuro lo regañó por tirar las cáscaras en el piso y Molkas las recogió y las arrojó sin más ni más por la ventana, les

aseguró que una de las alegrías más grandes de su vida la tuvo la mañana en que colocó en la plaqueta del microscopio una gota de sus cinco centímetros cúbicos de eyaculación y contempló, con la emoción, la incredulidad y el asombro que sólo otro hombre pudo sentir jamás en toda la historia —se refería a Leeuwenhoeck—, los millones y millones de flagelados animalitos vivitos y coleando, envueltos en el aura espermática, verdes y con visos magenta (porque había utilizado el colorante FD & CNo.2 con safranina) y nadando media pulgada por minuto, los inocentes, recién salidos de los túbulos del testículo...

«¿De qué testículo?», preguntó Fabricio.

Y Molkas, comiendo un gajo de naranja y escupiendo las semillas en el suelo, tuvo que confesar que no estaba seguro, que en varias ocasiones se había masturbado con el único propósito de comprobar la teoría de Hipócrates que dijo que las niñas son engendradas por los espermatozoides del testículo izquierdo y los niños por los del derecho, pero nunca notó ninguna diferencia, a pesar de lo asegurado por L. B. Shettles en el sentido de que había espermatozoides femeninos y espermatozoides masculinos: no, no había visto ninguno con pestañas largas y rizadas, bigotes, glándulas mamarias o voz ronca, pero sí observó alarmado algunos espermatozoides, dijo, que por la forma de mover la cintura le habían parecido un poco maricones, los desgraciados.

«¿Con qué mano te masturbas?», le preguntó Palinuro a Molkas y Fabricio lo regañó por escupir las semillas en el suelo.

Molkas se metió otro gajo en la boca, dejó la naranja en la mesa, recogió las semillas y esta vez no las arrojó por la ventana, sino que las puso en la maceta expresando el deseo de que algún día creciera allí un naranjo para que a los vecinos de arriba no les faltara nunca su jugo de naranja por la mañana, se sentó de nuevo y se contempló las palmas de las manos alternativamente moviendo la cabeza de un lado a otro como si estuviera en un partido de tenis, y después de algunos comentarios sobre lo corto que tenía el meridiano de la vida, lo accidentada que tenía la curva del amor y lo larga que aparecía la línea de la masturbación, contestó que a veces con la derecha, a veces con la izquierda, a veces con ninguna y a veces con las dos, y cuando Palinuro lo acusó de ser ambidextro, protestó alegando que en realidad era ambizurdo, lo que era más o menos lo mismo, pero no exactamente lo mismo, y continuó pelando la naranja, ignorando la advertencia de Fabricio, el cual le recordó la recomendación que hace el Talmud en el sentido de no maldecir nunca con las dos manos para que quede siempre una de ellas destinada a perdonar y bendecir.

Fabricio se quitó los anteojos y observó los cristales a contraluz porque una vez más pensó que le habían crecido telarañas plateadas en los vidrios, pero una vez más también confirmó que los vidrios estaban rayados,

así que se olvidó del asunto y comenzó a balancear los anteojos en el aire mientras recorría el cuarto a grandes zancadas. Palinuro encendió un cigarro, y de pronto Molkas muy a la española (hay que recordar que era hijo de un abarrotero gachupín) gritó:

«Ah carajo... ¡Me cago en Dios!»

«¿Qué sucede?», preguntó Palinuro.

«Me corté un dedo», contestó Molkas chupándose el pulgar de la mano derecha.

«Te castigó Dios», aseguró Fabricio.

«¿Por masturbarme?»

«No. Te castigó porque dijiste: ¡Me cago en Dios! Él sabía que ibas a decirlo.»

Lo cual les dio oportunidad de discutir sobre el determinismo y la libertad del hombre; sobre la necesidad —o la imposibilidad— de conciliar el libre albedrío con la omnipotencia divina; sobre si Dios sabía que Molkas se iba a masturbar y pudo evitarlo; sobre si Dios sabía y le importaba un carajo; sobre si Molkas ni sabía ni podía evitarlo; sobre si la Vía Láctea era el resultado de una masturbación de Dios, y sobre otros temas afines que tenían más o menos frescos por haber salido apenas de la escuela preparatoria, aunque esta conversación más bien se llevó a cabo entre Palinuro y Fabricio, porque la gota de sangre que brillaba en la punta del pulgar de Molkas le sirvió a éste de pretexto para —sin dejar de comer naranja— contarles cómo se había masturbado un fin de semana diez veces, quince, qué sabía

él cuántas, en un interminable *tour de force* para comprobar la teoría de Dino del Garbo, el médico del siglo catorce que aseguraba que el semen tenía su origen en el corazón, y cómo a pesar de no haber encontrado en su semen rastros de ventrículos, de arterias coronarias o nódulos de Arancio, logró al fin una eyaculación casi transparente con una gota de sangre; una gota de sangre que debía venir directamente del corazón a juzgar por las palpitaciones que sintió, y lo que es más, como era sangre arterial brillante y escarlata como la sangre que tenía en la punta del dedo, estaba seguro que procedía del lado izquierdo del corazón. Palinuro y Fabricio, metidos hasta el cuello en un tremedal filosófico, casi no lo escuchaban, alegando uno que como decía el gran filósofo francés Helvecio, el amor propio es la base de toda conducta humana, diciendo el otro que Rousseau a pesar de calificar de vil la obra de su compatriota afirmó sin embargo que las artes y las ciencias nacen de nuestros vicios, completando el uno que Spinoza afirmó que las pasiones se pueden transformar en instrumentos de realización, estando de acuerdo el dos en esto, y por su parte el tres —cuando se mencionó a Kant—, levantando la mano para pedir la palabra.

«El acusado quiere ir al escusado», dijo, comprensivo, Palinuro.

«¡Atájenlo, se va a masturbar, el cochino!», gritó Fabricio.

Pero Molkas dijo que no era su intención ir al baño, sino que a propósito de Kant lo que quería decir es que si se masturbaba era, precisamente, por un imperativo categórico y les ofreció unos gajos de naranja. Les pareció a los amigos, sin embargo, y aparte de rechazar el soborno, que se estaban desviando del tema y que con las desviaciones sexuales del joven Molkas era más que suficiente, así que le pidieron que aclarara un poco más su afirmación en el sentido de que se masturbaba en nombre de la ciencia. Molkas les habló de Pitágoras, les dijo que Pitágoras opinaba que el semen se origina en el cerebro y que por lo mismo un día comenzó a masturbarse fría y cerebralmente con el objeto de comprobar su teoría. Y que después de hacerlo docenas de veces no encontró por desgracia una sola gota de líquido cefalorraquídeo o un trozo de la cinta de Reil y ni siquiera células de las meninges, o en una palabra: «Ni píamadre», pero que sí, a cambio, se le debilitó tanto el cerebro que ya no pudo recordar por qué se estaba masturbando, hecho que en cierta forma confirmaba la teoría del sabio. Luego observó su pulgar y comentó lo increíble de que no hubiera, en todo el mundo, dos huellas digitales idénticas. Palinuro le echó una bocanada de humo en la cara y le preguntó si, a propósito, no había encontrado lo que podría llamarse «huellas espermáticas». Y como Molkas no supo qué responder, Fabricio le aclaró que según algunos investigadores contemporáneos, los espermatozoides de cada hombre

presentan ciertas características únicas o *sperm-prints* tan singulares como las huellas digitales o *finger-prints* y que por lo mismo valían tanto como éstas en los procesos de identificación criminal. Molkas se metió los últimos cinco gajos de naranja en la boca, el jugo le escurrió por la barbilla, y después de llamarle la atención a Palinuro por haber tirado el cigarro en el suelo, comentaron entre todos lo incómodo que sería tener que masturbarse a la fuerza cada vez que lo llevaran a uno a la delegación o tuviera uno que sacar un pasaporte. Molkas aseguró que en su propio miembro (o cuerpo del delito) podían encontrarse miles de sus propias huellas digitales y mientras tanto Palinuro se disculpó y desmenuzó el cigarro en la maceta, diciendo que así el naranjo crecería más sano y robusto, puesto que el tabaco es un buen fertilizante. Hasta que al fin Fabricio pidió una moción de orden. ¿De veras no quieren? insistió Molkas sacando de otra bolsa otra naranja y protestó al afirmar Fabricio que seguramente después de su primer contacto sexual Molkas había abandonado la masturbación, que se volvía innecesaria, a lo cual Molkas aclaró que para él la masturbación jamás había sido *necesaria*, y que en todo caso y desde un punto de vista científico, había sido pragmática y en cierta forma empírica e incluso propedéutica. Por supuesto que no dejó de masturbarse, y lo que es más, lo primero que hizo después de tener su primera relación sexual con la puta de Las Vizcaínas fue masturbarse —dijo, comenzando a pelar la segunda naranja—

aterrorizado por la posibilidad de descubrir en su esperma el siniestro espirilo que produce la sífilis.

«¡El *Treponema pallidum*!», exclamaron Palinuro y Fabricio a un tiempo, fascinados ante la idea de tener a un amigo que como Baudelaire, Nietzsche, Maupassant, Strindberg y tantos otros poetas malditos y personajes célebres, se llenara de collares de Venus, le aparecieran chancros del tamaño de una rupia, le diera vasculosis, se le pudriera el cerebro y le diera demencia progresiva, se le degenerara el nervio óptico, se inundara de pléyades ganglionares y de ideas paranoides y grandiosas, se le inflamaran las meninges y se le cayeran el pelo y las pestañas, los bigotes y las cejas, las uñas y los ojos:

En fin, que Molkas empleó un método antiguo que según su leal saber y entender no podía fallar: hizo un cultivo de su esperma con agar-agar y un pedacito de riñón de conejo, y acudió al método de coloración de Lipp donde se recomienda usar el Azul Victoria 4 R, y por la noche...

«¿Qué sucedió por la noche?», preguntó Palinuro.

Por la noche y por asociación de ideas, Molkas tuvo una pesadilla espantosa: soñó que buceaba en un mar de esperma y que de pronto se le aparecía la Reina Victoria, muy pálida y vestida de azul y rodeada de bacterias, virus y protozoos horribles aumentados de tamaño miles y miles de veces, y él había tenido que luchar a brazo partido con el *Staphylococcus pyogenes*, con el *Vibrio cholerae*, con la *Pasteurella pestis*, con el *Mycobac-*

terium leprae, con la *Entamoebahistolytica*, con el *Bruce-lla abortus*...

Hasta que Fabricio dijo:

«Basta, ésta no es una clase de bacteriología... ¿qué pasó después?»

Molkas le dijo que se había despertado muy asustado y con fiebre, pero que a pesar de haber llevado su sangre al laboratorio para que le hicieran la reacción de Wassermann colocándola en el condensador parabólico, no fue posible, para infortunio de la literatura, encontrar en su organismo el agente terrible de la lúes, de la enfermedad napolitana que contiene a todas las otras enfermedades del mundo, del *morbus gallicus* que padeció el pastorcito Sífilo del poema de Fracastoro, de la enfermedad, en fin, de la cual los españoles culparon a los indios de América, los rusos a los portugueses, los italianos a los alemanes, los romanos a los bárbaros y los biógrafos de Baudelaire a la negra que se cogía todas las noches y sí, por desgracia, se aparecieron después en una gota de pus que le salió por el miembro, unos al parecer indefensos animalitos redondos como uvitas moscatel que se agrupaban en racimos, y que no eran otros que los agentes de la gonorrea, y claro, el hecho de que su amigo no padeciera de la enfermedad que había asolado por siglos a la «Sifilización Occidental», como dijo Palinuro, y sí en cambio tuviera una vulgar gota del soldado, decepcionó terriblemente a los amigos, aunque Fabricio tuvo el valor civil de anotar en su libreta:

«En resumen, masturbarse es más higiénico que fornicar...»

«Y más sabroso también —se animó a decir Molkas, poniéndose de pie y citando al poeta del crucero—:

Placeres sabe Onán...

¡Que desconoce Don Juan!»

Después, se comió el resto de la naranja.

«¡Ajá, ajá, ajá! ¡Ya salió la verdad a la luz! ¡Al fin confiesas que te masturbas por placer! ¿No es así?», dijo Palinuro, triunfal.

Pero Molkas no estaba dispuesto a tolerar más:

No los bajó de cabrones y malparidos, no los subió de imbéciles y morones. Se olvidó de la naranja, de su dedo, de su amistad, y les aseguró que ellos jamás entenderían la angustia espantosa de pasarse las noches en vela impulsado por un irresistible *élan vital* y tratando de solucionar de una vez por todas la antiquísima querella entre los ovistas y los animalculistas, tratando sin éxito, por días y días con sus noches, de descubrir el semen cagástrico y el semen iliástrico del que hablaba Paracelso, la Panspermia a la que se refería Hipólito y las raciones seminales de San Agustín. ¡Ah, no, en sus largas noches de eterno insomnio, nada de eso había visto, y tampoco —Dios era testigo— por muchas veces que se había masturbado —tantas que no podría contarlas con los dedos de las manos así recu-

rriera a los trucos bajos de Erik Satie (que una vez se contó más de dos mil dedos)— tampoco nunca pudo descubrir el principio plástico del semen al que Santo Tomás de Aquino atribuía la causa del parecido con los padres, el famoso *principium corporis formativum*! ¡Ah, no, qué iban a saber ellos, ignorantes y pendejos, que no conocían los trabajos de Naudin, de Mendel, de Morgan y los últimos avances de la genética! Si él, el pobre Molkas, pudiera algún día darse el lujo de comprar un microscopio electrónico que ampliara a sus espermatozoides veinticinco mil o cien mil veces, ¡qué maravillas no descubriría! ¡Tan sólo de pensar en esa posibilidad se le comprimía la vena dorsal del pene y el tejido esponjoso se le llenaba de sangre, o en otras palabras, se le paraba la verga! ¡Cuando lean ustedes *Los cazadores de microbios*, les dijo, cuando se enteren de los sufrimientos que pasó Roberto Koch echándose a perder las manos con sublimado corrosivo para descubrir la gelatina de suero sanguíneo y los colorantes; cuando se imaginen a Yersin quemándose las pestañas para descubrir el bacilo de la peste bubónica, y a Ronald Ross en el verano infernal de la India disecando cucarachas y peces voladores para poder contemplar las esferas y las medallunas del paludismo: entonces, pero sólo entonces, podrán tener una idea del pobre Molkas, dedicando su vida y su juventud a la ciencia, inclinado ante la mesa de trabajo día y noche como escribiente florentino, sufriendo jaquecas, vómitos y dolores reflejos, viendo luce-

citaz y uraniscos luminosos, amenazado por el horror del vacío postorgástico, con una mano en el tubo del microscopio y la otra en su miembro, masturbándose como loco, observando como loco, sí, hasta el punto de no saber ya muchas veces si dejaba de masturbar a su miembro para masturbar al microscopio y arrancarle así sus enigmas y ordeñar sus secretos, o dejar de observar por el microscopio y pegar el ojo a la punta de su miembro para descubrir allí, en el fondo del tubo anaranjado de su uretra y en los planetas ovoides de sus testículos, a los minúsculos hombrecitos que habitan en cada uno de los espermatozoides, como lo habían jurado Plantades y Rondibilis!

Y Molkas se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

«Bueno, bueno, no es para tanto...», le dijo Palinuro, alcanzándole un clínex.

«En realidad casi todo el mundo se ha masturbado alguna vez...», dijo Fabricio, pasándole un pañuelo.

«Yo dos veces», confesó Palinuro.

«Incluso no tenemos nada en contra de la masturbación.»

«Se ha demostrado además que Voltaire había exagerado: la masturbación no produce ceguera ni esterilidad.»

«En nuestra época, ya está reivindicada, mientras se ejecute en privado y no ultraje el pudor público...»

«Hombres de ciencia muy formales como Freud, Erb y Fürbringer, la estudiaron seriamente.»

«Agathias Scholasticus hizo una apología de la masturbación», recordó Fabricio rascándose la cabeza.

«Y Dalí (otra vez Dalí) le concede una categoría muy especial al Gran Masturbador», afirmó Palinuro.

«En *La edad de oro*, Buñuel le da una relevancia especial al autosexualismo, también llamado autismo, autoerotismo y quiromanía, y al que muchos manieristas (manieristas tenían que ser) han tenido por un vicio distinguido, antibárbaro y antianimal», expresó Fabricio.

«A pesar de que algunos animales se masturban —recordó Palinuro, y recitó—:

Un mono enamorado de sí mismo
dedicose con furor al onanismo,
y tal empeño puso en la tarea,
¡que se quedó al final como una oblea!
Moraleja: si es malo el opio... »

«¡*Más malo es el amor propio!* —completó Fabricio—. Devuélveme mi pañuelo.»

«Otro gran estudioso de la masturbación fue el no menos célebre Tissot», continuó Palinuro.

«¿Será el de los relojes? —se preguntó Molkas a sí mismo en voz alta—. Yo tengo un reloj Tissot al que

nunca hay que darle cuerda, porque la va acumulando con el movimiento natural de la muñeca ... »

«Estoy seguro de que tiene cuerda de aquí al Día del Juicio», afirmó Fabricio.

«Lo único que a nosotros nos parece es que el ejercicio de la práctica te ha alejado de la teoría», dijo Palinuro dándole a Molkas unas palmadas en la espalda.

«Te recomiendo que compres *Onanismo y homosexualidad*, de Stekel», dijo Fabricio, pellizcándole el mentón.

«Te voy a prestar la conferencia que dio Mark Twain en el Club Estómago de París, titulada *La ciencia del onanismo*», prometió Palinuro.

«Y no dejes de leer una novelita de Apollinaire donde un joven descubre el sexo a través de la masturbación», aconsejó Fabricio.

En seguida comenzaron a deliberar en privado y Palinuro señaló la necesidad de ampliar el campo de la investigación científica experimentando la masturbación en circunstancias diversas e insólitas. Molkas aseguró haberse masturbado en el baño. Palinuro en la cocina. Molkas en un automóvil. Palinuro en el mar. Molkas en una sesión espiritista y sin dejar de tocar las manos de sus compañeros. Palinuro en una bicicleta y sin tocar el manubrio con las manos. Molkas en un desfile. El primo Walter en el helicóptero de Pan Am. Palinuro en un parque. Molkas en un velorio. Palinuro en un minuto. Molkas en treinta segundos. Palinuro vestido de etiqueta y con un clavel rojo en la solapa. Molkas sin clavel y

sin ser visto. Palinuro sin bajarse el zíper de la bragueta. Molkas sin bajarse del autobús. ¿Y Fabricio? Palinuro cuando tenía ocho años de edad. Molkas cuando tendría ochenta. El primo Walter en la tina. Palinuro con la mirada. Molkas con una sonrisa. Molkas con la misma cáscara de plátano. Palinuro pensando en Raquel Welch. Molkas pensando en el Vesubio. ¿Y Fabricio? Palinuro con crema de rasurar. Molkas con mayonesa McCormick. Carlos Marx en el Museo Británico. El primo Walter también en el Museo Británico, pensando en Carlos Marx. Palinuro en cámara lenta. Molkas en la rueda de la fortuna. Palinuro en un elevador. Walter en el metro de París. Molkas con pasta de dientes Colgate. Palinuro con Estefanía. Molkas jamás. Palinuro de pie. Molkas arrodillado. ¿Y Fabricio? Palinuro en la Columna de la Independencia. El conde de Zeppelin en sus dirigibles. Molkas con los guantes de su padre. Palinuro con la crema de manos de mamá Clementina. Adán en el Paraíso. ¿Y John Milton?

Tras lo cual, y a pesar de que Molkas había dicho la verdad, pero no toda la verdad y no nada más que la verdad, decidieron no sólo declararlo inocente sino también (y para ponerlo en sus propias palabras) «reivindicarlo ante los ojos de la sociedad».

«De cualquier manera, querido Molkas —dijo Palinuro—, insistimos en que espacies tus experimentos: la ciencia te necesita vivo y lúcido. Te aconsejamos los baños fríos, bromuros, valeriana, etc., etc.»

De inmediato, y por unanimidad absoluta (tres votos a favor y ninguno en contra), se condecoró a Molkas con la Orden del Rábano, atándole al miembro un listoncito rojo que de paso le sirviera como recordatorio para no masturbarse más de lo estrictamente (y científicamente) necesario.

Y Fabricio, ah, Fabricio el provinciano, había abandonado el pueblo y dejado atrás los mosquiteros que se desbalagaban en la ceniza y la miel de los atardeceres, contra el consejo de su madre, que lo quería campesino, y se largó a la gran ciudad en un camión lleno de chivos y gallinas, llevando como equipaje varias camisas blancas que volaban en los tendederos, y un costal de ilusiones que rezaba todas las noches, evangélicamente. Cuando el flujo y el reflujo de la sangre en las carótidas de su madre denunció una danza de las arterias inspirada por una insuficiencia aórtica, Fabricio regresó a su pueblo, pero sólo por unos días. Después, dejó para siempre el verano bucólico de su tierra y el oriente enjovelado con las estrellas que se perdieron en la gelatina desamorada de la gran ciudad. A cambio de esto, se deslizó por el contorno de los relojes y sucumbió a la fascinación que le ofrecía la región discorde. Pero apenas se enfrentó a los surcos fétidos de la ciudad y al océano de soledades recurrentes, y mientras caminaba por las ínsulas desahuciadas sin banderas de incrédulo, la cara levantada hacia las extremidades de Sirio, con aquellos dieciséis años echados al mundo como una

botella de crisálidas al mar, la frente cuajada aún de viñas efervescentes, a sabiendas de que las tripas tienen una esperanza en cada nódulo y con un prurito en el espinazo cerebral: la certidumbre de que sólo le quedaba por vivir un árbol, un poste de luz, el siguiente semáforo o el nombre de una calle, presintió —sin confesar el desconocimiento majestuoso del futuro y sin el menor deseo de fortalecer la savia amarga que se le pudría en el pecho— que su destino, que en algún momento había marcado la hora de la sucesión estelar según el oráculo que le había leído en las manos una bruja del pueblo, se iba a prodigar en pirotecnias y que al igual que tantos otros provincianos indefensos que no conocen los paréntesis de transición que se abren en un cabaret con las delicias de una muerte prematura y se cierran con el espejo de un amanecer sangriento, una diálisis errátil lo arrastraría por los ríos de la ciudad y lo pasmaría en los escaparates y los mercados; y que al igual que Palinuro sería seducido por las papelerías donde se desglosa el Universo múltiple, soñaría con envainar sus calentamientos adolescentes en las cortes dulces de los burdeles, y con sus inquietudes y sus ambiciones congeladas en espera de la conjura que las vaporizara, se entregaría a la lectura furiosa de los diccionarios de medicina donde descubriría cómo el heliotropo de la gangrena esparce su negro ventisquero a flor de piel, y cómo los nenúfares blancos de la tuberculosis proliferan en los pulmones de adolescentes deslumbrantes. Él, Fabricio, también

era un adolescente deslumbrante. Al menos en sus sueños. Al menos cuando se soñaba bello como Apolo, y como él, enemigo de las tinieblas y del crimen, sin sospechar que tendría también en el amor la misma mala suerte que el dios que a tantas mujeres y ninfas quiso: Casandra, Cirene, Coronis y Clitia, que nunca correspondieron a su pasión. Miope y enfermizo, alejado del mundo y de la realidad, el fracaso de Fabricio se debía a los hábitos sexuales solitarios adquiridos en su pubertad. Desde muy niño y como todos los niños, y por medio de la prueba del error, aprendió a sí hacer y sí repetir en su vida y con su cuerpo lo que sí le gustaba, y a no hacer y no repetir lo que le causaba angustia o dolor. Bilioso, hiperemotivo, vulnerable, hizo de su almohada su enemigo. O todos sus enemigos en uno. Luchaba con ellos cada noche, luchaba con el matón de la clase que lo mandaba a comprar cigarros y con el niño del departamento cinco que le había sacado sangre de la nariz y con el primo que tenía mejores calificaciones y más dinero, y los vencía, los hacía apoyar la espalda en la cama y en el suelo, los obligaba a que le pidieran perdón con lágrimas en los ojos que eran las suyas propias: lágrimas de frustración, de soledad, de miedo. Una noche, después de que Fabricio conoció a una colegiala de cuadernos roñosos, tobilleras blancas y sonrisa sonrosada que se agachó en la Avenida de los Pensadores para recoger una manzana de oro que pensó que se le había perdido, y en el momento en que Fabricio hundió los dientes

en el cuello de su enemigo, la almohada se transformó en la colegiala y la mordida en besos bajo los árboles cargados de heno y junto al lago alfombrado con lenteja de agua. Desde entonces cada noche luchó con su amiga y la hacía poner la espalda en la tierra y rendirse a sus deseos, a sus dientes y a su saliva y al líquido que le salía del miembro en borbotones cálidos. Después creció. Agnóstico no, como lo comprobaron sus amigos; apático sí, como le dijo el maestro de bioquímica. Además debilucho sí y largo también, y flaco, pero esbelto no, y el miedo al infierno, el infierno contado por un sacerdote rabioso que echaba espuma por la boca y hablaba con voz gangosa lo hizo hundirse en una soledad donde escaseaban las postales pornográficas que le ofrecían sus amigos y ciertos versos innombrables que navegaban en mares de memoria. Le prometió al sacerdote, a la Virgen, a Dios y a Fabricio (sobre todo a Fabricio) que se iba a portar bien a partir de esta noche, de la semana próxima, del año pasado, y que jamás volvería a cometer el pecado mortal que le hubiera valido una humillación y diez credos en la Iglesia del Rosario, y se quedó así, por no cometerlo, manco de las dos manos, desamparado, sumergido en los terrores que le traía la noche con sus gárrulos entrecruces de planetas y viejas maldiciones, y que lo hacían despertarse un segundo antes del derrame, con el miembro henchido de hormigas de hierro, empapado de sudor y de remordimientos entre las sábanas, ardientes de tanto soñar que su cuerpo se incendiaba. Pero

el instinto: la morbosidad no, el diablo tampoco, la necesidad sí, su naturaleza y nada más que su naturaleza, pudieron más y un día comenzó a masturbarse él solo, él solo en un mundo sin sacerdotes, sin enemigos, sin Dios, sin arrepentimientos, en honor de aquella colegiala y de todas las colegialas del barrio. El error no fue que mientras Fabricio se masturbara —al contrario que Palinuro— pensara en esas posibles amantes cuya visión le hacía imaginarse la anatomía femenina como una posibilidad de lujo, y que iba a conocer a la salida de la Secundaria 18, en el Café Wong o en los téis danzantes de El Riviera, o con lo aficionado que se volvería a sus pechos, a sus axilas perfumadas con lavanda y a sus muslos redondos y bien paridos. No. El problema —como le explicó mi amigo Palinuro— consistió en el método. En lugar de iniciar cada masturbación imaginándose desnudo él y desnuda ella, habiéndola penetrado él y habiendo sido penetrada ella, Fabricio comenzaba a manipular su miembro cuando apenas tocaba la mano de ella en la Avenida de los Pensadores, mientras le hablaba, al oído, de los apuros de su amor y la conspiración de sus carencias. Una lógica imberbe le había hecho pensar que la simple penetración por el hecho de ser entre todas las cosas prohibidas la más prohibida de todas, debía corresponder al placer máximo. Y así, con su mano y con su pensamiento, se las arreglaba para que la eyaculación coincidiera con la penetración imaginaria, creyendo que lo mismo que sentía él en el instante de penetrarla a ella,

sentía ella en el instante en que era penetrada por él. Esta novia, que había nacido para hacer el amor con Fabricio, se llamó Celia, se llamó Carmen, se llamó Carla y Catalina, pero siempre fue la misma: una mujer sin rostro, y no obstante con ojos grandes y amazónicos poblados de espasmos, y una muchacha sin cuerpo a pesar de que su sexo, que no era oscuro ni amargo, no tenía tampoco pastizales azules que se hicieran nudos de araña. Y así, por deseo expreso de Fabricio, la novia elegida para las noches interminables fue pasiva y ficticia y casi blanca, como un clíper, esperando nada más, esperándolo, mientras Fabricio manipulaba su miembro con la mano derecha, y con la otra, con la mano de corsario, le quitaba prenda por prenda, la desnudaba como a un pájaro, dispuesto a triplicar su carne, la más profunda y legítima, hasta que ella quedaba desnuda a lo largo de su cama y de su vida, y él podía entrar en ella y anegarla. Fabricio se creó así un reflejo que lo condicionó a eyacular en el instante mismo en que su miembro penetraba en una mujer. O en diez mujeres. Pero no tuvo la culpa: no pudo imaginar cómo se hacía el amor, antes de hacerlo, ni supo luego cómo hacer el amor, después de imaginarlo. Y por eso lo quisieron poco.

La Cofradía del Pedo Flamígero

De Molkas, Palinuro heredó la vulgaridad.

Una tarde, recuerdo, después de haber comido unas cuantas docenas de ostras que compramos en el mercado de San Juan adornadas con perejil y con iridiscencias de hielo picado, una lata de sardinas plisadas que mi amigo había guardado en el cajón de sus calcetines con previsión finlandesa y unos pasteles, estábamos bebiendo un aguardiente de uva que ostentosamente llamábamos «coñac», cuando Palinuro eructó y después alzó la pierna izquierda, dijo «Con tu permiso, manito», y se tiró un pedo.

Yo, que no quería creer a mis oídos, le pregunté con toda ingenuidad:

«¿Te tiraste un pedo?»

«No: solamente la mitad —me contestó, imperturbable—. La otra mitad se me quedó atorada.»

«¡Cochino, puerco, atascado, cerdo!», le dije.

«Olamos intensamente, para que el olor se vaya más rápido», sugirió.

Yo no pude más y le arrojé la servilleta a la cara en señal de desafío, como años antes lo hizo papá Eduardo con el tío Felipe.

«Esta injuria me la vas a pagar cara», me dijo desde atrás de la servilleta, blanco del coraje quizás porque la servilleta era blanca.

«Elige las armas», le contesté.

Palinuro se quedó pensativo y triste detrás de la servilleta. Al fin se la quitó de la cara, inaugurando una sonrisa:

«Las mismas que provocaron el desaguisado.»

«No te entiendo», le dije, y es que de verdad no lo había entendido. «¡Shhhh! No hables tan alto. Es un secreto.»

Se levantó, corrió las cortinas y continuó:

«Te reto a pedos.»

«Por Dios, Palinuro, me decepcionas. Nunca pensé que fueras tan vulgar», le dije, y de verdad estaba yo decepcionado.

Palinuro se cubrió el rostro con las cortinas.

«Tienes razón —dijo, rojo de vergüenza quizás porque las cortinas eran rojas—. Yo, que en otro tiempo modulé cantares al son de leve avena...»

«Y no aciertas ahora, Palinuro, a distinguir el día de la noche», le contesté.

«¡Ah, pero se trata de algo bien distinto! —dijo alegremente saliendo de atrás de las cortinas—. Algo que no sospechas.»

«Dudo mucho que puedas inventar algo más. Si quieres ganarte la simpatía de mi hígado, sírvenme otro aguardiente y cambiemos de tema.»

Pero Palinuro insistió:

«Nuestra competencia no estará relacionada, como tu mente pútrida te hace pensar, con el sonido, la duración o el olor.»

«¿Entonces con qué?»

«Con la luz y los colores. Sí, aunque pongas esa cara tan asombrada: la luz y los colores, como he dicho. Tú, que amas el color, tú que amas el amarillo indio que se obtenía de la orina de elefantes alimentados con hojas de mango, tú que amas las tierras de Siena tostada, el azul Academia y los pardos Van Dyck; tú que como André Derain usas veinticinco colores en la paleta con la que te enfrentas a la vida, hermano, amarás la inflamabilidad de los pedos.»

«¿La inflaqué?», le pregunté, y los *Comentarios de las guerras de las galias* se me cayeron de las manos.

«No me hagas repetir una palabra tan larga, hermano. Lo que quiero decirte, simplemente, es que los pedos son inflamables.»

«Me estás tomando el pelo», le dije, muy serio, y reanudé mi lectura en la página en la que Julio César cuenta cómo los britanos, para combatir, se pintaban de color verdinegro con zumo de gualda.

«Te juro que no te engaño: son inflamables. O en otras palabras, se encienden, se incendian, son devorados por las llamas.»

Fastidiado, dejé a Julio César encima de la cama, y cogí el segundo tomo de *À la Recherche* para deleitarme

con los crisantemos de variados colores que Odette tenía en su salón de invierno. Palinuro miró por encima de mi hombro.

«¿Lo ves? No puedes escaparte a los colores. Has caído en las redes del arcoíris. Pero no te preocupes: al final (o al principio) encontrarás un pote con oro de Acapulco. Pues bien, como te decía, esta noche entrarás conmigo a la Cofradía del Peto Flamígero.»

«¿Por qué tiene que ser esta noche? ¿Por qué no ahora mismo?» «Porque los petos, por lo mismo que son inflamables, son luminosos.»

«No te creo.»

«¿Qué puedo hacer para que me creas?»

«Vete al carajo», le contesté, sin despegar la vista de Odette, que en esa página estaba más bella que nunca.

«Veamos qué dice la enciclopedia acerca de los petos», dijo Palinuro.

«Shhh... Habla más quedito: te va a escuchar Madame de Villeparisis.»

Palinuro cogió el tomo P-Rob de la Enciclopedia UTHEA.

«Pájaro... paleontólogo... pancreatoenterostomía. Ah, carajo, esta palabreja sí que no me la sabía. Pasquín, pecaminoso, pedir... Ah, aquí está. No puede ser. Sí, sí puede ser. ¡Las sorpresas que da la enciclopedia, hermano! ¡No te imaginas! Mira lo que dice aquí: 'pedómetro'... ¿Tú crees que se trata de un instrumento para medir la longitud de los petos? Pues no señor: se usa

para medir a los niños. ‘Pedofilia’ ¿Piensas que se trata de amor a los pedos? Te llevarás un chasco: el amor por la infancia. Pedofobia, por lo tanto, no es el odio a los pedos (que yo encontraría bastante justificado cuando no se trata de los propios) sino el temor morboso a los niños y sus travesuras. ¿Y tú crees que la ‘pedopatía’ es el estudio de las enfermedades de los pedos? ¿Tú crees que los pedos sufren de mal aliento, o que les da tos, que estornudan, que tienen flujo, que sufren de soplos cardiacos? Pues no señor: ‘pedopatía’ es el estudio de las enfermedades de los niños. Luego sigue la palabra ‘Pedorrera’. ¿Tú crees que pedorrera significa frecuencia o muchedumbre de ventosidades expelidas por el ano? Pues sí señor: eso significa. Pero ¡oh, sorpresa! Hay algo más: ‘pedorrera’ se le llama también, en Cuba, al ave *Todus multicolor*, de la familia de los tóridos. Insisto en que no podemos escapar del color», finalizó, cerrando la enciclopedia.

«¿Y qué hay de la inflamabilidad de los pedos?», le pregunté, alzando la vista y recorriendo de cuerpo entero a Odette hasta encontrarme con Palinuro.

«Nada, hermano, que tendré que hacerte una demostración empírica cuando llegue la noche. O quizás debería decir mejor: una demostración empirotécnica.»

Llegó la tarde, Estefanía, escuchamos *Eine kleine Nachtmusik*. En las lencerías del barrio los listones y los bramantes desaparecieron en un deshielo súbito. Allá lejos, en la Plaza Mayor, los vendedores de gelatina en-

traron en cuarentena, y en los alrededores de los cagajones de bronce de Carlos IV, los periodistas armaron los escándalos vespertinos con epígrafes y palpitaciones. Y yo era aún incapaz de creer.

«Son las siete y media. ¿Persistes en tu incredulidad?», preguntó Palinuro, muy indignado.

«Persisto: ver para creer.»

«Bienaventurados los que no vieron, etc... Me limitaré, entonces, a mencionarte una serie de hechos incontrovertibles.»

«No veo el objeto —le dije—. Haz la demostración que prometiste.»

«En un asunto tan serio como éste, es necesario partir de la revelación teológica, aunque no sobran algunos conocimientos de filosofía y cierta cultura general. El filósofo francés Roscelino afirmó, por ejemplo, que un *universal* no es sino un *flatus vocis*, y D'Alembert escribió un tratado que se tituló *Reflexión sobre la causa general de los vientos*. Lo primero no tiene nada que ver con nuestro asunto, desde luego, y es muy probable que los vientos a los que se refería el segundo pensador fueran vientos de otros costales, como aquellos que Eolo entregó a Ulises encerrados en un odre de piel de buey. A cambio, un versito que recuerdo de la traducción al español de la *Historia de la cirugía* de Graham:

Graves daños se siguen y dolencias sin cuento
de guardar en el cuerpo leve soplo de viento,

lo mismo que la decisión del emperador Claudio, quien según Suetonio quería lanzar un edicto legalizando la emisión de pedos en todos los lugares y circunstancias, son cosas que sí tienen que ver con nuestro tema, aunque no necesariamente con la inflamabilidad. Lo mismo, cuando menos uno de los libros encontrados por Pantagruel en la biblioteca de San Víctor: *Ars honeste petandi in societate*, o sea algo así como *El arte de pedorrear-se decentemente en público*. Pero tú tuviste laboratorio de química ... »

«Como todo hijo de vecino.»

«Claro, como todo hijo de vecino de la colonia Roma, Narvarte o Polanco que puede darse el lujo de pagarse los libros y perder el tiempo estudiando los bajorrelieves del anhídrido carbónico, en lugar de ponerse a chambear y llevar unos pesos a su casa. Pero ésta no es la ocasión de hablar de estas cosas ... »

«¿Entonces de qué?»

Palinuro ignoró mi pregunta olímpicamente:

«Habrás aprendido allí, en el laboratorio, que las sales de potasio y estroncio producen una llama roja ... »

«No», le contesté.

«¿Te atreves a negar un hecho científico?»

«Cuando digo no, quiero decir, simplemente, que no quiero escucharte, y nada más.»

«Y que las sales de bario producen una llama verde ... »

«No.»

«Y las de sodio producen llamas amarillas...»

«No.»

«Y el sulfuro de arsénico un blanco deslumbrador...»

«No», le dije, tan serio como me fue posible.

Llegó la noche, Estefanía, y los nómadas cotidianos regresaron a sus casas...

«¿Y qué me dices de los penachos de los ésteres bóricos?»

«No.»

Y los prelados, en sus templos, comenzaron a beber con sigilo sus chocolates espumosos...

«¿Y qué de las fugas de la aurora boreal que van de un polo al otro de la tierra, sobre los volcanes nevados?»

«No.»

Y en la Biblioteca Nacional las luces de mercurio triunfaron sobre la fama del Barón de Humboldt, el último hombre universal...

«¿Y qué de los infusorios fosforescentes, de las colonias de actinias o anémonas petrificadas que iluminan el agua?»

«No.»

«¿Y qué de los despertadores Westclox?»

«Tampoco.»

«Me limitaré entonces al análisis escueto de un pedo. Como tú sabes, cada pedo contiene como promedio cincuenta y nueve por ciento de nitrógeno y

veintiuno de hidrógeno, además de otros porcentajes menores de bióxido de carbono, metano y oxígeno, y por supuesto, algunas veces un poco de sulfuro de hidrógeno que es el responsable del olor a huevos podridos. Ahora bien, el hidrógeno y el metano, que son combustibles, mezclados en proporciones adecuadas con oxígeno, se vuelven explosivos. Se sabe de casos de explosiones habidas en los quirófanos cuando se aplica el termocauterio estando los intestinos abiertos. Se sabe, también... »

Y en el zoológico de Chapultepec, Estefanía, las osas mayores se durmieron sobre sus constelaciones... Entonces Palinuro, desnudo como casi siempre que venía al mundo, se encaminó a la cómoda, abrió un cajón, sacó una vela, la colocó en un candelero, puso el candelero en el piso, encendió la vela, se puso unos bigotes postizos para parecerse a Le Pétomane, se empinó de modo que su nalgadorio quedara a unos centímetros de la flama, y me dijo:

«Quizás, entonces, te convenzan los hechos históricos.»

«Quizás», le dije.

En el cuarto, en el edificio, en el barrio, Estefanía, en el universo, resonó entonces el espantoso grito de guerra de los galos:

«Sluagh-ghaaaaaaaairm!»

Y del culo de Palinuro surgió una fulguración roja y ardiente.

«¡Sí!», le dije.

«¡Batalla de Lepanto!», exclamó y se soltó un pedo verde y luminoso en forma de tirabuzón.

«¡Sí, sí, sí!», le dije y me bajé los pantalones, encendí un fósforo, me lo acerqué al trasero y grité:

«¡Trafalgar!»

Y un surtidor de la luz amarilla subió a lo alto y cayó sobre los hombros de los turistas transformado en una lluvia de chispas.

No sabes, Estefanía, la cantidad de batallas y escaramuzas que libramos Palinuro y yo en la intimidad de la noche, la de refriegas, la de torneos y justas. No sabes, tampoco, la infinita variedad de colores, luces y formas que se desprendieron de nuestros cuerpos. Hubo pedos tornasolados y cambiantes como la luz zodiacal, pedos cóncavos y prietos, pedos rectilíneos y filosos, pedos añejos, pedos extravagantes, pedos incendiarios que hacían repicar las alarmas.

«*Chasseurs ardennais*», gritó Palinuro.

«¡No pasarán!», le contesté.

Y los hubo también opalescentes y jaspeados, magentas y solferinos, y hubo pedos succulentos que seguían la arquitectura comestible de Gaudí y pedos de artillería pesada y de retrocarga, abrasadores y púrpura, pedos de asalto, pedos de asonada, pedos meteóricos y sórdidos, pedos oblongos y esponjados, pedos rutinantes, pedos estereofónicos y trasnochados, pedos vehementes y órficos: de todo hubo en ese cuarto donde ya nunca pudimos dormir en paz, donde en medio de la

noche, cuando menos lo esperábamos, sonaba el grito de guerra de Palinuro:

«¡RAF!»

«¡Lutwaffe!», le contesté.

«¡Genetrix!», respondió Palinuro.

«¡Santiago!», grité, y me tiré una luz de Bengala que brotó a borbotones como una Vía Láctea y tapizó de estrellitas las tapas de *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*.

Palinuro me respondió con un pedo ambarino, de bombarda.

Y el cuarto, y con él de nuevo el mundo, se inundó de pedos como relámpagos y centellas que carbonizaron el pasto de la alfombra, de pedos lanzallamas, de pedos pardos y pedos morochos, de pedos azul celeste y de pedos con rosicler, de pedos cacofónicos, de pedos de gelignita y pedos de azufre, de pedos violados y voluptuosos, de pedos grisú y pedos de polvorín, de pedos melifluos, de pedos anfibios y de pedos relativos en el estado intermedio entre la materia y la energía que desencadenaron una reacción volcánica.

«¡Phantom!», gritó Palinuro, en el colmo de la emoción.

«¡Spitfire!», contesté.

«¡Savoia!», insistió.

«¡Panzerdivisionen!», respondí.

«¡Dios lo quiere!», exclamó, imitando a Pedro el Ermitaño.

«¡Limburgo, para quien lo ha conquistado!», le respondí.

«¡Ça ira!», contestó.

«¡Inglaterra y San Jorge!»

Pero así como hubo pedos ditirámicos, pedos flagrantes e ignipotentes, pedos desfigurados y pedos estridentes y verdinegros, pedos de francotirador, Estefanía, y pedos lívidos y chirriadores, también Palinuro y yo sostuvimos batallas más románticas, encuentros que recordaban la Guerra de las Dos Rosas, la Guerra de los Pasteles y la Guerra de los Bufones, porque hubo pedos coruscantes y artificiales como castillos y girándulas de fuego, pedos undívagos y undísonos como enjambres de luciérnagas que se desperdigaban por la noche infinita de los huertos góticos, pedos esteliformes, pedos bucólicos, pedos rubios y quintaesenciados, pedos meridianos, pedos inocentes en forma de anillos que auroleaban nuestros traseros, pedos fotogénicos, pedos plácidos y espársiles, pedos transfugas y pedos salados y risueños, pedos sincopados, pedos glaucos, pedos con eco y pedos resbaladizos y anaranjados como anguilas que se arrastraban por el suelo y buscaban, por instinto, los enchufes eléctricos.

«¿Te rindes?», le pregunté a Palinuro.

«¡Jamás!», me contestó, y se tiró unos pedos de retirada, casi crepusculares.

«¡Numance! ¡Liberté!»

Y con el tiempo, cuando el menor pretexto se transformó en *casus belli* y nos iniciamos en los secretos de la logística, Estefanía, aprendimos a seleccionar nuestros alimentos para determinar el calibre de nuestra artillería. Porque así como nos dimos cuenta de que las lentejas producen pedos fragmentados como confeti, y la coliflor metralla verde y letal, y las habas fuego de postas blancas, así, también, aprendimos que cuando comíamos quesos descompuestos, producíamos pedos fatuos y rancios de color azul heráldico; cuando bebíamos cerveza, nos tirábamos pedos espumosos con tendencias ultravioletas, y cuando almorzábamos faisán (y mientras más podrido mejor) nos salían pedos superfrolíticos que como el gran cometa De Chéseaux tenían varias colas multicolores que los seguían fielmente por los atlas estelares de Norton.

Tuve el orgullo de derrotar a Palinuro con un pedo huérfano y desfalleciente, núbil: uno de esos pedos tímidos de pan y agua, desnutridos y casi transparentes, subdesarrollados, que se desbalagan como fantasmas.

Palinuro se había quedado sin parque. Pero no se dio por vencido. Se enderezó, tarareó los primeros acordes de La Marsellesa y replicó:

«*La France a perdu un Georges Bataille: elle n'a pas perdu la guerre.*»

Y de Fabricio (pero sobre todo del primo Walter), Palinuro heredó la retórica. Porque después —no unos

minutos ni unas horas después, sino varios días, semanas quizás; incluso sería mejor decir: varios Palinuros después—, mi amigo todavía de pie (más tarde lo vería arrastrándose por el resto de sus días, o quizá sería mejor decir por el resto de sus horas) y con la misma voz (pero no la misma voz de siempre, sino la misma que tendría de entonces en adelante), me dijo, muy serio:

«Nada de nada todavía. Estamos en espera de la respuesta. Los verdaderos agitadores son la miseria, la ignorancia y el hambre. Los estudiantes nos estamos organizando para acabar con ellos. Las estatuas, como es de esperarse en caso de apuro, han sido testigos. Pero no las estatuas de Londres, hermano, sino las de México: ahora es nuestro turno. Ellas, tan acostumbradas a los avisos de variedades y a las parejas de enamorados, a las demostraciones folklóricas y a los niños con sus rehiletes de papel lustre, vieron, y casi puede decirse que sintieron. Por la levita y la peluca de circunstancias del Licenciado Verdad, siempre de pie en el Paseo de la Reforma y el Río Neva, pasaron ciertas ondas hertzianas en busca de un continente: era la respuesta, que estaba todavía en el aire, confundida con los decretos flotantes, en tanto que algunos licenciaditos en derecho, provistos de plumeros tricolores, remueven el polvo de viejas constituciones y otras vastas necrópolis y eligen las leyes más ventiladas para hacer un ramo con ellas y regalárselo a los jueces en suspensión de garantías. Eso quiere decir que nos tienen miedo: los gobernantes conversos,

los limosneros que mendigan un poco de unto presidencial, los escritores cenizos que ahogan en el tintero su sed de martirologio y con ellos los banqueros expertos en negocios churruiguerescos, los ministros tumefactos, los diputados y los senadores siempre de pie como órganos domesticados. En una de esas constituciones, abierta eternamente en las manos de Miguel Ramos Arizpe, diputado a las Cortes de Cádiz, y no lejos del primer macetón de malvones, los helicópteros que sobrevuelan la ciudad como abejorros verdeolivo dejaron caer volantes olímpicos de varios colores, así como cagarritas de monóxido de carbono, mientras Ramos Arizpe, con su recio corazón de musgo y la pátina que le han dado setenta y un años de inmovilidad, ve pasar a la gente que ve pasar a los automóviles. Unos eran el pueblo: carniceros, albañiles, burócratas y vendedores de paletas, y otros eran los automóviles negros y brillantes, con molduras de cromo, faros de niebla y sirenas caracoleantes y adentro de ellos los mismos diputados porque según parece el Congreso en pleno se reunió todo un día en la cámara dorada de escaños verdes que recuerda el otoño de la Revolución. Nos tienen miedo, todos, y con ellos los ricos que temen la contaminación de sus herencias y de sus albercas y los que presumen de humillos plutocráticos y los apóstoles asalariados y los líderes campesinos y obreros y los militares veteranos dormidos en los afelpados dogmas de la misma Revolución. Ellos, todos, que en la última de nuestras manifestaciones,

ellos y los demás achichincles de testículos sedentarios, se asomaron a la balconería principal del Palacio y a las plateas subordinadas y se quedaron ciegos ante nuestro reverbero de valor cívico y se retiraron después a los interiores franceses como murciélagos que defienden sus reductos históricos y se chuparon los dedos olorosos a langosta para conmemorar la derrota de los estudiantes. Pero no, no nos han derrotado todavía. Haremos una nueva manifestación, vaciaremos el entusiasmo de quinientos mil corazones en la Plaza Mayor. El presidente ha dicho: Todo está en paz y un estudiante, tras un torneo enlodado con un agente de la judicial, cayó muerto a la vuelta de la plaza sobre las naranjas y las rebanadas de sandía y sus cabellos, junto con un poco de sesos color violeta, acariciaron los cromos venturosos de uno de esos automóviles que se dirigían a la Cámara de los Diputados, y cuando un fotógrafo quiso dramatizar el sacrificio en Kodacolor para mostrar a los lectores extranjeros el matiz exacto de su suéter color mostaza y el rojo de la sangre y de la sandía, su cámara voló diez metros y se estrelló también transformándose en un galápagos de resortes, esquirlas y cloruros de plata. Pero nos tienen miedo, hemos hecho temblar al Gobierno desde la punta de los dedos gordos y a través de todos los cartílagos administrativos hasta la trompa presidencial, y la consternación se cuela ya, se está colando, por todas las nalgas de los Estados. Habría que haber visto, desde una posición privilegiada, la espada al aire y la arena sobre

las rodillas y las arrugas de bronce, a todos aquellos señores que apenas ayer recorrían a caballo los barrancos insolutos al grito de Tierra y Libertad y ahora tan empanzonados y con la curva de la felicidad propiciada por sus whiskies importadísimos bajando de sus automóviles negros y oceánicos y blindados con sus trajes domingueros color azul almirante y corbatas plumizas, despidiéndose de sus amantes doradas y de sus mujeres que pluralizan sus carnes y sus perfumes en los interiores forrados con piel, las mismas mujeres que en las fiestas supernacionales, con faldas de chinas poblanas y otros adefesios flamantes enfrían la champaña presidencial con los resabios de sus afeites vidriosos. Pero habría que haber sido Hermenegildo Galeana y tener, además de un gran pistolón, deseos de volver a pelear desnudo y a machetazo limpio y con su batallón de negros para desperdigar a los realistas; habría que haber sido, para verlos, Guillén de Lampart, que muy serio en la Columna de la Independencia, recordaba gracias al calor que hacía, su perdido imperio de la América Citerior y sus declaraciones de humo y chocolate escritas en las sábanas de la Inquisición, para verlos subir de dos en cuatro las escalinatas del recinto, a todos esos diputados de carteras de piel de tiburón y fistles de águila tuerta y sin faltar coroneles con las pecheras chorreadas de condecoraciones y charros terratenientes de espesor primitivo que trataban de ignorar el aroma oneroso, un poco a queso de puerco y otro poco a cebolla, un poco a níquel y otro

poco a sangre y nóminas burocráticas, que bifurcaba a la multitud a lo largo de las calles y las peluquerías y las tintorerías y las tlapalerías, mientras que afuera del recinto, ignoradas o no ignoradas por los diputados, estaban las madrecitas de cabezas blancas recién salidas de un Diez de Mayo que, viudas de hijos, solicitaban los cadáveres de Juanito, dieciséis años, estudiante de ciencias biológicas, o Manuel, dieciocho, chaparro y prieto bachiller de humanidades y otros más; o cuando menos un recuerdo: el reloj que estrenó cuando entró a la preparatoria o los calcetines remendados con tanta devoción entre telecomedia y comercial, entre Maximiliano en los jardines Borda y la ternura del papel higiénico Waldorf. Pero en vano: policías con toletes mecánicos y garabatosos bailaban un vals terrible alejándolas con una presión capaz de estremecer las cuerdas de los tendedores y echar a volar las camisas por la tarde. Las camisas y otras prendas, de manera que un *brassière* quedó colgado de la mano que eternamente tiene extendida Cristóbal Colón para ver si está lloviendo. Pero si algo ha llovido últimamente, además de improperios y promesas antropomórficas, han sido bombas de lágrimas, ha sido un llanto amarillo que recorrió las calles de la ciudad, pero que no mojó ni los pies de Cristóbal Colón ni las nalgas de Diana Cazadora que alternativamente púdica y deshonesto como todos nuestros patrimonios nacionales se entretenía lanzando flechazos garzos a los dirigibles de la Goodyear Oxo. Y yo mismo tengo un amigo, es decir:

tenía, a quien una bala sonrosada la desternilló el pecho, y allí está, en el pavimento caliente donde se puede freír testículos de estudiante, a la espera de amoratarse en el anfiteatro y que le cuelguen del dedo del pie una etiqueta con nombre de soldado y apellido de niño héroe, y le asignen los años que se adivinan en sus dientes rotos y sus caries heliocéntricas. Pero nos tienen miedo: los Pegasos de Querol, las Danaides de la Alameda, las diputadas que llegan a la cámara y que se despiden de sus perros de aguas recién salidos del pedigrí y de sus niños que van a la escuela con sus uniformes casi británicos: tienen miedo de que les putamadremos sus Olimpiadas, acusan a la mala entraña de fuerzas exóticas de tratar de dejar a México desnudo de prestigio ante los ojos y los oídos avizores del mundo, y mientras tanto *yo* los he visto, *yo* he visto cómo a los estudiantes los encapucharon a empujón limpio y luego los muy soldados les hablaron golpeando a las costillas con las culatas y los pararon de espaldas a los muros de las escuelas y les gritaron el preparen, el apunten y el fuego de salva sea la Patria, porque todo es posible en la paz. Y siguieron llegando los automóviles y sobrevinieron los agasajos y los saludos en el cruce de los peristilos y el vestíbulo, y vi más de un ministro que caminaba hacia la Presidencia dentro de la parábola holgada de sus millones y de su silencio, y vi líderes obreros con anteojos oscuros que parecían inofensivos y diputados encendidos y tímidos como tulipanes extranjeros y diputados que en cualquier

momento podían ganarse el Premio Belisario Domínguez, y diputados con bigotes a lo hijo preferido de cualquier municipio y diputados que bailaban como si tuvieran un billete de lotería enredado en las espuelas, y escaleras adentro, columnas, cortinajes de terciopelo y vitrales adentro del Capitolio, vi que el paraíso reventaba de ciudadanos preacondicionados a rascarse la trompa de Eustaquio con cerillas suecas y soportar toda una sesión interminable en tanto que los parlamentarios, todavía eructando sus *waffles* y sus chilaquiles desayunados en Sanborn's y en el Hilton, se disponían a transformarse en iguanas listas para dormir despiertas pues tal ha sido siempre la liturgia que remolca las sesiones parlamentarias, ocasionalmente traspasadas por las notas de un himno nacional bastante desteñido que se escucha en las ceremonias de exclusiva patrioridad y en aquellas fechas que nos han empujado hasta los límites mismos de nuestra idiosincrasia. Y cuando un general que no tenía ningún ojo de vidrio hizo un llamado a la ley y el orden y pidió el apoyo de la Cámara para el señor presidente, ese hombre solitario que carga sobre sus espaldas las enormes responsabilidades de toda una Nación —dijo— lleno de misericordia exacta para su pueblo descalzo, sus juanes valientes y una juventud descarriada que él trata de arrastrar al buen camino a punta de consejos, la moción fue coreada con esplendor y hubo tales derrames de aplausos que el caliche se desprendió de la cúpula de la Cámara y cayó sobre las calvas vene-

rables de los veteranos de la Revolución. De inmediato algunos voluntarios recorrieron las filas de escaños pidiendo una limosna de silencio a fin de que el inaugurador pudiera leer la orden del día, venida como siempre y por teléfono directo desde arriba de los pinos en donde el presidente, con las crines de la República en la mano, despepita sus mandatos trompetarios para enfilear todo el mundo a la derecha o a la izquierda según el humor de Washington o los presentimientos numismáticos de los jerarcas del partido. La furia está ensimismada y los políticos se espetan discursos de quince mil vivas México. Pero volveremos a organizarnos para acabar con el hambre, la ignorancia y la miseria, y volverán a escucharse los cantos de los estudiantes que alegraban a las palmeras de las glorietas y a los Volkswagen y los cocodrilos verdes que se arrastraban por la calle del Río Amazonas y por la calle del Río Éufrates y por el Danubio y por el Sena, los cantos que subían hasta los faroles y hasta las oficinas de información de la embajada norteamericana y los quintos pisos de los hoteles donde los turistas contemplaban ese acontecer insólito para recuperar después los *mezzanines* y los bares de los *roof-gardens* y comentar, entre las agruras heladas de un martini, los instantes vivos. Todo degeneró, o al menos por aquel día, en una comilona: Cámara adentro los diputados hicieron un receso y devoraron sus lonches a mandíbula batiente, y Cámara afuera llegaron los torteros y los taqueros, y todo el mundo: las cabecitas blancas, los vendedores de

banderitas de ciento y pico de países que confirmaban la cosmopolitidad de nuestra patria —las mismas que ondeaban en las instalaciones Olímpicas cinco veces admirables—, y los choferes aborígenes de los diputados y los aspirantes a diputados que habían llegado tarde al presupuesto nacional y los vendedores de globos con sus metáforas redondas y los vendedores de matracas y escudos futboleros: todos, incluyendo a los policías y a los granaderos y a muchos, muchísimos estudiantes, sucumbieron al picnic. Pero éstos son los estudiantes que tendrán que esconderse de ahora en adelante. Que tendrán que meterse en los aparadores de las tiendas internacionales y comprometerse a ser maniquís por el resto de sus vidas, o que tendrán que esconderse en los frontispicios anónimos de universidades extranjeras, en los escombros de la gramática y en los puestos de gobierno.»

«Palinuro —le dije—, no entendí una sola palabra.»

«Ése es el problema: que nadie entiende —me contestó—, pero ven a verme después de la manifestación y te contaré.»

Y es que Palinuro era así, siempre fue así: todo lo que decía en serio parecía de broma, y todo lo que decía de broma parecía en serio.

Antes, sin embargo, de que sus amigos Molkas y Fabricio olvidaran para siempre a Palinuro, antes de no saber que nunca —o quizás nunca— habían conocido al verdadero Palinuro, tuvieron oportunidad de vivir con él la

última de dos grandes aventuras. A la Cueva de Caronte se llegaba por un túnel, una especie de socavón de unos diez metros de largo y menos de un metro de diámetro que comunicaba un sepulcro vacío con una de las secciones de la antigua fosa común del Panteón de Dolores. Allí, al final del túnel, el viejo había excavado una especie de espelunca que servía de bodega para todos los huesos que podían encontrarse con sólo escarbar un poco aquí o un poco más allá. Pero no era fácil hallar un esqueleto completo en esa mina de huesos. Tampoco, encontrar piezas en buenas condiciones. Gracias a la aridez de la tierra, los huesos estaban limpios; pero esta misma sequedad se encargaba de destruirlos. Algunas veces, huesos que parecían íntegros: un fémur, una tibia, apenas entraban en contacto con el aire, se hacían polvo. Pero todo aquel que deseaba probar suerte en la Cueva de Caronte podía hacerlo cuando quisiera, con tal que pagara la tarifa establecida por el viejo. El precio de los huesos era aparte, según la calidad y el peso: Caronte los vendía por kilo. Todo, además, estaba previsto: como el túnel sólo permitía el paso de una persona que debía arrastrarse a lo largo de los diez metros, Caronte se las había ingeniado para construir un aparejo de poleas que transportara los huesos, por medio de un pequeño costal enganchado a una cuerda y que iba o venía, según se tiraba de la cuerda para uno u otro lado. Los muchachos dejaron que el azar decidiera cuál de los tres iba a ser el héroe que debía arrastrarse a la media noche por el

túnel con el riesgo no sólo de que los denunciaran y los pescara la policía (aunque ése era un riesgo que corrían los tres) sino lo que era peor, de que el túnel o la cueva se le cayeran encima y lo enterraran vivo (y ése era un peligro que sólo correría uno de ellos, por más que Caronte juraba que todo estaba perfectamente apuntalado). Tiraron las monedas al aire. «Sol», dijo Molkas. «Sol», dijo Fabricio. «Águila», exclamó Palinuro. «Perdiste: tú tendrás que ir a la Cueva de Caronte.» «No, yo gané: yo tendré que ir a la Cueva de Caronte», dijo Palinuro, a quien desde niño le gustaba jugar pensando que era un soldado de la primera Guerra Mundial (pero pensando en realidad que era el tío Esteban), y que venía, arrastrándose pecho en tierra, desde los Balcanes y la Hélade y se abría camino hacia Salónica por el laberinto de césped, incorporando a sus rodillas los rizomas subterráneos y con la camisa abierta a las balas y los caballitos del diablo. ¡Ven, ven! le gritaba desde el otro extremo del jardín y del mundo un amigo de cuyo nombre ya no se acordaba. Pero Molkas, envidioso, pronosticó que tendrían que hacer varios viajes a la Cueva de Caronte si iban a cumplir con su propósito de juntar todos los huesos de un esqueleto, y que por lo tanto, se irían alternando. Sin embargo la suerte de Palinuro fue tanta, que bastó con una sola vez. Molkas revisó la lista: «Pala de mano y martillo macho, ¿qué es eso?» «Un martillo de minero.» «Mmm... pala de mano, martillo macho y lámpara de cabeza. ¿Cómo que de cabeza?» «De las que

se ponen en la cabeza, bruto.» «Ah, lámpara de cabeza, vértebras, papel, lápiz, costillas, mariguana...» «¿Quién escribió aquí: 'mariguana'?» «Yo», confesó Palinuro. «No hace falta. En el Panteón de Dolores se da silvestre, como los cacomites y las caléndulas... Costillas, mariguana, una botella de Bacardí... ¿No será mejor dos botellas?» «Con una basta.» «Una botella de Bacardí, cuerdas, fémures... ¿Por qué carajos pusieron todos los huesos en la lista? Hubieran hecho una lista de todo lo que necesitamos llevar, y otra de todo lo que necesitamos traer, ¿no les parece?» «De todos modos cada uno de nosotros tiene que llevar consigo todos sus respectivos huesos.» «En tal caso, lo que más necesitamos, y bien puestos, son huevos.» Fabricio le quitó la lista a Molkas y escribió: «Huevos».

Palinuro cerró la boca del costal, jaló la cuerda y lo envió a sus amigos, junto con un mensaje que decía «Envíoles doce costillas. Punto. Sospéchase costilla de Adán una de ellas. Punto». Tres minutos después llegó la respuesta junto con la botella de Bacardí: «Brindamos ya a la salud de la costilla de Adán, toma un trago y regresa la botella. ¿Por qué escribes en forma de telegrama?» Molkas y Fabricio, en el otro extremo del túnel, el que daba al sepulcro vacío, abrieron la boca del costal y se encontraron un hueso sacro y el siguiente mensaje: «Envíoles hueso sacro. Punto. Mensajes por cable carísimos: Dos puntos: Necesario ahorrar palabras». Los amigos enviaron el costal vacío sin ningún

comentario. A los dos minutos, regresó con un iliaco, tres vértebras, y un par de fémures: «Sospéchase fémures emperador Cuauhtémoc. Punto. Comunicar Sociedad Geografía e Historia». La respuesta no se dejó esperar: «Cubrirémonos de gloria. Punto. Necesario brindar salud emperador. Punto. ¿Dónde carajos está la botella? Signo de interrogación». La botella regresó con dos o tres tragos menos y «Oh maravilla —cablegrafió Molkas—, una calavera completa. Signo de admiración». «Sospéchase —dijo Palinuro en su siguiente mensaje (al que acompañaron una tibia y un húmero)—, sospéchase calavera Benemérito Benito Juárez.» «Pendejo: Dos puntos: Benito Juárez está enterrado en el Panteón de San Fernando. Punto.» Un minuto de silencio. Los dos amigos abrieron el costal y se encontraron con un par de iliacos en magníficas condiciones, y un mensaje de Palinuro: «Sospéchase iliacos Padre de la Patria Miguel Hidalgo». Palinuro, en el otro extremo del túnel, solo y acompañado de los huesos de todos sus ancestros, abrió el costal: «Pendejo. Dos Puntos: Sospéchase son iliacos de mujer». «Entonces —respondió Palinuro—, deben ser los iliacos de la Madre de la Patria», y comenzó a ensartar (pasando una cuerda por los agujeros respectivos) todas las vértebras lumbares, dorsales y cervicales que había encontrado, y que no necesitó meter en el costal: se fueron a lo largo del socavón, como el esqueleto vivo de una serpiente cascabel. «Necesitamos vértebras sacras», dijo el mensaje.

«Necesito aire.» Contestó Palinuro. La respuesta llegó en el costal, junto con la botella: «La mitad de arriba de esta botella está llena de aire. La mitad de abajo, de Bacardí. Tómate la mitad de arriba». «No me hacen maldita gracia sus pinches chistes», dijo Palinuro cinco minutos después asomándose al otro extremo del socavón. «¡Fiuuuuu! Nunca pensé que uno podría sentir tanto alivio al entrar en un sepulcro. ¿Qué horas son?» «Las dos y media.» «Tenemos tiempo de sobra.» «Si quieres, yo voy ahora», dijo Fabricio, que siempre había querido escaparse de un campo de concentración. «No, yo perdí, yo voy», contestó Palinuro, se ajustó la cuerda que le rodeaba la cintura, encendió la lámpara, y comenzó a arrastrarse de nuevo por el túnel. Cuando llegó a la Cueva de Caronte, siguió excavando. A continuación Fabricio y Molkas recibieron dos astrágalos, un sinnúmero de falanges, metacarpios y metatarsianos, dos rótulas, una piedra que Palinuro confundió con una rótula, una tibia que Palinuro pensó que debía ser de Emiliano Zapata —«Zapata está enterrado en Cuautla», cablegrafió Molkas—; un calcáneo que Palinuro pensó debía pertenecer a Pancho Villa —«Pancho Villa está enterrado en Parral», aclaró Fabricio—. «¿Qué no está en la Rotonda de los Hombres Ilustres?», preguntó Palinuro en un mensaje con respuesta pagada. «No me extrañaría en lo más mínimo —contestó Molkas—, allí ni están todos los que son, ni son todos los que están»; además de dos o tres peronés, dos vértebras Atlas y otra tibia

que Palinuro pensó debía ser de Miramón. «Miramón —escribió Molkas— no está aquí, sino en la Rotonda de los Traidores Ilustres», además de varios húmeros, cuñas y huesos cuboides que podían haber pertenecido a mamá Clementina, a Hernán Cortés, a la corregidora Ortiz de Domínguez o al abuelo Francisco, si —como Fabricio se encargó de recordarle a Palinuro— la tía Clementina no estuviera en el Panteón Jardín, Hernán Cortés en el Hospital de Jesús, la Corregidora en Querétaro y el abuelo Francisco en el Panteón Francés de La Piedad. «Conclusión. Dos puntos: único hallazgo importante huesos emperador Cuauhtémoc y costilla de Adán», cablegrafió Palinuro. «Imposible demostrar autenticidad», contestó Molkas. «Imposible demostrar no-autenticidad», contestó a su vez Palinuro. Como respuesta, llegó la botella. «Salud», cablegrafió Palinuro. «Salud», decía el mensaje que llegó dos minutos después.

Nunca se había visto a Molkas tan feliz. «¡Tenemos cuando menos un esqueleto y medio!», exclamó mientras comenzaba a ordenar los huesos en el piso del cuarto de la Plaza de Santo Domingo. Y sí, tenían, además de unos cuantos huesos repetidos, casi un esqueleto completo al que sólo le faltaban si acaso una o dos vértebras o algún hueso del pie. «A cambio de ello —se quejó Palinuro—, está formado por huesos de distintas personas de distintas edades. ¿No lo ven ustedes un poco deforme?» «Bueno —dijo Fabricio filosóficamente—: si la vida no es perfecta, no podemos esperar que la muerte

lo sea.» «¿Y esto qué diablos es?», preguntó Palinuro. «Una quijada de perro.» «¿Y qué carajos hacía allí?» «Quizá lo enterraron con su dueño», dijo Molkas. «Quizás es el primer *Cancerbero* que tuvo Caronte.» «Quizás —agregó Fabricio— es el perro que acompañó a Quetzalcóatl durante su viaje a Mictlán, la tierra de los muertos.» Y acordándose de las huesotecas de las universidades norteamericanas, que para identificar los huesos que prestan a los estudiantes los tiñen de diversos colores, preguntó: «¿De qué color vamos a pintar a nuestra muerte?» «De rosa mexicano», propuso Palinuro. «¿No sería mejor...» «De rosa mexicano, punto.» «Bueno —dijo Fabricio, aunque esta vez menos filosóficamente—: si hay una Vida en Rosa, ¿por qué no va a haber también una Muerte en Rosa?»

***De Noticias
del
Imperio***

El archiduque en Miramar

El archiduque Maximiliano se encontraba esa tarde tranquila y soleada en el Salón de las Gaviotas del Castillo de Miramar en las cercanías de Trieste, la vieja ciudad en cuya catedral, San Justo, fueron sepultados tantos pretendientes carlistas que nunca realizaron su sueño de ser reyes de España. El archiduque estaba de pie junto a un atril que sostenía un mapa de la República Mexicana montado en cartón. A un lado, en una mesa, había una pequeña caja de laca con incrustaciones de plata, llena de alfileres marcadores.

Miramar, o *Miramare* en italiano, se llamaba así, por supuesto, porque miraba al mar: al Adriático, que quizá es el más azul de todos los mares, aunque se antoja de un azul cuajado y frío. Un día, cuando Maximiliano viajaba a bordo del buque de guerra *Madonna della Salute*, tuvo que buscar refugio, ante la inminencia de una tormenta, en la Bahía de Grignano, donde pernoctó en la humilde casa de Daneu, un pescador. Allí, en un promontorio decidió Maximiliano edificar el palacio de sus sueños, y le encomendó los planes y la obra al arquitecto Carlo Junker, quien inició la construcción en marzo de 1856. Fue éste el mismo castillo a cuyas torres blancas se refería el poeta Carducci, como enfoscadas por nubes que llegaron con el vuelo de ángeles sinies-

tros. De estirpe romántica en su estilo, se considera a Miramar como uno de los ejemplos más singulares y completos *di residenza principesca del pieno Ottocento*: de residencia principesca de pleno siglo XIX... El archiduque cogió un alfiler de cabeza plateada y lo clavó en el lugar del mapa correspondiente al estado de Sonora.

—Sonora. Si Herr profesor me permite una broma, yo puedo... ¿yo podría...?

—Sí, Su Alteza: yo podría, tú podrías, él podría...

—Yo podría —continuó el archiduque— decir que el nombre de Sonora es sonoro por la mucha de la plata que tiene, y que la quiere Napoleón. Pero no se la daremos. Es para nosotros los mexicanos.

Y la habitación donde estaba el archiduque era conocida como *La Sala dei Gabbiani*: «La Sala de las Gaviotas», porque en el cielorraso había pintadas docenas de gaviotas en vuelo. Cada una sostenía un listón con el pico, y en cada listón estaba inscrita una leyenda en latín. Había también dos cuadros, de Geiger, que describían el primer viaje de Maximiliano a Esmirna. En la misma sala, sentada en un canapé, absorta en un bordado de punto de cruz que ilustraba el yate *Fantaisie* anclado en la Isla de Madeira, estaba la archiduquesa Marie-Charlotte, o María Carlotta, como se había hecho llamar desde que fuera virreina de las provincias de Lombardía y Venecia. Quizá, de todos los proverbios latinos imaginables —desde *Gaudet tentamine virtus* hasta *Tempus omnia*

revelat—, el que no debió de faltar fue aquel que el canceller Metternich aplicó siempre en su política, para la grandeza de la Casa de Austria: *Divide et impera*: Divide y reinarás.

Y de pie, vestido con una levita de color gris oscuro, pantalones azul claro, corbata blanca y chaleco de terciopelo pajizo, estaba un hombre de rasgos mestizos, con espejuelos, de mediana estatura, cabello negro y rizado: *Herr* profesor, como le decía el archiduque, o *Monsieur le professeur*, como le decía la archiduquesa.

—Pero en todo caso, Madame —y *madame* era a su vez una de las varias formas con las que *Monsieur le professeur* se dirigía a la archiduquesa—, en todo caso pienso que usted quizá debería quitarle una de las *tes* a su nombre, y de ahora en adelante escribirlo en la forma castellana, Carlota, con una *te* nada más.

La archiduquesa levantó los ojos del bordado y sonrió a *Monsieur le professeur*.

—Es una bella idea. Gracias.

Monsieur le professeur se inclinó y sus espejuelos resbalaron hasta la punta de la nariz.

—Sería un gesto que nosotros, los mexicanos, apreciaríamos muchísimo. Y ahora, sigamos, ¿ah? con la conjugación: Nosotros podríamos, vosotros podríais, ellos podrían... ¿ah?

Herr profesor recorrió a grandes pasos el salón, con los pulgares en los bolsillos del chaleco, y se acercó a la inmensa ventana que daba al Adriático. Maximiliano y

su amigo Junker se habían puesto de acuerdo: no habría habitación, en todo el Castillo de Miramar, que no mirara al mar. Una de las ventanas tenía tres secciones, con cristal de diferente color cada una: así, el Adriático aparecía de un azul morado subido a través de una, de un rosado-lila si se le contemplaba desde la segunda, de un verde pálido visto por la tercera. El profesor se acercó al archiduque y contempló el mapa. Maximiliano tenía otro alfiler de cabeza plateada en la mano. *Herr* profesor señaló un lugar del mapa cerca de la capital.

—Y no sólo Sonora tiene plata, Don Maximiliano —dijo—, sino que aquí, ¿ah?, están otras de las minas más ricas del mundo: las de Real del Monte.

Maximiliano clavó el alfiler. El profesor reanudó su paseo.

—Aunque para ser honestos —continuó—, habrá muchos de mis compatriotas que no se darán cuenta del cambio. Me refiero a Carlota con una sola *te*, porque por desgracia son muy pocos los mexicanos que sabemos leer y escribir, ¿ah?

—*Davvero?* —exclamó el archiduque a su vez levantando la mirada del mapa.

—*Davvero*, Don Maximiliano, se dice: ¿de verdad? Y desafortunadamente, ¿ah?, es verdad. Ahora continuemos: yo podría, tú podrías...

La archiduquesa dejó a un lado el bordado y desplegó un abanico.

—*Io* creo que ésos son ... *¿Comment dis-tu, Max? ... Des inventions? Des mensonges?*

Monsieur le professeur sacó un pañuelo rojo del bolsillo de su levita y se enjugó el sudor de la frente.

—Patrañas, Madame, ¿ah? Calumnias, mentiras.

—Sí, *Io* creo que son mentiras, *Monsieur le professeur*, patrañas. *Io* creo que hay muchos de los mexicanos que saben leer. Pero no fue nuestra intención decir que *Monsieur le professeur* diría mentiras ...

—Que el profesor dice mentiras, Madame. Por otra parte ... ¿me permiten Sus Altezas sentarme por un minuto? Gracias, ¿ah? Por otra parte yo diría, si se me perdona la redundancia, ¿ah? yo diría mentiras, tú dirías mentiras, él diría mentiras, nosotros diríamos mentiras, vosotros ... en fin, que yo preferiría ...

El archiduque sonrió.

—Quizá *Herr* profesor preferiría un poco de vino. Nada mejor en un día cálido que un vino fresco... *pétillant*... Sírvese el profesor por él mismo, *a piacere* —agregó Max señalando un rincón de la sala—. Hay también de las galletas irlandesas que me envió el *governatore* de Gibraltar. Mojadas en vino *à l'anglaise*, son una esquisitesa.

—Una delicia, Don Maximiliano.

—Ah, ¿ya las ha probado *Herr* profesor?

—No, no, es que ... es decir, sí, sí las he probado. Son en efecto una ... una *squisitezza*.

Herr profesor se levantó y se dirigió a una pequeña mesa redonda, taraceada con madreperla, donde estaban el vino y las galletas.

—Bravo, sírvame un poco, *per favore*, y venga acá. *Übrigens... à propos*: dígame dónde se hacen en México los buenos vinos... *Et toi, Charlotte, un peu de vin?*

—*Non, merci.*

Carlota tenía a su lado un vaso de naranjada. Herr profesor sirvió dos copas. Caminó hasta la mesa y le entregó una de ellas al archiduque. Después, cogió un alfiler de cabeza roja.

—Aquí, en Parral —dijo, y clavó el alfiler—, se producen vinos, ¿ah?, pero me temo que en México, Don Maximiliano, no existe lo que podría llamarse, yo podría, tu podrías, nosotros podríamos, vinos buenos de verdad, ¿ah? Los tenemos que importar de Europa, junto con otras muchísimas cosas, como carbón de piedra, instrumentos de música, jabón, armas, papel, vidrio y toda clase de comestibles. La estación calurosa suele ser muy larga, y como resultado, hay un exceso de azúcar en la uva...

—*Es ist Schade*, profesor: *it's a pity...*

—Y salen capitosos... Imposible compararlos, pues, con los vinos franceses o italianos...

—O con los alemanes del Rhin —dijo el archiduque alzando su copa— *Am Rhein, am Rhein, da wachsen unsere Reben... Salute!*

—*Le comparazioni sono tutte odiose* —terció la archiduquesa.

—O con los alemanes, ah? —acordó *Herr* profesor—. *A votre santé*, Don Maximiliano. Con el permiso de usted, Doña Carlota, ¿ah? Verán ustedes: los dueños de las minas de Real del Monte, Don Maximiliano, son ingleses. El propietario de todo el algodón que exporta México es un español, José Pío Bermejillo, o algo por el estilo. Mmmmm... qué vino tan excelente, ¿ah? ¿Cómo dijo que se llamaba? Con esto quiero decir que las riquezas de México están en manos de... Sus Altezas no se ofenderán: ustedes no serán extranjeros en mi país. Ya no lo son... las riquezas, decía, están en manos de extranjeros... ¿ah?

—Fierro, *Herr* profesor. México tiene fierro.

—¿Me permite, Don Maximiliano, tomar un alfiler?

El archiduque le extendió la caja. *Herr* profesor cogió un alfiler de cabeza negra y lo clavó en el mapa.

—Aquí, en Durango, Don Maximiliano, Doña Carlota, está un cerro de ciento ochenta y siete metros de altura, un kilómetro y medio de largo y tres cuartos de kilómetro de ancho, que se calcula es de fierro puro en un sesenta y cinco por ciento..., ¿ah?

—Haríamos nuestras propias armas —dijo el archiduque— nuestro *railway*...

—Haremos, Don Maximiliano. Yo haré, tú harás, él hará. Ahora que, si ponemos a un lado el algodón, la plata y el fierro, no creo que nos quede mucho que ex-

portar, como no sean cueros de chivo y vaca, de los que cada año enviamos miles de pacas a los Estados Unidos... nosotros haremos, vosotros haréis... Y es que durante los trescientos años de la Colonia, ¿ah?, España no permitió que se creara en México ninguna industria que compitiera con las industrias de la metrópoli, Su Alteza: ni viñedos, ni cría de gusanos de seda, ni teñido de pieles, nada... Por eso se enojaron tanto cuando el Cura Hidalgo y Costilla comenzó a plantar moreras... Ah, se me olvidaba, México produce también mucha cochinilla...

—¿Cómo dice *Monsieur le professeur*? —preguntó la archiduquesa, y cerró el abanico.

—Cochinilla. En italiano es *cocciniglia*, del latín *coccinus*, que significa escarlata. La cochinilla es un insecto muy prolífico, ¿ah?, que produce la laca y la cera de la China. Como la laca de esta caja —dijo *Monsieur le professeur* y levantó la caja de los alfileres—. Es decir, una de las especies. Otras producen colorantes, como la cochinilla mexicana, ¿ah?, que cuando se tritura a las hembras se obtiene un hermoso polvo de color carmín intenso, o grana, que sirve para teñir telas de lana, de seda, de terciopelo.

—Y es *come*... la *cocciniglia* de Madeira, *Herr professor*?

—La misma, Don Maximiliano, pero es originaria de México. Sahagún la llamaba «sangre de tunas»...

usted sabe, la tuna, ¿ah?, es el fruto del nopal, y el nopal, ¿ah?, es un cacto, y el cacto, ¿ah?, es...

—¿Y se puede, *Monsieur le professeur*, pintar un manto imperial no con púrpura sino con la cochinilla? —preguntó Carlota.

—Eso es algo en lo que no había pensado, Su Alteza, pero... no veo por qué no... claro, sí, por supuesto. De todos modos, la púrpura también se saca de un animal... de la púrpura, del molusco. Sí, ¿por qué no? ¿Ah? Lo único que me parece es que, con perdón de Sus Altezas, pero sonaría extraño, en lugar de hablar de «la púrpura imperial», hablar de «la cochinilla imperial»... ¿ah?, ¿ah?

El archiduque sonrió. *Herr* profesor volvió a sentarse, esta vez sin solicitar la autorización de Sus Altezas.

—Podríamos, sí, ¿por qué no? ¿ah? Pero ahora vamos a practicar este tiempo con un pequeño complemento: ir a México. Conjugue usted, Doña Carlota: Yo podría ir a México, tú podrías ir a México, él podría ir a México, ¿ah?

—Yo podría... pero no es una *question*, *Monsieur le professeur*...

—Una cuestión, Madame.

—Una cuestión de si *Io* podría o no ir a México, porque *Io* voy a México, Max y yo vamos a México, ¿verdad, Max?

—Por Dios, *mia cara Carla*, *Charlotte*, *Carlotta*: *Herr* profesor sólo desea dar un... *esempio*? *Ein Beispiel*?

—Un ejemplo, Don Maximiliano. Pero yo podría dar otro ejemplo, por supuesto... ¿ah?

La archiduquesa golpeó el abanico en su regazo.

—¿Ah? ¿Ah? ¿Ah? El profesor podría dar otro ejemplo, tú podrías dar otro ejemplo, Max, nosotros podríamos dar otro ejemplo...

El archiduque soltó una carcajada, dio un trago de vino y le dijo a *Herr* profesor:

—Como usted ve, mi princesa Carla tiene sentido del *umore*. Yo soy germano, *tedesco*, *un uomo triste*...

—Un hombre.

—Un honbre.

—No, Don Maximiliano: un hombre...

—No está... *ben pronunziato*?

—Es que no es *ene* sino *eme*... hommmmbre.

—Hommbre. Hommbre.

—Perfecto. Hombre es, además, en español, y tal vez sobre todo en México, una exclamación que puede expresar muchas cosas distintas, según la ocasión: sorpresa, alegría, incredulidad, ¿ah? «¡Hombre, hubo un terremoto muy fuerte! ¡Hombre, cómo es posible que se haya muerto Fulano! ¡Hombre, qué pena!»

—Por Dios, profesor —dijo el archiduque y tomó otro sorbo de vino—, sus *esemp*... sus ejemplos casi todos son más tristes que yo.

Herr profesor se atrevió a señalar al archiduque con su dedo índice:

—Su Alteza tiene el don de las lenguas, y adelanta en forma pasmosa.

—Hombre, sí.

—Y también, como Doña Carlota, tiene mucho sentido del humor. Y ahora, regresemos a nuestro verbo. Yo podría poner otros ejemplos. Yo podría imaginarme a Doña Carlota que va al mercado a comprar chirimoyas, mangos y zapotes, que son algunas de las frutas más suculentas y deliciosas que encontrarán en México, ¿ah?, y otras más que seguramente Don Maximiliano tuvo ocasión de probar en su viaje al Brasil, pero también podría imaginarme a Sus Majestades hostilizados por la Iglesia mexicana y los ultramontanos, o imaginármelos sufriendo en sus viajes por los malos, malísimos caminos que hay en México... Con esto quiero decirles, ¿ah?, que yo podría, que todos nosotros podríamos limitarnos a hablar de las maravillas que tiene nuestro país, que son muchas, no lo puedo negar, y no mencionar nunca sus enormes defectos, así como los peligros y los azares que supone esta magna empresa. Pero eso, desde mi punto de vista, sería inmoral, ¿ah?

Carlota se impacientaba. Abrió y cerró el abanico varias veces.

—*Monsieur le professeur* está sólo para enseñarnos español, y no otras cosas... *C'est à dire*...

—*Laissez-le parler, Charlotte*. Tenemos mucho que aprender, no sólo español. Yo podría decir... ¿es correcto, así?

—Sí, Don Maximiliano.

—Yo podría decir que *Herr* profesor, *quelquefois*... a veces parecería un enviado de Juárez para convencernos de no ir a México.

—Nada más lejos de mi ánimo, Su Alteza.

—Hemos sido visitados por un mexicano, el Señor Terán, que lo mandó el presidente, para convencernos de no ir.

—Juárez tiene miedo, Su Alteza.

—Y este cónsul americano en Trieste. ¿Cuál es su nombre, Carla?

—Hildreth.

—Ah, sí, Mister Hildreth. Charlotte ha tenido que negarse, que decir que está *malade*, para no verlo. No quiere que vayamos a México, tiene esa *idée fixe*.

Monsieur le professeur volvió a enjugarse la cara con el pañuelo.

—Él no expresa su opinión personal, sino la de su gobierno, Don Maximiliano.

—Le presentaremos, ¿verdad, Carla?, a Don Francisco Arrangóiz y a Monsieur Kint de Roodenbeek para convencerlo... Y dígame, *Herr* profesor: ¿no es usted un republicano en el fondo?

—Yo, Su Alteza, soy monárquico, ¿ah? Pienso que la monarquía es lo único que puede salvar a mi país del caos. Pero la clase de monarquía que deseo para México es muy distinta de la que quieren y esperan otros emigrados, ¿ah? como Don José Gutiérrez Estrada y

Don José Manuel Hidalgo. Aunque en realidad yo no soy un exiliado. Soy sólo un hombre de ciencia que ha vivido en Europa unos años para completar su educación. Sus Altezas, con su perdón, deberían: yo debería, tú deberías, él debería, nosotros deberíamos, vosotros deberíais, ellos deberían, ¿ah?, estar conscientes de que la monarquía liberal deseada por la clase ilustrada de mi país y por el emperador de los franceses no es la clase de monarquía que esos señores, ¿ah?, con todo el respeto debido a sus personas, aspiran para nuestro país. Tampoco el clero de México, ¿ah? Tampoco el partido monárquico mexicano, si es que existe, porque me permito ponerlo en tela de juicio... »

—¿Come dici... ?

—Poner algo en tela de juicio, Don Maximiliano, es dudar de ello. Y creo que ustedes podrían poner en tela de juicio las exageraciones y ditirambos del Señor Gutiérrez Estrada...

—*Monsieur le professeur je vous interdis ... le prohibo ...*

—*Laissez-le parler, Max ...*

—¿Podríamos... *rinfricare*?

—Refrescar, Su Alteza...

—¿Refrescar la conversación con un otro vaso de vino? ¿O quizás *Herr* profesor preferiría tomar el viento del mar? ¿Tú quieres, Charlotte?

Carlota prefirió continuar con su bordado.

—¡Vamos, mi cara Carla, *meine liebe: Frisch auf! Cheer up!*

En el bello reloj Luis XIV con festones de madera labrada que estaba en un rincón de la Sala de las Gavio-
tas, eran las dos y cuarto de la tarde. Max cotejó la hora
con su reloj y salió.

De pie en el pequeño muelle de Miramar, frente al azul
Adriático, Maximiliano acariciaba la cabeza de la esfinge
labrada en piedra que había llevado de Egipto.

—*Herr* profesor, dígame: *Il y a* ... hay, en el tesoro
imperial mexicano, de Iturbide, o de los virreyes espa-
ñoles cosas como tenemos en Viena ... ¿la corona de ...
des Heiligen römischen Reiches? ... ¿Santo Imperio Roma-
no? ... ¿la que perdió la piedra de la sabiduría? ¿O la
corona imperial de Rudolph II, el orbe del Emperador
Matthias? Ah, *Herr* profesor, tantas cosas bonitas histó-
ricas como la espada de ¿Charlemagne? ¿Carlomagno?
que le regaló el Califa Harún al Raschid ... ¿tienen, en
México?

—No, no, me temo que en México, Don Maximi-
liano, no tenemos ninguna espada de Carlomagno, ¿ah?
Y en cuanto a joyas que hayan quedado del Imperio de
Iturbide, o de la época de los virreyes, yo no podría decir-
le nada ... Miento, ¿ah?, ahora recuerdo que la espada
del Emperador Iturbide está en la Sala del Congreso, sí,
sí. Y la corona tal vez también ... pero se me ocurre, Don
Maximiliano, que las verdaderas joyas de México son los
dones que le ha dado al mundo: el tomate, ¿ah?, el cho-
colate que su antecesora la Emperatriz Doña María

Teresa puso de moda en Austria y la Emperatriz Eugenia en París, el tabaco, ¿ah?, la vainilla...

—Bella idea ... bella idea, *Herr* profesor...

—Los hermosos árboles originarios de México, Su Alteza: los gigantescos ahuehuetes, el árbol del Tule... ¿ah?

—Ah, *Herr* profesor: *Io sono* ... soy un *innamorado* de la naturaleza...

—Y las frutas de que le hablaba, Don Maximiliano: los mangos, las piñas, los plátanos que tanto elogió el Barón de Humboldt por su abundancia, ¿ah? y por su valor nutritivo...

—Ah, sí, sí, un *innamorado*...

—Los miles de orquídeas, ¿ah? Aunque le diré, ¿ah?, joyas religiosas sí hemos tenido, muy bellas, como la Custodia La Borda: una obra maestra de puro oro macizo, de vara y media de altura, con un disco, imagínese, Don Maximiliano, que tiene como cuatro mil quinientos diamantes, cerca de dos mil ochocientas esmeraldas, quinientos rubíes, más de mil ochocientos diamantes rosas... Tan sólo en el pie de la Custodia hay dos mil novecientas y pico de gemas montadas, ¿ah?, aunque mucho me temo que ahora, con el saqueo de las iglesias que han hecho los juaristas...

—Bravo, *bravissimo*, *Herr* profesor: tiene usted una memoria *prodigieuse*!

—¿Memoria?, ¿ah? No: es que yo la conozco muy bien, Don Maximiliano, la he estudiado: me precio de

la amistad de Don Manuel de La Borda, hijo de Don José, un minero de Taxco que fue el hombre más rico de América en el siglo pasado, y quien mandó hacer la Custodia, ¿ah? en honor de Santa Prisca ... Por cierto, el hijo, Don Manuel, ha construido unos jardines bellísimos en Cuernavaca ...

—¿En cómo?

—Cuernavaca, Don Maximiliano: Cuer-na-va-ca, a unas quince leguas de la capital, ¿ah?, bellísimos: con una vegetación lujuriante, miles de flores, y poblados por cientos de mariposas, loros, colibríes ...

—Y... y... ¿podría *lo* conocer los Jardines Borda?

—Sí, sí, Don Maximiliano, no faltaba más: yo podría, tú podrías, él podría, Su Majestad podría, incluso, comprarlos ...

El archiduque volvió la espalda a las aguas del Adriático para contemplar los Jardines de Miramar.

—Mire, mire usted, *Herr* profesor: cipreses de California, cedros de Líbano, abetos del Himalaya... a todos los mandé traer para adornar mis Jardines de Miramar. Pero si no puedo traer aquí árboles del trópico: ceibas, baobabs, paletuvios... *lo* tengo entonces que ir al trópico... ¿Conoce usted estas líneas de nuestro poeta Schiller que dicen: *lo* también nació en Arcadia? Pues así es, *Herr* profesor: *Auch ich war in Arkadien geboren ...*

Corrido del tiro de gracia

*Año del sesenta y siete,
presente lo tengo yo:
en la ciudad de Querétaro
nuestro Emperador murió.*

*Un diecinueve de junio
que el mundo nunca olvidó,
se ejecutó la sentencia
que el presidente ordenó.*

*Carlota estaba muy lejos
y no vio la ejecución.
Además estaba loca:
no supo lo que pasó.*

Año del 67, cómo lo voy a olvidar. Si parece que nada más para eso nací, para llegar a ese año y a ese día del 19 de junio, con un fusil en la mano y una bala en el fusil. Si parece que nada más para eso me hice hereje y después soldado y aprendí a apuntar las armas y apretar el gatillo y volarle a tiros las cabezas a los santos de las iglesias. Me pregunto ahora por qué la revelación no la tuve antes, por qué el Señor no me lo dijo cuando me fui con la chinaca roja a robarle a los sanjoseses sus trapos de

brocado y no sólo por obedecer las órdenes del general y para que él se diera el gusto de calentar las ancas de su caballo con gualdrapas sacrosantas y de adornar sus zapatillas de terciopelo con las perlas que yo mismo, con mis propias manos, arranqué de las tres potencias de un Jesús Nazareno, sino también porque me gustaba hacerlo, porque nada me gustaba más que desvestir vírgenes y arrancarle a los sanmiguelarcángeles sus túnicas de seda. Año del sesenta y siete, cómo lo voy a olvidar, cómo voy nunca a olvidar la ciudad de Querétaro con sus casas y sus iglesias blancas que vi por primera vez desde la punta del Cerro del Cimatario cuando llegué con las tropas del General Escobedo para iniciar el sitio. El fusil me quemaba las manos, y sentía como cosquillas en el dedo índice de tantas ganas que tenía de dispararlo para matar como moscas a esos mochos traidores a la patria, como les decía yo, para matar al Usurpador, como lo llamaba yo entonces. Y lo disparé una vez más, la última, en el Cerro de las Campanas.

*Muy temprano en la mañana
despertó el Emperador,
y al padre de sus confianzas
sus pecados confesó.*

*Luego al salir del convento
de todos se despidió,
y dijo qué bien que muero
en un día lleno de sol.*

*Al Cerro de las Campanas
el cortejo se marchó.
Cuando llegó estaban listos
los hombres del pelotón.*

Y si pudiera olvidar. Si me fuera posible olvidar ese año y ese día. Si por algún milagro mi memoria se pusiera en blanco, estoy seguro de que mi mala conciencia me haría inventarlo todo de nuevo como se inventa una historia o un cuento, con todos los detalles exactos, y que yo mismo acabaría por creer que fue verdad, que así sucedió. Inventaría yo una mañana limpia y soleada del mes de junio. Inventaría yo que a la hora en que me estaba levantando, al toque de diana, el Emperador se confesaba con el Padre Soria. Que a la hora en que yo me iba tras unos magueyes a descargar el cuerpo, el Emperador, vestido con su levita negra, escuchaba misa con Miramón y Mejía en la capilla del Convento de las Teresitas. Que a la hora en que yo estaba desayunando una taza de café con un cigarro, sentado en la cureña de un cañón, el Emperador salía del convento donde había estado preso desde que lo habían juzgado como traidor a la patria y a la Constitución, y miraba al cielo, que no tenía ni una sola nube y que prometía mucho calor, y decía siempre había querido yo, Maximiliano, morir en una mañana así. Y pasaban, por arriba, unos patos verdes que graznaban. Y me convencería de que todo eso fue verdad. Los tres carros negros enviados por la Presidencia de la

República que lo esperaban a él, junto con Miramón y Mejía. El cortejo que desfiló por las calles de Querétaro en silencio, a la hora en que me entregaban el arma, escoltado por un batallón de infantería y un escuadrón de caballería. El cortejo que llegaba a las goteras de la ciudad a la hora en que yo terminaba de sacarle brillo al cañón del fusil. La mujer del General Mejía que corrió, llorando, tras los carros negros, con un niño de pecho en los brazos. Inventaría yo que, a eso de las diez para las siete de esa mañana tan limpia y tan azul, el cortejo llegó a las faldas del Cerro de las Campanas y que allí estaban ya esperando los hombres que del Batallón de Nuevo León habían escogido para que los fusilaran. Inventaría que yo era uno de ellos. Inventaría yo, después, muchos años de arrastrar por el mundo un sufrimiento muy hondo.

*Al coche negro en que iba
la puerta se le atoró
y él salió por la ventana
por su propia decisión.*

*Como Cristo en el Calvario
parecía el Emperador
Juárez fue el Poncio Pilatos,
y López lo traicionó.*

*A un lado estaba Mejía
y en el otro Miramón,
como si tuviera al lado
al bueno y al mal ladrón.*

*No me apunten a la cara,
les suplicó al pelotón
y a cada uno de los hombres
una moneda les dio.*

Pero si entonces me dicen: ¿Y usted, señor, por qué inventa tanto? ¿A qué vienen tantas mentiras y patrañas? ¿Quién piensa usted que le va a creer que fue usted uno de los elegidos para formar el pelotón que fusiló nada menos que a Fernando Maximiliano de Habsburgo? La puerta del fiacre no se pudo abrir y Maximiliano tuvo que salir por la ventana. ¿Y a qué vienen esos cuentos de que esa moneda de una onza de oro se la dio hace muchos años el mismísimo Emperador Maximiliano para que usted apuntara bien y no le hiriera la cara? Los colocaron de espaldas a un muro de adobes que había servido de trinchera republicana. ¿Y a qué vienen esos infundios? ¿De dónde saca tantas fábulas? Al Padre Soria le entregó Maximiliano su reloj de oro donde guardaba el retrato de Carlota, para que se lo llevara a la Emperatriz, que estaba loca en Miramar. ¿Y a qué horas, de qué día, de qué año vio usted a tres condenados que se arro-
dillaban frente a tres sacerdotes para que les dieran la

absolución? A su cocinero húngaro le entregó su pañuelo. ¿Y quién cree usted que se va a tragar esas mentiras de que usted, que por tantos años fue un hereje y que tanto le gustaba arrancarle a los santos sus halos de alambre para jugar a ensartarlos en los cuellos de las botellas de aguardiente, de pronto en esa mañana del 19 de junio del 67, se encontró rezando? A su hermano el Archiduque Carlos le mandó su rosario. ¿Rezando por qué, después de tantos años de no hacerlo, desde que dice usted que era niño, antes de dejar de ser santo como su madre para comenzar a ser hereje como su padre y hacerse soldado para ir a pelear contra la religión y el clero? A su madre le mandó su escapulario. ¿A qué santos se encomendaba, a cuáles vírgenes, si dice usted que cuando dejó de estar agarrado de las faldas de su madre se fue tras las faldas de los curas, porque nada le gustaba más que alzarles las sotanas para hacerlos marchar a punta de cintarazos al compás de las tropas de la chinaca roja? Y a mí me dio esta moneda de oro, con la moneda hice una medalla, con la medalla un exvoto en forma de corazón. ¿A qué apóstoles le rezaba, a cuáles Cristos, si dice usted que desde que dejó de estar agarrado de las faldas de su madre se fue tras las faldas de las vírgenes, porque nada le gustaba más bien, y no sólo por órdenes del general, que levantarle las enaguas a las santas efigies para enseñar que si eran vírgenes era porque nunca habían tenido por dónde dejar de serlo? Y cuando me dio la moneda me dijo: no me apuntes a la cara. ¿Quién le

va a creer todos esos cuentos? Si me dicen así, si me tornan así y asado. Si ponen en duda todo lo que les digo, desde el cielo azul de esa mañana hasta el fusil de percusión americano, desde el fiacre negro en que viajaba el Emperador hasta el exvoto en forma de corazón que después mandé fundir para bañar de oro esta bala que tengo en mi pistola, pues les diré que sí, que está bien, que no los voy a contradecir, que les llevaré la corriente y les diré que es verdad. Es decir, que es verdad que todo fue mentira.

*Luego se volvió a la fila
y al General Miramón
por haber sido valiente
le cedió el lugar de honor.*

*Después descubrió su pecho
partiendo su barba en dos,
y al pueblo allí congregado
un discurso pronunció.*

*Que lo perdonaran, dijo
como los perdono yo.
Vine por el bien de México
y no por necia ambición.*

*Vine porque me llamaron
para hacerme Emperador
Ustedes me coronaron:
yo no soy usurpador.*

Sí, todo es mentira: yo, señores, no soy yo, se los juro. Cuando nací, no nací. Mi madre no fue mi madre, se los juro por ella. Cuando yo era un santo, no era un santo. A cambio de eso, cuando dejé de serlo, no dejé de serlo. Cuando violaba yo los templos y los altares, no los violaba. Cuando vi que Maximiliano en el Cerro de las Campanas era otro Cristo crucificado, no lo vi. Cuando comprendí que no sólo Él había elegido la hora, el día y el lugar de su sacrificio, sino que también me había elegido a mí para que lo consumara, no lo comprendí. Tuvieron que pasar muchos años. Y cuando estaba yo rezando, frente a Él, pidiéndole como ustedes dicen no sé a quién, si a ese Dios que yo había negado tantas veces o si a esas vírgenes a quienes tanto había yo ultrajado, o quizá a Él mismo, que estaba frente a mí a sólo unos pasos con la frente en alto, haciendo más azul esa mañana con sus ojos azules y partida en dos su larga barba rubia para descubrir el pecho, suplicándoles, sí, a todos los santos y los ángeles del paraíso, de rodillas en mi corazón porque mi deber de soldado era estar de pie y muy firme con el fusil americano en las manos, suplicándole a Él, Maximiliano, el nuevo Cristo que llegó a México para redimir nuestros pecados, suplicándole en nombre de todas esas imágenes que partí a machetazos para que sus pies y sus manos sirvieran de leña a las fogatas de los vivaques, rogándole que esa bala de salva que siempre le ponen a uno de los fusiles del pelotón para que cada soldado pueda creer, si así lo desea, que no fue él el que

mató al fusilado, pidiéndole que en mi fusil estuviera esa bala de salva para que con ella pudiera yo salvar mi alma, para que no cargara el resto de mis días con la culpa de haber dado muerte al Hijo de Dios, Maximiliano. Entonces, en esos momentos, decía, yo no estaba rezando. Porque yo no era yo.

*Dijo el capitán preparen
y el Emperador sonrió:
no se derrame más sangre,
se lo suplico por Dios.*

*El capitán dijo apunten
y el Emperador pidió:
que yo quiero ser el último
que por la Patria murió.*

*Así dijo y con voz ronca
Viva México, gritó.
El capitán dijo fuego
y el pelotón disparó.*

¿Quién, entonces, estaba rezando? ¿Quién decía Padre Nuestro que estás en los cielos? Mexicanos, exclamó el Emperador. ¿Santificado sea tu nombre? Quiero que todos sepan. ¿Venga a nos tu reino? Que los hombres que tienen el derecho divino a gobernar. ¿Padre Nuestro que estás en México? Nacieron para hacer el bien de los

pueblos. ¿Hágase Señor tu voluntad? O para convertirse en mártires. ¿Así en la tierra como en el cielo? Y que yo quiero ser el último. ¿La bala, Señor, me darás la bala? Cuya sangre se vierta. ¿Santificado sea tu nombre? Así en la Patria. ¿Me darás, Señor, la bala de salva para salvar mi alma? Como en el Cerro. ¿Me escuchas, Señor? Y quiero que todos sepan. ¿El pan nuestro de cada día? La bala de salva, Señor. ¿Que les doy mi perdón? Dánoslo, Señor. ¿Y que por ello les pido? Y perdona nuestros pecados. ¿Preparen, dijo el capitán? A los mexicanos les pido. ¿En nombre de Dios Padre? Que todos me perdonen. ¿En nombre del Hijo? Así como nosotros perdonamos a nuestros enemigos. ¿Acaso escuché yo al capitán? ¿Acaso escuché la primera campanada de las siete de la mañana? Que si yo vine a México, dijo el Emperador. ¿En nombre del Espíritu Santo? Fue por el bien del país. ¿Acaso escuché yo la segunda campanada, acaso la voz del capitán que decía apunten? Y pongo a Dios por testigo. ¿La tercera? Que no vine, señores. ¿Y no nos dejes caer en tentación? Por ambiciones personales. ¿Mas líbranos, Señor? Mas líbrame, Señor, de darte muerte. ¿Quién estaba rezando así? Dame la bala de salva. ¿Quién dijo entonces Mexicanos Viva México? ¿Quién escuchó la voz del capitán que decía Fuego? Mas líbranos de qué: ¿de todo mal, amén? ¿Quién escuchó al mismo tiempo la descarga y la séptima campanada de las siete de la mañana que se fueron rebotando de montaña en montaña, del Cerro de las Campanas a la punta del Cimatario, a

las faldas del Cerro de la Cañada, a la cumbre del Cerro de San Gregorio? ¿Y quién, sobre todo, se quedó tan tranquilo, como si nada, a pesar de haber sostenido firme su fusil americano, de haber apuntado bien y con calma, de haber disparado al grito de fuego tan tranquilo como cuando comulgaba, en sus tiempos de santo, agarrado de las faldas de su madre, tan en paz consigo mismo como cuando en sus tiempos de hereje lazaba a las vírgenes de los templos para arrastrarlas y colgarlas y hacerles así el milagro de dejarlas flotando en cuerpo y alma entre la tierra y el cielo, colgadas de un árbol? Pues yo, señores, ¿quién otro iba a ser? ¿A quién otro si no a mí, pecador arrepentido de todos sus pecados a quien el Señor privilegió con una gran revelación esa mañana del 19 de junio del año 67 que tan presente tengo yo, cuando le plugo mostrar, a mis ojos y sólo a mis ojos, que Cristo Crucificado y Maximiliano eran dos personas en una? ¿A quién otro le hubiera dado la bala de salva para que salvara su alma? A mí, señores. Al menos, eso creía yo entonces en esos momentos, cuando el Emperador, y junto con él los generales Mejía y Miramón, se despelmaba a tierra en el Cerro de las Campanas.

*Cuando sonó la descarga
el Emperador cayó,
pero estando ya en el suelo
una mano le tembló.*

*Que aún estaba medio vivo
el capitán discernió.
Con la punta de su espada
le señaló el corazón.*

*Un soldado con su rifle
un tiro le disparó,
y como fue a quemarropa
la levita se incendió.*

Sí me tocó la bala de salva, no me tocó la bala de salva: pueden ustedes creer lo que quieran, que al cabo me da lo mismo. Que Maximiliano nunca vino a México y se quedó en su Castillo de Miramar, él haciendo versos y Carlota tocando el arpa. Que Maximiliano sí vino, a bordo de la *Novara*. Pueden creer ustedes unas cosas y otras no. Que Maximiliano nunca reinó en México. Que Maximiliano, desde el Castillo de Chapultepec, dictaba decretos y mandaba construir museos. O pueden ustedes creer, si quieren, que la mitad de las cosas que cuento fueron mentira, y la otra mitad fueron verdad. Pero cuáles fueron una cosa y cuáles la otra, eso averigüenlo ustedes. La ciudad de Querétaro nunca fue sitiada. Cuando cayó Querétaro, el Emperador fue arrestado. A Maximiliano nunca se le juzgó. A Maximiliano los jueces lo condenaron a muerte. A Maximiliano nunca lo fusilaron en el Cerro de las Campanas. Cuando Maximiliano llegó al Cerro de las Campanas los hombres del pelotón estaban

esperándolo. Maximiliano llegó solo. Miramón y Mejía acompañaban al Emperador. Maximiliano no me dio nunca una moneda de oro para que no le apuntara a la cara. La moneda me quemó las manos, y cuando con ella me hice una medalla y me la colgué del cuello, me quemó el pecho. El Capitán no dijo preparen. Yo preparé mi fusil americano. El Capitán no dijo apunten. Yo apunté. El Capitán no dijo fuego. Yo disparé. Maximiliano no se derrumbó. Maximiliano cayó a tierra. Maximiliano no era Cristo. Maximiliano era el Hijo del Señor. El Capitán no me dio, con un gesto, la orden de avanzar. Yo me adelanté unos pasos. El Capitán no me señaló el corazón del Emperador con la punta de su espada. Yo coloqué mi fusil casi tocando el pecho de Maximiliano, que estaba allí, tirado y bañado en sangre y una mano le temblaba y tenía en la cara una como risa de dolor y rabia, y los ojos medio abiertos. El Capitán no me dio la orden de disparar. Yo apreté el gatillo. El tiro no salió y a Maximiliano no se le incendió la levita. El tiro sí salió y la levita del Emperador ardió en llamas. El tiro no lo mató porque Maximiliano estaba muerto. El tiro si lo mató, porque Maximiliano estaba vivo.

*Ya luego lo recogieron
para llevarlo al panteón
en una caja de pino
que el Presidente compró.*

*Y como era muy esbelto
y nadie lo calculó
los dos pies se le salían
por la punta del cajón.*

*Pero antes de amortajarlo
de regreso a su nación
lo conservó el Presidente
en una tina de alcohol.*

*Cuando le abrieron el pecho
partieron el corazón,
y los pedazos sangrando
vendieron al por menor.*

*Y siendo azules sus ojos
y no habiendo ese color,
los ojos negros de un santo
se los colocó el doctor.*

Inventaría yo que luego que su cocinero húngaro apagó la ropa, y luego que los médicos certificaron que estaba muerto, lo envolvieron en una sábana que parecía hecha de tela de costal y lo metieron en una caja de madera de pino corriente, que costó unos veinte reales. Y que como el Emperador era muy alto y al carpintero no le habían dado las medidas, los pies del Emperador se salían de la caja. Inventaría yo que la caja se la llevaron a la capilla del

Convento de los Capuchinos y después al Doctor Rivadeneira, para que lo embalsamara, y que el Doctor Licea primero le hizo una máscara mortuoria con yeso de París, y luego le cortó la barba y el pelo, para venderlos. Que el Coronel Palacios coronó al Emperador con sus propios intestinos y dijo: ¿Te gustaba tener coronas, verdad?, pues ésta es tu corona. Que otro oficial exclamó: ¿A qué tanto argüende? ¿Qué importa un perro más o un perro menos? Que al Emperador lo embalsamaron como embalsamaban a las momias de Egipto. Que la bala del tiro de gracia, aunque lo había matado y se quedó encajada en la espina, no había tocado el corazón, y que los doctores habían partido el corazón en pedacitos para ponerlos en frascos de alcohol y venderlos. Que el Doctor Licea le envió uno de esos trozos al Príncipe de Salm Salm. Que el hígado y los intestinos los pusieron en una cubeta y luego los tiraron a una alcantarilla. Que como en Querétaro no encontraron ojos de vidrio azules, le arrancaron los ojos negros a una Santa Úrsula del hospital y se los pusieron al Emperador. Que luego lo colocaron en un ataúd triple, de madera de palo de rosa, de zinc y de cedro labrado y se lo llevaron para la capital, y que allí se les empezó a descomponer el cuerpo del Emperador porque estaba mal embalsamado y se le oscureció la piel y se le cayó el poco pelo que le había quedado. Que entonces lo desnudaron y lo colgaron de los pies para que se le escurrieran todos los humores turbios, y que ya inyectado de nuevo y acostado en una mesa

vestido de negro sobre cojines de terciopelo negro lo visitó el Presidente Juárez que tras un rato de silencio sólo dijo que el Emperador era muy alto. Inventaría yo todo eso, si tuviera bastante imaginación, si me atreviera. Lo inventaría para volverlo mentira, para que no me crean, para que me digan pero cómo se le ocurren tantas exageraciones, de dónde saca tantas truculencias, esas cosas sólo pasan, cuando pasan, en las novelas y los cuentos.

*Ahora que ya está en el cielo
a la diestra del Creador,
se curaron sus heridas
y es de nuevo Emperador.*

*Carlota está en su castillo
loca y llena de rencor
Unos bandidos mataron
al juez que lo condenó.*

*López se murió de rabia
y de bilis Napoleón.
Juárez se murió de viejo
junto a la Constitución.*

*Márquez murió de pobreza
y Bazaine como traidor,
y yo me quedé, señores,
comiéndome mi dolor,*

*pues ese tiro de gracia
que mató al Emperador,
yo fui, para mi desgracia,
el que se lo disparó.*

Y ya con ésta me despido. Allí les dejo, señores, la verdad y la mentira. Allí les dejo también, para que ustedes hagan lo que quieran con ellas, las piltrafas del Emperador, y la corona de espinas que llevó en vida. Allí les dejo el fiacre negro al que se le atoró la puerta. Mi fusil de percusión americano. El reloj con el retrato de Carlota. La tapia de adobes. Las campanadas que dieron las siete de la mañana. El destacamento de caballería y el batallón de infantería que acompañaron al cortejo. Allí les dejo la ciudad de Querétaro con sus casas y sus iglesias blancas. Los ojos de vidrio negro de Santa Úrsula. El Cristo de plata que el Emperador tenía en su celda. El cigarro que me fumé esa mañana. El discurso del Emperador. Las hostias que yo me robaba para que nos sirvieran de fichas para jugar a los naipes. El toque de diana. El rosario que el Emperador le envió a su hermano el Archiduque Carlos. Les dejo la bala de salva que no me salvó el alma, el paraíso que vislumburé cuando tuve la revelación, el infierno en que he vivido desde entonces, cuando supe que Él me había elegido para consumir el sacrificio, en castigo a mis tantos pecados, a mis herejías y sacrilegios. Les dejo una mañana azul y soleada. El vaso de vino y la pierna de pollo que desayunó el Emperador

esa mañana. Les dejo, loca, a Carlota. A los asesinos del Coronel Platón Sánchez, que fue el juez que condenó a Maximiliano. Al perro rabioso que mordió a Miguel López, el traidor. Les dejo el bastón de mariscal de Bazaine. Les dejo a Benito Juárez y a su Constitución. Les dejo la cicatriz de Márquez. Todo se los dejo, para que ustedes hagan lo que quieran: una historia, un cuento, la crónica de un 19 de junio del 67, una novela, da lo mismo: una canción, un corrido. Se los dejo para que ustedes escojan a su gusto qué fue cierto y qué no fue, para que lo ordenen como se les dé la gana, para que cuenten, si quieren, que el Emperador tuvo que brincar pero no del coche sino de su caja de cedro labrada. Que Maximiliano le envió a Carlota su reloj pero no con el retrato de la Emperatriz, sino con un pedazo de su corazón. Que a la orden de fuego el pelotón levantó los fusiles y disparó sobre la bandada de patos verdes que cruzaban, graznando, el cielo de esa mañana limpia y soleada. Todo me da lo mismo, porque me basta y me sobra con saber, yo solo, la verdad. Lo único que no les dejo es la bala que bañé con el oro del exvoto en forma de corazón que hice con la medalla que hice con la moneda que me dio, no me dio, sí me dio Maximiliano esa mañana de junio en el Cerro de las Campanas, para que no le apuntara a la cara.

*Ya con ésta me despido,
por las hojas de un limón,
con otro tiro de gracia:
ése lo merezco yo.*
*Ya con ésta me despido,
por la boca de un cañón:
ai les dejo este corrido
del sufrido Emperador,
y del hondo sufrimiento
del hombre que lo mató.*

Fin

Castillo de Bouchout

1927

Porque yo soy una memoria viva y temblorosa, una memoria incendiada, vuelta llamas, que se alimenta y se abrasa a sí misma y se consume y vuelve a nacer y abrir las alas. Porque yo tengo alas de águila: me las robé de una bandera mexicana. Yo tengo alas de ángel: me crecieron anoche mientras soñaba contigo, mientras te imaginaba. Porque yo no soy nada si no invento mis recuerdos. Porque tú no serás nadie, Maximiliano, si no te inventan mis sueños.

Por eso, Maximiliano, el día en que yo me muera te vas a morir conmigo. Yo soy tu amor vestido de marinero. Yo soy tu espanto disfrazado de espejos, tu pecho tatuado de códigos, tu miembro envuelto en hojas de plátano. Yo soy tu lengua amarrada a la lengua de Concepción Sedano. Tus barbas enredadas a los espinos en flor bordados en mi almohada, tus labios que besan el polvo del Cerro de las Campanas. Yo soy, Maximiliano, tu carne embarrada en las canteras de la Cuesta China, tu saliva que fluye por el Acueducto de Los Remedios, tus uñas encajadas en la pulpa de una sandía. Yo soy tus huesos que tocan una marimba. Tus ojos azules incrustados

en la cara del indio. Yo soy tu ombligo, Maximiliano, colgado de la luna de Querétaro.

¿Te dije algún día, Maximiliano, que tú inventaste México y el mundo para mí? Eso también fue mentira: yo te inventé a ti para que tú los inventaras. Nadie, por ello, puede venir ahora a decirme, a mí, imagínate, a quien te acurrucó en el vientre de tu madre, a quien por leche te hizo beber los cristales del alba, a quien te dio su aliento y de la mano te llevó por los corredores oscuros de Schönbrunn para que escucharas la agonía del Duque de Reichstadt y el vuelo de los halcones, y con el índice y desde las playas de Bahía te señaló los martines pescadores que se clavaban como flechas en los hervideros de la espuma, a mí, imagínate, que dibujé en las azucenas el contorno de tus manos y te di un corazón de alcancía para que en él atesoraras mi ternura, a mí que hice a la noche tenderse sobre tu cuerpo, al ciego trepar por tus axilas, a tus intestinos transformarse en un río de moscas doradas, ¿me van a decir ahora que por ti las campanas de Dolores se ponen sus faldas de agua sonora y las balas sus colas de lumbre, que por ti y en la lluvia de Orizaba canta la dalia el corrido del diecinueve de junio y con su espolón de plata señalan las espuelas de Amozoc el camino al patíbulo? ¿Que no se dan cuenta, Maximiliano, Emperador de México y Rey del Universo, que yo inventé las campanas y la lumbre, las balas y las espuelas, la lluvia que para besar tu frente bajaba del cielo de México deslizándose por hilos de agua

tibia? ¿Que no se dan cuenta que yo inventé el camaleón que se tragó el arcoíris de Zempoala? A mí, Maximiliano, que conocí los escupitajos de jade que se congelaron en tu garganta y los coágulos almendrados de tu hígado, a mí, dime, ¿me van a venir ahora a contar mis sueños? ¿Que no saben que te retrataste en el agua y te copiaste en el paisaje? ¿No te han visto vivo en el fondo del Lago de Xochimilco? ¿No te contemplaron muerto a la sombra de un tamarindo? Ay, Maximiliano la sed tiene colores que desconoce el viento, el hambre tiene un brillo que no se imagina el fuego: de viento y fuego, de polvo y nada, hago tus dientes, y con tus dientes un racimo y con tus venas una red de hilos azules para pescarte vivo y llevarte a vender al mercado. Por ti, por inventarte, por palpar en tus suburbios de ámbar, me jugué la vida en una pelea de gallos, me jugaré la muerte en un volado. Yo soy Carlota, Emperatriz de México y de América y hoy, Maximiliano, me voy a regresar a México contigo. Aunque sea para arrepentirme de nuevo, aunque me digan que estoy loca: loca Isabel *la Católica*, que no se cambió de camisa hasta que cayó Granada. ¿Pero loca yo porque bebo tequila en la fuente de la botella de piedra de El Arenal? Al contrario, que me traigan una barrica de tequila. ¿Loca yo porque sé que te buscas en la cicatriz de la espuma y te escondes en el temblor de la tinta? ¿Loca porque me gusta ir a la Plaza de los Evangelistas de la ciudad de México para pedirles que con esa tinta escriban mi vida? No, loca Juana *la Loca*

que se cagaba en la cama. Loco Cristián de Dinamarca que echaba espuma por la boca y que le pedía a su amigo Holck que lo azotara. ¿Pero loca yo, loca porque sé que tu pecho abriga un sol entero y que ese sol es el de México?

¿O loca yo y puta, sobre todo puta porque el hijo que llevo en las entrañas no lo engendró el Emperador de México? No, Maximiliano: puta tu cuñada Sisi que tuvo una hija de un cazador de zorras. Puta tu madre que tuvo un hijo del Rey de Roma, y puta la madre del Rey de Roma que con su general tuerto lo llenó, en Parma, de hermanos bastardos, como me llenó a mí de hermanos naturales la puta de la Von Eppinghoven con mi padre Leopoldo. Y puta la madre del Zar Pablo Primero que lo concibió con el Conde Saltykov. Puta Inés Esteves la madre del fundador de la dinastía ducal de los Braganza Alfonso de Portugal porque lo concibió con Juan Primero sin estar casada con él, y puta también la abuela de Alfonso, Theresa Lourenço, que tuvo como hijo natural a Pedro Primero. Puta la amante de Jacobo Primero de Inglaterra, Arabella Churchill, madre de su bastardo el Duque de Berwick. Puta la madre de Napoleón Tercero que le dio como medio hermano al Duque de Morny, hijo ilegítimo del Conde de Flahault, que era hijo de la puta que lo concibió, como hijo natural, con el Príncipe de Talleyrand. Y putas, Maximiliano, las dos reinas de España: puta María Luisa que tuvo, con Godoy, al hermano de Fernando Séptimo, puta Isabel

Segunda que si pudo darles como rey a sus súbditos a Alfonso Doce, fue porque le abrió las piernas y la matriz a un dentista norteamericano y todos, hasta la mojigata de mi prima Victoria, se hicieron de la vista gorda. Pero puta yo, no, Maximiliano, porque nunca te fui infiel. Porque si el hijo que voy a tener no lo engendraste tú, tampoco, escúchame bien, tampoco lo engendró el Coronel Van Der Smissen, ni Léonce Détroyat, ni el Coronel Feliciano Rodríguez. El hijo que voy a tener no será jefe de Estado Mayor del Mariscal Foch, ni venderá truchas y rodaballos en el East End de Londres, porque no será hijo de nadie sino de todos: a mí todos me embarazaron, sin que yo me enterara, cuando estaba soñando con los ojos abiertos. Me embarazó el Mariscal Aquiles Bazaine con su bastón de mariscal. Me embarazó Napoleón con el pomo de su espada. Me embarazó el General Tomás Mejía con un cacto largo y lleno de espinas. Me embarazó un ángel con unas alas de plumas de quetzal que tenía, entre las piernas, una serpiente forrada con plumas de colibrí. Y quedé preñada de viento y de vacíos, de quimeras y de ausencias. Voy a tener un hijo, Maximiliano, del peyote, un hijo del cacomixtle, un hijo del tepezcuintle, un hijo de la mariguana, un hijo de la chingada.

Y si te dicen que yo ya no soy mexicana porque hace muchos años que no vivo en México. Si te dicen que el México con el que sueño dejó de existir hace mucho tiempo, diles, Maximiliano, que eso no es cierto, porque

México es el México que yo invento. Yo le di su frescura a las aguas del Lago de Chapala. Yo inventé la plata de Sonora. Yo le di su transparencia a los cielos azules del Valle de Anáhuac. Y si te dicen, Maximiliano, si te dicen que México ya no es el mismo, diles que no es cierto, porque yo soy la misma de siempre, y México y yo somos la misma cosa. Sesenta años he pasado ante un espejo, sin moverme, mientras el mundo giraba a mi alrededor como aquella noche, te acuerdas, cuando me estrechaste por la vez primera en tus brazos en el Palacio de Laeken. Sesenta años, Maximiliano, y el tiempo no me ha tocado: te juro que no me ha salido una sola cana, que no tengo una sola arruga, que no se me ha caído un solo diente, que nunca me duermo, como la Emperatriz Popea, con una máscara de harina y pasta de huevo, ni me pinto el cabello con infusión de hojas de zarzamora y que para tener el cutis fresco no lo baño con una loción de cerebro de jabalí y sangre de lobo como lo hacía Sisi, te lo juro, Maximiliano, porque cada día estoy más bella. Te juro que para que mis dientes estén siempre blancos no los froto como me dijo la Duquesa de Kent con polvo de cuernos de ciervo y cenizas de romero y no tengo verrugas que quitarme con la baba de los caracoles de tierra ni vello que depilarme con el jugo lechoso de las flores de Nochebuena de las que me envió un macetón el año pasado Joel Poinsett, te juro, Maximiliano, que mi aliento está todavía fresco y no lo perfumeo con hojas de betel y yerbabuena, porque cada

día estoy más joven. Ve y díselo a México. Ve y diles que estoy más bella de lo que nunca estuve en todos los daguerrotipos de Le-Graive y en los retratos que me hizo Portaels en Bruselas y Winterhalter en las Tullerías. Ve y diles que no se crean que me van a tener que decir cuáles son los colores del uniforme de mis guardas palatinos, porque estoy ciega. Que no se imaginen que tendrán que gritarme al oído el himno imperial mexicano porque estoy sorda y ya olvidé la letra. Diles que no se atrevan a llevarme en silla de ruedas a la Catedral de San Hipólito pensando que estoy tullida. ¿Te acuerdas, Maximiliano, de la Carlota que conociste cuando fuimos a la ópera en Bruselas? ¿Se acuerdan ellos, los mexicanos, de la Carlota que conocieron cuando la *Novara* entró a la rada de Veracruz escoltada por zopilotes? ¿Se acuerdan, dime, del Ángel Tutelar de Yucatán que se contempló en las aguas del cenote sagrado? Diles, como yo te digo a ti, Maximiliano, que no me van a reconocer porque soy la mujer más bella de la vertiente del Golfo, la más bella de la Sierra Madre Oriental, de las dunas de Antón Lizardo, de las Islas Revillagigedo, de los llanos de Tlaxcala, la más bella, Maximiliano, de todas las mexicanas. Ve y diles todo eso, y diles también que voy a regresar a México para que México se vea en mi espejo.

Y que me toquen el jarabe tapatío para que vean cómo lo bailo sobre la tumba de Napoleón Tercero. Que me traigan una guitarra, que me traigan un sombrero y unas cananas, que hoy me voy a echar balas en la Feria

de San Juan. Que en mi bicicleta con esquís voy a patinar en el Lago de Chapala. Que en mi bicicleta con alas voy a volar sobre Sonora para que me saluden desde abajo mis indios tarahumaras. Que me voy a bañar en el Salto de Necaxa. Que hoy me voy al jaripeo con el Barón Neigre y Carmen Sylva de calzonera y chaqueta de cuero con bordados de plata de Arizonac. Que me traigan a los mariachis, que vengan Juárez y sus ministros a darme una serenata y me toquen *Las mañanitas* para que vean cómo las canto. Que hoy me voy de parranda a México con la Princesa Bibesco y Eugenia de Montijo a quemar judas, a comer calaveras de azúcar, a romper piñatas, a cantar las letanías y pedirle posada a México, a tocar matracas de marfil y hueso, a bailar a Chalma, a besarle las manos a la Virgen de los Remedios, a besarle los pies al Señor del Veneno. Que me traigan mi huipil. Que me traigan mi rebozo de bolita y mis faldas de china poblana forradas con chaquira y lentejuela. Que me traigan mis huaraches. Que me traigan un sarape de Saltillo, porque hoy me voy a vestir de mexicana para asombrar al mundo. Me voy a poner una falda de colas de mapache. Una máscara de diablo michoacano. Una blusa de piel de iguana. Un sombrero de plumas de guacamaya. Y un collar, Maximiliano, de lenguas de ceniztle, el pájaro de las cuatrocientas voces, porque yo soy todas las voces, todas las lenguas. Porque yo invento cada día la historia. Porque yo viajo por el mundo con las alas de manta de Cambrai que me hizo Santos Dumont, con

las alas de alabastro que inventó para mí Leonardo, con las alas de papel de China que me trajo Marco Polo: nadie ni nada me puede encerrar, Maximiliano. Todos creen que me tuvieron cuatro meses presa en Miramar, diez años encerrada en Terveuren, cincuenta en Bouchout. Todos creen que me han tenido encerrada siempre en mí misma porque no saben que cosí todos los edictos y cartas y papeles en blanco que dejaste regados en tu despacho del Castillo de Chapultepec para hacerme con ellos un paracaídas y brincar por la ventana. Porque no saben que si yo no me corté el pelo como lo hizo María Teresa cuando murió su esposo Francisco de Lorena o como se lo cortó Cósima cuando murió Wagner y lo puso en su ataúd para que se lo llevara al infierno, fue, Maximiliano, para dejarlo crecer durante sesenta años y con él hacerme una trenza para descolgarme por el balcón. Porque no saben que cuando viene el mensajero disfrazado del mago Houdini me transforma en la Princesa de Liliput y me escondo en el día en mi casa de muñecas, y en las noches me monto en el lomo de un murciélago que viene por mí desde Brujas para llevarme a Dunkerque y en Dunkerque me monto en el lomo de un pez volador para viajar a México.

Diles, también, que soy mexicana porque sé muy bien dónde dejé mi corazón. Diles que en cambio tú no sabes dónde dejaste el tuyo, diles que el corazón de tu primo Ludwig de Baviera está guardado en la capilla votiva de Alt-Otting y que los corazones de los empe-

radores y príncipes de la Casa Habsburgo están en las urnas de la Capilla de Loreto del Hofburgo, pero que tú no sabes, Maximiliano, dónde quedó tu corazón. ¿Dime, qué hizo el indio con los pedazos después de que el Doctor Licea lo cortó en cuadros? ¿Los puso en frascos de formol para regalárselos a sus biznietos? ¿Se los vendió a un coleccionista tejano? ¿Se los dio de comer a un águila? ¿O los usó como carnada para irse a pescar tiburo-nes en la Bahía de Chetumal? Tú, Maximiliano, no sabes dónde quedó tu corazón, pero escúchame bien y diles, a todos aquellos que te digan que yo no soy mexicana porque nací en Bruselas, porque he vivido muchos más años fuera de México de los que allí viví, muriendo, y porque soy una Princesa de la Casa de Orleans y de Sajonia Coburgo, diles que sí lo soy, porque yo dejé mi corazón en Puebla de los Ángeles, donde para celebrar mi cumpleaños me vestí de blanco. Que lo dejé camino de Toluca donde para salir a tu encuentro me monté a caballo. Que lo dejé en Cuajimalpa, lo dejé en El Peñón, lo dejé en la recámara del Palacio Nacional donde me devoraron las chinches. Y lo dejé, Maximiliano, en Ayo-tla, el día en que me despedí de ti, para no verte nunca más, a la sombra perfumada de los naranjos en flor.

Y si te dicen que mi corazón le quedó chico a México, como corto te quedó a ti tu ataúd de pino, grandes los Jardines Borda, pequeño tu caballo Orispelo. Si te dicen que estoy loca de los pies a la cabeza, que no sólo mis manos están locas porque las hundo hasta los codos

en los pantanos y las fuentes, loca mi nariz que te huele en la flor de la canela, loca mi boca que te nombra en los alacranes blancos que te sorbieron los sesos, que te jura en las páginas de los libros, que te maldice en las cuentas del rosario, diles que no, que sé muy bien lo que me digo. Y diles que a mí nada me queda grande ni chico porque el vestido que me puse hoy lo hice yo misma, a la medida. ¿Que viene la Zarina María Feodorovna para regalarme, con tal que no me regrese a México, el collar de brillantes de tres vueltas que usó cuando bendijo las aguas del Neva? ¿Que viene la Princesa Metternich para sobornarme con el brillante Sancy que se puso Carlos *el Temerario* en el sombrero el día en que dejó la vida traspasado por las alabardas suizas en la tierra borgoñesa y que Paula se llevó a Londres envuelto en un periódico? ¿Que viene el Duque de Malborough para ofrecerme la cabeza de Sirio el perro? ¿Que tu madre Sofía pone a mis pies las esmeraldas Wittelsbach con tal de que no me vaya a México y me quede aquí encerrada en Bouchout haciendo calceta, bordando paisajes en punto de cruz, pudiéndome en vida? Dile a la zarina, Maximiliano, que puede arrojar sus brillantes a los cerdos de las pocilgas del Palacio de Invierno de San Petersburgo: dile que hoy me puse de collar al Río Usumacinta. Dile a Paula Metternich que vaya al lago congelado donde encontraron a Carlos *el Temerario*, para devolverle el brillante Sancy: que hoy me puse a la ciudad de Guadalajara por sombrero. Y dile al Duque de Marlborough que le regale a

Mambrú el rubí de Sirio la próxima vez que Mambrú se vaya a Malplaquet, y a tu madre que puede quedarse con sus esmeraldas Wittelsbach y con el cofre de plata que Napoleón Primero le regaló a Josefina, con la lanza sagrada con la cual Longinos perforó el costado de Nuestro Señor, con los trineos dorados de María Teresa y la corona imperial de Carlomagno, dile que se puede quedar con todas las joyas y reliquias de la Casa de Austria, que puede quedarse con todos sus castillos y sus palacios. Dile, Maximiliano, que yo tengo a México, y de paso recuérdale que ella está muerta y que yo estoy viva, que ya ni siquiera podrá llorar su traición, arrepentirse y llamarte a Austria, arrepentirse de haber dicho que prefería ver muerto a uno de sus hijos que someterse a la masa de estudiantes de Viena, arrepentirse y volver a vivir, enfrentarse a ellos, bañarlos, desde los balcones del Hofburgo, con chocolate caliente y champaña helada como hizo Lola Montez con los estudiantes de Munich, en lugar de correr para irse a esconder a Laxenberg. Dile que se quede con Laxenberg. Que se quede con su Hofburgo y con su Schönbrunn. Dile a tu madre, Maximiliano, que por casa yo tengo a las selvas y los desiertos de México, a sus montañas por palacios. Y si Josefina encuentra el ópalo que llamaban el Incendio de Troya, si lo encuentra y me lo quiere regalar, y si Inglaterra quiere devolverme el zafiro que Jorge Cuarto le heredó a su hija Charlotte la primera esposa de mi padre y que a la muerte de ella le pidieron a Bélgica que lo regresara a la

Corona Inglesa, y si la Zarina Alix me ofrece la sarta de perlas Fabergé que le dio su marido Nicolás y que era tan larga que le llegaba a las rodillas, y si viene la Reina María de Inglaterra para darme las perlas hannoverianas o Fernando Primero de Rumania para regalarme la corona de hierro fundida con los restos de uno de los cañones capturados en la Batalla de Plevna o mi sobrina María de las Mercedes Reina de España para sobornarme con su corona de cinco mil brillantes o Paulina Bonaparte para ofrecerme todos sus collares de corales, Eleonora de Provenza sus pavorreales de plata y zafiros, Eduardo Séptimo de Inglaterra el brillante Cullinan que le dieron cuando le otorgó la autonomía al Transvaal y su mujer la Reina Alejandra el collar de perlas que se rompió en la apertura del Parlamento, díles que no, Maximiliano, que pueden los caballos destrozar las perlas que rodaron entre sus patas frente a la Abadía de Westminster, que puede Alix irse a la Plaza Roja de Moscú a saltar la cuerda con su sarta de perlas, que puede mi bisabuela María Antonieta quedarse con su collar de brillantes para ponérselo el día en que le corten la cabeza en la Plaza de la Concordia y la Princesa Lamballe con su collar de cuentas de marfil para usarlo cuando ensarten la suya en una pica, y a Catalina de Rusia que el brillante que se le cayó en la sopa de un mendigo el día del lavado de pies, dile que se lo trague ella misma con la sopa. Y a mi prima Victoria la Reina de Inglaterra y Emperatriz de la India, dile, Maximiliano, que el brillante Koh-i-Noor de la Corona

Inglesa, dile que se lo meta por el culo. Diles Maximiliano, que yo tengo a México a mis pies.

Diles que lo tengo en las manos, porque cada día lo invento, Maximiliano, y los invento también a todos. Les doy y les quito la vida. Los visto y los desvisto. Los entierro y los desentierro. Les quito el alma y les presto mi aliento. Les quito su risa y les doy mis lágrimas. Vivo y muero por ellos. Yo soy Napoleón Tercero vestido de Madame Pompadour. Yo soy Benito Juárez disfrazado de toreador. Yo soy Juana *la Loca* que piensa que es Carlota Corday, y un día de éstos, Maximiliano, cuando te estés dando un baño de chocolate en tu tina de piedra múcar de Veracruz, te voy a asesinar, te voy a encajar un puñal en el corazón cuando te estés dando un baño de tequila en tu tina de coral, te voy a quitar la vida, Maximiliano, cuando te estés dando, en tu tina de turquesa, un baño de leche de serpiente cascabel. Y después voy a meter la cabeza en la tina porque estoy muerta de sed y quiero, con esa sangre y esa agua de Jamaica, con el vino de Hungría y el jugo de las flores de azahar, con el agua de yerbabuena y el veneno, el pulque y el tequila, el zumo de cochinilla, con tu linfa, con la champaña y el borgoña, el aguamiel y tu saliva embriagarme con tu amor de nuevo, emborracharme de ti, beberte hasta que tu amor y mi amor sean un solo amor, y yo sea tú. Y seré de nuevo el niño de Schönbrunn que soñaba con ser Robinson Crusoe. Seré de nuevo el marinero que se deslumbró con las esclavas desnudas de Esmirna. Y via-

jaré al Brasil para conocer la tanagra violácea. Viajaré a Florencia para mecer mi corazón en las orillas del Arno. Viajaré de nuevo a México para fundar en los límites de las dos Américas, y así como la antigua Bizancio se levantó en los confines de Europa y Asia, una nueva Constantinopla. ¿Y sabes qué, Maximiliano? Me voy a ir con Blasio a Cuernavaca y en la noche voy a ver a Concepción Sedano para cubrirla de caricias y de pétalos de flamboyán, y con Miramón y Mejía, con Márquez y con Salm Salm me iré de nuevo a Querétaro a jugar *whist* y comer albóndigas de perro y cuando me lleven al Cerro de las Campanas para matarme, no viajaré en una calesa negra sino en un columpio de seda blanca colgado de los cuellos de dos caballos negros y no serán soldados los que me fusilen sino tus propios generales disfrazados de Judas los que disparen sus cerbatanas con serpentinatas envenenadas, o llegaré en una gran pila bautismal de conchanácar llevada en andas por los cuatro Papas a los que he enterrado desde que salí de México y serán niños mexicanos vestidos de ángeles los que me matarán con las flechas disparadas con sus arpas, y esta vez no serás tú el que tendrá que partirse en dos la barba rubia que te llovía sobre el pecho para que te apunten al corazón, seré yo la que me abriré la blusa y me bajaré el sostén para enseñarles a los mexicanos los pechos de los que van a seguir mamando, seré yo la que me levantaré las faldas para enseñarles a los mexicanos mi barba

negra y rizada y el lugar por donde los parí a todos y los voy a seguir pariendo.

Yo soy Mamá Carlota. Ellos, los mexicanos, decidieron que a la tía de Europa, tía de Alberto el Rey de Bélgica, tía de Federico Tercero de Prusia y de su mujer Victoria, de Luis Cuarto el Gran Duque de Hesse y de su mujer Alicia y tía abuela de Guillermo Segundo de Alemania y de Constantino Primero de Grecia y de Haakon Séptimo de Noruega, ellos, los mexicanos, decidieron que a la tía abuela de Jorge Quinto de Inglaterra y de Nicolás Segundo el Zar de todas las Rusias y de Alfonso Trece de España, la iban a llamar Mamá Carlota. Ellos, los mexicanos, me hicieron su madre, y yo los hice mis hijos. Yo soy Mamá Carlota, madre de todos los indios y todos los mestizos, madre de todos los blancos y los cambujos, los negros y los saltapatrases. Yo soy Mamá Carlota, madre de Cuauhtémoc y La Malinche, del cura Hidalgo y Benito Juárez, de Sor Juana y de Emiliano Zapata. Porque soy tan mexicana, ya te lo dije, Maximiliano, como todos ellos. Yo no soy francesa, ni belga, ni italiana: soy mexicana porque me cambiaron la sangre en México. Porque allí la tiñeron con palo de Campeche. Porque en México la perfumaron con vainilla. Y soy la madre de todos ellos porque yo, Maximiliano, soy su historia y estoy loca. Y cómo no voy a estarlo si no fue con una jícara de agua de toloache con la que me quisieron enloquecer, no fue con el agua del cenote sagrado, ni con el

ololiuque que me dieron en la Calzada de la Viga la tarde en que fui disfrazada al mercado con la Señora Sánchez Navarro para comprar una yerba que me hiciera fértil, no, fue con México, y lo lograron. Fueron sus cielos, sus orquídeas, sus colores, los que me enloquecieron. Fue la luz de sus valles la que me cegó. La frescura de su aire la que me intoxicó. Fueron sus frutas: fueron las guanábanas que me regalaba el Coronel Feliciano Rodríguez y las piñas, los duraznos de Ixmiquilpan los que envenenaron mi alma con su dulzura. Dile, dile a tu madre, Maximiliano, que hoy me voy a Irapuato a comer fresas con la Condesa de Kollonitz, aunque me envenene con ellas. A Napoleón y Eugenia, diles que me voy a San Luis a comer tunas con la Marquesa Calderón de la Barca, aunque me espine la lengua y las manos. Y a tu hermano Francisco José dile que me voy a Acapulco a comer mangos con el Barón de Humboldt aunque me muera de empacho.

Diles, además, que me voy a casar de nuevo contigo, y a quienes no quieran que me case para que me lleves a México, diles que yo soy quien te llevo, y que no te voy a dar de dote los cien mil florines que dicen que te entregó mi padre, que no te voy a dar, como Catalina de Braganza a Carlos Segundo de Inglaterra, Tángier y Bombay, o como Luis *el Grande* de Hungría le dio a una de sus hijas, como dote, el Reino de Polonia y Maximiliano Primero a Margarita le dio casi toda Borgoña y Felipe Segundo a su hija Isabel Clara Eugenia los Países

Bajos: yo te voy a dar algo mucho más grande. Te voy a dar México. Te voy a dar América. Te voy a regalar el Pico de Orizaba para que desde su cumbre veas llegar a Hernán Cortés. Te voy a regalar la Florida para que vayas a ella con Ponce de León a buscar la fuente de la eterna juventud y bebas de sus aguas para que te quedes para siempre en tus treinta y cinco años. Te voy a regalar el Amazonas para que lo navegues con Orellana y el tirano Aguirre. Te voy a dar la Patagonia, Maximiliano, para que veas pasar a Hernando Magallanes. Te voy a regalar el Archipiélago de las Galápagos para que te vayas a estudiar a las tortugas con Carlos Darwin. Te voy a regalar la Isla de San Salvador para que desde sus playas veas llegar a Cristóbal Colón. Te voy a regalar la Serranía de Chihuahua para que la recorras a caballo al lado de Ambrose Bierce y del General Pancho Villa.

Pronto, pronto, que se me va la vida y se me acaban las palabras. Vistan a mis lacayos con sus libreas de gran gala. Llamen al gran mariscal de la corte. Convoquen a todos los Fugger y a todos los Rothschild para que traigan a Miramar todo el dinero que me escondió mi hermano Felipe. Convoquen al Arzobispo y al Nuncio. Ordenen a todas mis damas de honor que se presenten ahora mismo en el castillo. Enciendan las calderas de la *Novara*. Llamen al gran maestro de ceremonias. Convoquen a los guardias palatinos. Que presenten armas los cazadores y los zuavos. Llamen al batallón egipcio y al cuerpo de voluntarios austriacos. Preparen el carruaje

descubierto y las seis mulas color Isabelle con patas de cebra. Que se presenten los Dragones de la Emperatriz y los guardianes rurales. Preparen mi manto de terciopelo púrpura. Convoquen a los generales edecanes y a los generales de división y a los oficiales de ordenanza. Empaquen todos los muebles de Miramar. Las cortinas de brocado con el lema Equidad en la Justicia. Las cómodas María Teresa. Las sillas del comedor Enrique Segundo. El escritorio de María Antonieta. Las piedras de granito del Tirol de la fachada. Empaquen los laureles del jardín, las magnolias, el kiosko morisco. Pronto, que me regreso a México, aunque se me vaya la vida, aunque llegue muerta porque me lo ha dicho el mensajero, me ha prometido que regresaré a México viva o muerta.

Dile a los mexicanos que me preparen mi trono. Diles que me vayan cavando un hoyo. Diles que pulan la vajilla de plata. Diles que caven una fosa en las faldas del Popocatepetl, en el Bolsón de Mapimí, en el Lago del Xinantécatl. Diles que barran la Calzada de Santa Anita. Que junten las joyas de la Corona para amarrármelas al cuello y arrojarme al cenote sagrado. Diles que voy a regresar, viva o muerta. Viva, he de regresar coronada con una diadema de abejas y alondras. Muerta regresaré envuelta, como una momia de Guanajuato, con los jirones sanguinolentos de tu mortaja. Viva, volveré descalza para que me besen los pies mis indios mexicanos. Muerta, en un sarcófago descubierto para que me besen

la frente y tañan las campanas a duelo y se vistan de crespones negros mis duques y mis marquesas. Viva, volveré caminando de rodillas y rezando el rosario y con un cacto rasgándome el pecho con sus espinas, para que me perdone la Virgen guadalupana. Muerta, cruzaré el océano en un barco de velas negras escoltado por pájaros blancos y en una barcaza negra remontaré el Río Pánuco y el Río Tamesí escoltada por mariposas azules y en una góndola negra me quedará quieta como tú, inmóvil, en medio de las chinampas de Xochimilco, rodeada para siempre por todas las flores del mundo. Viva volveré a México en el ferrocarril que sube las cumbres de Acultzingo y cruza el Puente de Metlac y los llanos de Texcoco y desde las ventanas del vagón imperial saludaré a mi pueblo y le arrojaré besos y Maximilianos de oro. Y volveré en una carroza de marfil con ángeles del Tiziano en las puertas y una letanía de rosas enredada en las ruedas, que recorrerá de punta a punta el Paseo de la Emperatriz bajo la sombra de los fresnos, para que mi pueblo arroje a mi paso confeti y bendiciones. Y volveré en un globo de seda impulsado por los vientos alisios que bajará del cielo hasta el corazón del Valle de México, en medio de mi pueblo; para que el aire se inunde de palomas y toquen a rebato las campanas. Pero si se me va la vida, Maximiliano, si llego muerta a México, llegaré en una caja de cristal, hecha cenizas, para ensombrecer con ellas las nieves del Iztaccíhuatl, para envenenar con ellas las aguas claras de los Jardines Borda. Y llegaré en

una caja de pino para que me entierren en México. Para que México me devuelva, de mi Imperio perdido, por lo menos tres metros de tierra.

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y de América. Yo soy María Carlota Amelia, descendiente de San Luis Rey de Francia y de la gran Emperatriz María Teresa de Austria. Yo soy María Carlota Amelia Victoria, biznieta de Felipe Igualdad y prima de la Emperatriz de la India, hija del Rey de Bélgica y mujer de Fernando Maximiliano de Habsburgo Emperador de México y Rey del Universo. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina, Regente de Anáhuac, Gran Duquesa del Valle de México, Baronesa de Cacahuamilpa. Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, Virreina del Caribe y de las Islas Malvinas, Gobernadora del Darién y de Paramaribo, Marquesa de Río Grande, Landgravesa del Paraguay, Zarina de Tejas y de la Alta California, Podestá de Uxmal, Condesa de Valparaíso: hoy vino el mensajero y con él y con Cecil Rhodes me fui a fundar un reino en África, con él y con Lawrence de Arabia me fui a pelear al Sahara contra los turcos, con él y con Julio Verne me fui a darle la vuelta al mundo en ochenta días. Me dijo el mensajero, Maximiliano, que fundaron la Liga de las Naciones, que se robaron a la Mona Lisa del Louvre, que se inauguró la Represa de Asuán, que se llevaron de Alejandría a Londres el Obelisco de Cleopatra, que al corrupto Zar de Bulgaria,

Alejandro de Battemberg, lo secuestró el ejército ruso y lo obligó a abdicar, que se murieron de sífilis Dumas hijo, Baudelaire y Jules Goncourt, que murió el Conde Chambord sin dejar heredero al trono que nunca tuvo, y murió el ilustre tonto, el Zar Alejandro Tercero de Rusia, cuando se descarriló en Crimea el tren imperial, y que se murieron José Martí y Alexander Scriabin, Ferdinand de Lesseps y Gustave Eiffel, Gustave Klimt y Sara Bernhardt. Me dijo que renació el Ku-Klux-Klan y que en Atlanta inventaron la Coca-Cola y que tembló en la ciudad de México el día en que entró Madero, y que un terremoto destruyó San Francisco y un incendio redujo a cenizas Chicago y que los hombres de Plutarco Elías Calles derrotaron, en Colima, a los soldados de Cristo Rey. Me dijo también que Franz Wedekind escribió para mí *Despertar de primavera*, y Rubén Darío los *Cantos de vida y esperanza*, me dijo, me juró que Rodin me dedicó *El beso* y Joyce el monólogo de Molly Bloom y Offenbach *La Gran Duquesa de Gérolstein* y que para mí, pensando en mi sed y en mi locura, en el fuego que consume mi boca y mi vientre, para mí escribió, Ottorino Respighi, *Las fuentes de Roma*.

Yo soy María Carlota de Bélgica, Emperatriz de México y de América. Hoy vino el mensajero y me trajo un ramo de flores de cempoalxóchitl. Me trajo, como nahual, al perro que acompañó a Quetzalcóatl en su viaje por el Mictlán. Me trajo una vajilla de barro negro de

Oaxaca, la capa de plumas rojas de Bélgica, el penacho y el escudo del Emperador Moctezuma. Me trajo una cocina de azulejos de Puebla, me trajo el calendario azteca y me trajo una calavera tapizada con ágatas negras de los Montes Apalaches y me dijo que era la calavera de la Princesa Pocahontas, y me trajo una calavera tapizada con moscas azules y me dijo que era la calavera de Juana la Loca, y me trajo una calavera cubierta con tus besos y me dijo que era la calavera de María Carlota de Bélgica. Hoy vino el mensajero, Maximiliano, y me dijo que inventaron el celofán, y yo voy a envolver con celofán todos los rosales de Miramar para que se conserven vivos hasta tu llegada, que inventaron el celuloide y tú y yo vamos a jugar ping pong con una pelota de celuloide en la cubierta del *Mauritania*, que inventaron la máquina de lavar y tú y yo vamos a lavar con ella tu corbata de charro y mis rebozos, los uniformes de las pupilas de la Escuela Carlota y las sábanas del Castillo de Chapultepec, que inventaron el gas neón y yo mandé colocar en la torre más alta del Castillo de Bouchout un letrero luminoso que dice Viva México para que desde Ostende lo vean, con sus periscopios, los submarinos de Ludendorff.

Yo soy María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, Princesa de la Nada y del Vacío, Soberana de la Espuma y de los Sueños, Reina de la Quimera y del Olvido, Emperatriz de la Mentira: hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio, y me dijo que

Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México.

Londres, 5 Longton Grove, 1976.

París, Maison du Mexique, 1986.



De Castillos en el aire

II

EL MAR, COMO DE COSTUMBRE, SE ENCUENTRA A LA vuelta de la esquina: harto de sí mismo, las revolcadas que sufre le dan vueltas a una conciencia de por sí cándida, pero en ocasiones ríspida: su blancura le sirve para asumir el espesor de la oscuridad, enredado en una congoja que relucientes solsticios se han encargado de carbonizar.

La puerta de cada uno de estos castillos es, lector, la entrada al reino del vacío y del silencio. Los que tengan ojos para ver, que vean. Los que tengan oídos para oír, que oigan. Muy pocos son los elegidos: bienaventurados ellos, porque sobre sus cabezas se deshojarán los alhelíes y el espanto. Y sobre sus cabezas, también, se volverán cenizas los dedos, los testículos, los tendones de un otoño senil y tembloroso, de almibaradas tinieblas que se consumen en llamas pálidas. Otoño padre de cavernas donde la luz líquida, vuelta estatua vegetal, se toca el pecho y de su pecho brotan latidos y gotas de agua pesada, aguzados gritos, relámpagos que iluminan los trigales en ruinas.

VII

CUANDO LLEGARON LOS VENTRÍLOCUOS CELESTES, hicieron hablar a la luna con los mandriles, y a los diamantes con las claves de sol. Fueron ellos, junto con recopiladores de leyendas áureas basadas en los recuerdos imaginarios de testigos henchidos de falsos juramentos, los que intentaron hacer un inventario de los castillos y sus alrededores, de sus patios donde se pasman el polvo y el fervor, y de los ignominiosos líquidos que escurren por sus muros: sangre y saliva ennegrecidas y cuajadas, fruto de rancias masacres. Pero ninguno de ellos mojó sus labios con la helada certidumbre del agua clara de sus fuentes. Azotaron en vano a los árboles de sus jardines con sus propias ramas, con la esperanza de hacerlos confesar el designio final de sus frutos e intentaron asesinar a la noche, que dormía refugiada en sus claustros húmedos, sofocándola con sus propias alas: nunca entendieron que, si Roma no se hizo en un día, estos castillos, en cambio, se hicieron en menos de una tarde y quizás en menos de un instante.

X

Y ENCONTRARÁ ENTONCES UN BOSQUE DE FOLLAJE denso como el yodo con estanques de agua mineral y nocturna de profundidades invernales donde crepitan las membranas de los murciélagos y echan raíces las estrellas errantes y, en medio de este bosque, un claro luminoso, un lecho de césped y campánulas bañadas con licor de azucenas y plumas de codorniz, donde la doncella y su amante hicieron el amor, imaginaron el olvido, inventaron la vida y se enredaron en el sueño de un arcoíris que se muerde la cola, y de un cielo poblado de gaviotas de alas de arena que se desmoronan al primer intento de vuelo, un sueño, en fin, invisible y hueco como un grito que, desde entonces, es vigilado por una horda de chacales con los hocicos al rojo vivo, y por una turba de melancólicas cariátides con aliento a eucalipto y letárgicos niños con el corazón cubierto por costras de sal.

XI

PERO CUÍDATE, TÚ, HISTRIÓN HISTORIADOR DE LOS castillos, de ese otro tiempo cuyas maniobras, aquí, no tienen nombre: llámalas imperio de la baja marea; madrugada de exprimidos colores que llora

su amarillo y su naranja en el vacío; llámalas con la primera palabra que acuda, revoloteando, a tus labios, así sea una flor que engendró tu vientre y que extendió sus pétalos cuando abriste la boca, o una serpiente intestinal que hizo de tu lengua una flecha negra. Bautízalas, si quieres, con la primera leche que te quedó en los labios, con la primera baba de una puerca en celo, con la última savia de un rododendro que trunció el viento: las maniobras del tiempo no tienen nombre, y no hay, en este mundo, ni en sus alrededores, ni en sus sórdidas entrañas, ni en sus oscuros cráteres ensimismados en sí mismos, no hay palabras que rivalicen con su inmenso brillo.

XII

SERÁS EL PROFETA DE ESTOS CASTILLOS, EL CRONISTA de su apogeo y de su llenura, el adivinador de su decadencia y de su vaciedad, pero antes tendrás que arrancarles los ojos a los falsos profetas y venderlos, por docena, en unas redecillas, y extirparle a las campanas sus badajos y colgarlos de las ramas de los árboles para que entre ellas serpeen, jadeantes, las lenguas del cierzo. Y tendrás que enterrar tus venas y en sus puntas fijar anzuelos para que pesquen granates en las entrañas más rojas de la tierra, y deberás beber, del mar, los encajes de espumas olvidadas, y abrazar a los

espejos para romperlos y encajarte en el corazón sus astillas agoreras.

Sólo entonces, y en la medida. En la medida en que el horizonte se las arregla para que lo confundan con un barco sin velas y sin dueño, sin marineros que aneguen el sopor núbil de los puertos con su ebria algarabía. Y con el sigilo, con el artificio mecánico del crepúsculo que se hace polvo en las madejas del monte, y con el silencio, parecido al fieltro, y la crueldad resbaladiza con la que el tigre afina sus colmillos en las tripas del aire.

XVI

ESTA SALIVA ES TUYA, Y CADA SÍLABA QUE ESCUPAS, lector incauto, está destinada a fecundar la intemperie y poblarla de palabras claras, a penetrar el mármol y transformarlo en talladas frases, a acariciar la luz y desbalagarla en luminosos himnos: no escaparás, ni de doradas mediocridades, ni de una ambigua, plebeya cursilería disfrazada de estruendo y majestad. A cambio de ello, recibirás como premio: días, quizás años de vida para ver cómo las garzas se prenden, con sus picos, de las esquinas de las nubes; cómo en los mataderos, degolladas, las banderas destilan sus colores patrios. Días, años, para ver cómo se consagra, no sólo la hogaza en los hornos: también el sol en su

propia memoria, cuando, vestido con sus destellos más espurios, se hunde en el mar corno un dorado lastre, para dejar que el tiempo navegue con nuevas y aterciopeladas alas.

XVIII

LAS GOTAS DE LA SANGRE DE TODOS LOS COLIBRÍES que mató la tempestad vuelan a mi puño levantado y hacen de él una granada palpitante. Sus cuerpos tapizan la llanura y una manada de perros labradores, cuya piel tiene el color de las amapolas, se lanza sobre su carne arrebolada, que huele a mieles acedas. Es así como un día, sin avisar, llega la muerte a los castillos y se derrama por el mundo: unta su tedio en los planisferios, sacia su sed en las pocilgas, oxida, con su saliva, los ojos de las doncellas, fertiliza con su orina las cicatrices del carbón de las que nacen inmundas uñas negras y, con su aliento, marchita las siemprevivas.

Los propios puntos cardinales se rinden a la catástrofe: se desnudan, y sus cabellos, que son ríos verdes o abanicos de llamas blancas, se desprenden de sus senos. Sus bocas, que son borbotones de ajeno o capullos de azúcar, envían sus besos camino del limbo, y sus pupilas viudas, que lloran copos de ámbar o líquidos fantasmas, se deslíen en los torsos de sirenas frutales.

XXI

EN LA NOCHE, ILUMINADA POR UNA LUNA LLENA, llegaron las mujeres de los valles aledaños y se pusieron en cucullas y en círculo para parir a sus hijos, sin saber que detrás de cada naranjo se escondía un rey de triunfos de rojas barbas que las escudriñaba con su catalejo. Terminados los partos, los reyes de triunfos las bombardearon con naranjas ácidas. Llegaron después los titiriteros que hacían danzar con hilos de araña a las lagartijas vivas, y los gitanos que vendían alondras encerradas en burbujas de vidrio. Las puertas se abrieron, después, para dejar el paso a una recua de mulas que cargaban, cada una, sobre el lomo de pelambre plateada, un arpa.

Fue entonces cuando los castillos, que yo sostenía en las manos, se deshicieron como si se los bebiera el aire.



De PoeMar



II

Mar revuelto

Yo QUE custodio a ciegas un paraíso en llamas,
prohijo mis plegarias con tus limpias palabras:
en los sueños perdidos se estrellan los espejos
con explosión de salmos y de herrumbrados ecos,
Oh mar, mar delirante, mar de la geometría
gemela a tus colores y de tus labios vértigo:
designio es de la danza que te acorrale el viento
y con él, encendidos, giratorios abismos
que en tus entrañas bullen, espiral de huracanes,
revoloteo de añicos, caos de resplandores:
yo en un carcaj de agua he guardado la lumbre
de dorados santuarios que rizadas espigas
enaltecen y adornan de tu lecho las horas
más ardientes del día, y en tus densas pupilas
de bóvedas oscuras la piel de mi fatiga,
epidermis del cieno, he dejado extraviada,
tejida con el aire de asombradas cenizas.

Óyeme, mar inmenso, mar infinito, inmerso
en los verdes enconos de atónitas esperas,
mar de plomo y de hielo, mar ensoberbecido
en tus uñas angélicas, en tus bruñidos fríos,
en tus borlas amargas y temblorosos filos,
mar de dolencias altas, de limbos sumergido,
mar de sapiencia aleve, mar de falsas ternuras,
de gozos fementidos y recios alborotos
que en tu pecho fermentan, de eternidades vivos:

Yo bebo en tus orillas la vespéral liturgia
de caravanas blancas: es mi jauría de alas
la que besa y cobija tus desdichados páramos,
tus oscuros y ardientes hálitos de hipocampo
—sortijas que dibujan, con sorpresas despiertas,
deslumbramientos niños en el rostro de ondinas
con arenosas trenzas de muérdago y zafiro—
Yo, con látigos sordos y con golpes de sombra
dibujo en tus pulidos muñones las barcazas
que alfombrarán mis ojos de meridianos pétalos
y mi entumida lengua barnizarán de ríos.

Óyeme mar inmenso, mar de súbitos cuarzos
y de vírgenes hiedras en las que anidan, niñas,
vicisitudes albas y aventuras de vidrio:
Óyeme mar inmenso, mar de las letanías
que borda el viento blanco de salazones pálidas,
astros descuartizados y luminarias vulvas:

arca de mis abrazos, de mi garganta alcántara,
yo, juglar de tu llanto, tus entreclaras lágrimas
enjuugo con un verbo de cuajadas serpientes,
de granizos nupciales y celofanes líquidos,
y escribo, canto, invento, celebro el embeleso
de inquietudes aéreas, de reliquias caídas,
de crespas sombras húmedas y de altazores vivos,
de aluviones heridos por el filo de un ala:
te escribo, sí, te invento, te digo mientras pienso
en novilunios castos, en catedrales mansas,
en muchachas de aire, en álgebras doradas.
Yo, que moqué mis labios en las escorias lívidas
de mudos, titubeantes, desolados naufragios
de tedio apalabrados en agrestes racimos:
yo tus plexos solares he sembrado de estrellas,
de pájaros tus ojos, de heliotropo tu aliento,
cosechado racimos de tus sienes zagalas,
y tus lechos de musgo tapizado de himnos.

XXI

AMAR A MAMÁ-MAR

MADRE, si tú de verdad fueras el mar,
yo sería las nubes de mentiras
y te sorbería los sesos
con una pajilla último modelo.

Madre-Mar, Oh Madre Atrabiliaria:
tu bilis negra
te pringó un poquito el alma,
pero yo te la lavé con mi lengua,
lava que lava, laboriosa,
hasta dejártela preñada de lavándulas.

¿En qué te puedo faltar, dime:
en un hueco acaso, intacto en su silencio?
¿En el desteñido desamparo
que se muere de sed, que a cuentagotas
cuenta los signos de tu inmaculado exilio?

¿Y en qué te puedo hablar, dime:
en el lenguaje de los alcatraces?
¿Con el tartamudeo del rocío?
¿Con el doble sentido del que brotan
la muerte y sus vahídos?

Ay Madre atosigadora, candil del sur, novia
de los arenales color cereza,
aerolito de los azules aforismos,
ramillete de bríos y súbito río
de incienso como leche, de genuflexos
y ateridos bostezos.
Ay Madre-Mar, Madre al garete
en humos de años, en enjambres de días,

perdida en apretujadas conveniencias
que olían a universos desplomados.
Oh Madre-Mar-Marina, Madre mía,
oh mar: así te vi: pegada
a tu piel de salamandra peristáltica,
camaleona, cama de leona
con holanes y leonas olas de melenas
prodigiosas:
perdóname tanto juego de palabras,
tanto brinco,
tantos huevos de palabras: en sólo uno,
pequeño como creer en Dios,
yo fui la huevecilla entera,
el huevo pasado por tus aguas,
tus tibias aguas amarillas y didácticas.

XXII

ALLÍ, en el más bajo de tus bajos fondos,
en la más oscura de tus oscuras vulvas,
todo lo que relumbra es oro.

Tienes, en esa noche, una hostia viva,
una gran ostra palpitante
de la que bebe el cieno su sustancia más lúcida.
En ese cieno, tapizado con el verde verdemar

de las tubíporas, brillan las palpitaciones
del Echiostoma y, en volutas onduladas, los clisóstomas
dorados.

Allí se explayan
las frivolidades luminosas de la sepia fluorescente
que luce una corona titilante de duchas en flor,
en tanto se abre paso entre los dedos de los muertos
la pomposa medusa abisal.

Es allí donde mi propia oscuridad se solaza a sus anchas,
allí, entre tantos astros triturados
y la multitud de soles
que se derriten, como las babas de un abismo,
al extraviarse en la hornaza de los colores perdidos.

Allí, donde las melifluas laminarias
se transforman en cueros vivos,
y luce el áster granate sus profundos ojos cerúleos.

Es allí donde brilla mi ignorancia.

XXV

PARA cantarle al mar, me linotipo,
me escribo, corrijo, estereotipo,
de metáforas cónicas, parábolas,
y bitácoras grímpolas y náuticas.

Para cantarle al mar me caligrafo,
me imprento, imprimo, expreso, exprimo
el jugo de las oes, íes, úes,
me como de las efes los furores,
de las áes los cuellos de los ánsares,
y lamo de las eles las lisuras
y de las uves bebo las volutas.

Para cantarle al mar, me displicento,
me engargolo y me quiebro, me aspirino,
me cocaino y me alcoholo, cocacolo,
me enmariguan el alma, me mareo,
me navego en reversa, me enarbolo,
me pistono y me entuerzo, me atornillo,
me engranajo y me pinzo, desternillo,
me atosijo y trasijo, contradigo,
me atoro y me desdoro, me embarroco,
me alarifo y ladrillo, me atarjeo,
me rococoro, alhambro, churriguero,
me alcantaro de plata y plateresco
y de poemas niños encanezco.

XLVII

EL VERANO

Te surco, arpono, enfilo, te requiebro
y en mar candente te convoco y llamo:
te quiero a solas en mis olas, clamo
tus ojos, sombra, boca, tu cerebro.

Te bogo, nado, te buceo, enhebro
en respuntes tu orgasmo. Prendo, inflamo
tu pezón más orondo. Beso, lamo
tu muslo más rijoso, lo celebro

con lengua que suspiras y que imploras.
Y te espumas, mareas, bulles, ardes,
te derrites, licúas en mis manos,

y en mi remo te encajas, bramas, lloras,
en oleadas de noches y en las tardes
más soleadas de todos los veranos.

***De Sonetos del amor
y de lo diario***

Sonetos de la rosa enamorada de sí misma

*Para Xavier Villaurrutia
In memoriam*

I

De luz su tallo, de agua su corola,
su alma de vidrio, su rubor de nada,
es una sola rosa aprisionada
en una azul y tibia caracola.

Es una rosa transparente y sola,
de sal sus hojas y de frente alada;
una rosa de sol, abandonada
en las saladas alas de una ola.

Encandilada rosa de un reflejo,
danzante rosa que se vuelve encaje
de espumas claras y de brillos lentos,

la rosa está prendada de su espejo,
apasionada rosa del oleaje,
enamorada rosa de los vientos.

II

Dice la rosa que el celeste manto
azul de la mañana, la verbena,
la flor de la pasión, la hierbabuena,
la magnolia y la flor del palo santo,

que el clavel, la violeta y el acanto,
el girasol, la flor de nochebuena,
el lirio, la amapola, la azucena,
el pensamiento, el loto, el amaranto,

y otras mil flores que la rosa nombra,
en majestad, belleza, proporciones,
en aroma, en color, dice la rosa

que no le llegan ni a su sola sombra,
e incluye al alhelí, los dandeliones,
las lilas, la gardenia y la mimosa.

III

Aplicada la rosa a su elegancia,
se dedicó a estudiar rosicultura,
aprendió la ecuación de su estatura,
y elaboró un teorema de su infancia.

Y aún hizo más, la rosa, en su arrogancia:
se doctoró en su propia arquitectura,
se aprendió de memoria su hermosura
e hizo una tesis sobre su fragancia.

Así quedó la rosa cultivada
tonta de tanta alambicada ciencia,
de tanto teorizar sobre sí misma.

Sola quedó la rosa, enajenada
en el prisma de turbia transparencia
de un perfumado y pálido sofisma.

IV

Nacida ayer, la rosa escurridiza
en su reino del aire, los rosales,
en ráfagas redondas, en raudales
de relámpagos rosas se desliza.

Muerta de risa que acaricia y riza
y enreda su corola en espirales,
ahogada en laberintos de corales
la rosa no se muere: se eterniza.

Rosa, rencor en flor de carne viva
que perpetúa el color, de estirpe roja,
del sortilegio alado de su historia;

rosa más alta que la vida, altiva
rosa que cuando, rota, se deshoja,
se hace de nuevo rosa en la memoria.

V

Es natural que el solo pensamiento
sea de la rosa, vana y ambiciosa,
unirse al esplendor: esplendorosa
queda la rosa de este casamiento.

Se entiende así por qué su atrevimiento,
por qué insiste la rosa jactanciosa
en amar al primor, pues primorosa
la rosa queda de su ayuntamiento.

Candorosa, amorosa, cuánta henchida
reunión de nombres, y qué bien le vienen;
bien hace sólo al preferir lo bello

y mejor todavía, cuando olvida
que el rencor y el dolor también la tienen
agarrada, a la rosa, por el cuello.

VI

¿A dónde fue la rosa, la más fina
entre todas, la rosa invertebrada?
Se fue la rosa tras la rosa amada,
la rosa elemental, rosa de harina.

La rosa cenital, rosa marina,
¿a dónde fue la rosa inmaculada?
Tras de su sombra fue, tras de la nada,
la prodigiosa rosa cristalina.

¿Se deslumbró la rosa con su estrella?
No hay más hondo dolor, pena más honda,
que a la rosa, por rosa, la consuma.

¿Se fue la rosa tras su propia huella?
Se fue, sedienta de su amarga fronda,
ciega, la rosa, con su propia espuma.

Soneto del huevo pasado por agua

Para Ulalume González de León

Érase que se era un huevo puro,
un huevo niño, cándido, inocente,
al que le dio, ya siendo adolescente,
por ser un huevo de carácter duro.

Y para hacerse firme, audaz, maduro,
se dio un baño de tina en agua hirviente,
mas quebróse al entrar, y de repente
nuestro huevo encontróse en grave apuro.

«Derrame yemular, traigan más plasma»,
dijo el galeno, «inyéctenlo de nuevo»,
mas oh dolor, no le salvó la vida:

Le dio fiebre amarilla, flemas, asma
le dio todo, y al fin el pobre huevo
murió de enfermedad desconoSIDA.

No des paso sin Del Paso
se terminó de editar en octubre de 2018
en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación y cuidado editorial
Daniel Zamorano Hernández y Pablo Ontiveros Pimienta
María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación